



# Sim rodeos

JANA ASTON

CHIC



## **Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



# CONTENIDOS

*Portada*

*Página de créditos*

*Sobre este libro*

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Capítulo 36  
Capítulo 37  
Capítulo 38  
Epílogo

*Agradecimientos*  
*Sobre la autora*

# **SIN RODEOS**

**Jana Aston**

**Traducción de Azahara Martín**

**Principal Chic**



# SIN RODEOS

V.1: Noviembre, 2018

Título original: *Sure Thing*

© Jana Aston, 2017

© de la traducción, Azahara Martín, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen: Svyatoslava Vladzimirska - Shutterstock

Publicado por Principal de los Libros

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

[info@principaldeloslibros.com](mailto:info@principaldeloslibros.com)

[www.principaldeloslibros.com](http://www.principaldeloslibros.com)

ISBN: 978-84-17333-34-8

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

# SIN RODEOS

**Hacerte pasar por tu hermana gemela puede ser divertido... y peligroso**

En tan solo una semana, Violet ha perdido a su novio, su trabajo y su casa. Así que su hermana gemela, Daisy, le ofrece alojamiento, pero, a cambio, le pide que se haga pasar por ella en su trabajo.

La noche antes de su primer día, Violet conoce a Jennings, un británico muy atractivo con el que tendrá una aventura. Pero ambos se llevarán una gran sorpresa al descubrir que ninguno de los dos era quien afirmaba ser...

**Jana Aston, la reina de la novela *chick lit***

«*Sin rodeos* demuestra que todo lo británico es muy *sexy*... ¡Y me refiero a absolutamente todo!»

Audrey Carlan, autora de *Calendar Girl*

# Capítulo 1

## Violet

Puedo hacerlo.

Daisy lo hace, lo hace constantemente. No pretendo insinuar que mi hermana sea la libertina, pero es así.

Echo un vistazo al bar del hotel y le sostengo la mirada al desconocido durante tres segundos. Tres largos y agonizantes segundos en los que sonrío y no aparto los ojos de los suyos. Leí esta recomendación en una revista femenina. El artículo se llamaba «Cómo cazar al hombre que deseas en menos de veinte minutos», o algo así. La mirada de tres segundos y la sonrisa era el consejo número dos. El número tres consiste en sostenerle la mirada mientras te pasas la lengua por los labios, pero esto va más allá de mis capacidades. Pertenece a un nivel de seducción medio y está claro que yo soy una novata.

El consejo número uno era lanzarle una mirada mientras me tocaba el pelo. Una chorrada.

Aun así, lo hago.

Tiempos desesperados y todo eso.

Pero si el consejo número dos no funciona, regreso a la habitación, sola. Espera un momento, ¿había que llevar a cabo todas las recomendaciones de forma simultánea? Es decir, ¿se suponía que tenía que sostenerle la mirada durante tres segundos, sonreír y tocarme el pelo al mismo tiempo? Puede que



la haya cagado. Bueno, qué se le va a hacer. En cualquier caso, ¿habría alguna posibilidad de que esto funcionase? ¿Para tirarme a un desconocido *buenorro* lo único que tenía que hacer era tener contacto visual con él durante tres segundos en el bar de un hotel? ¿Pero eso funciona?

Daisy lo sabría.

A veces, odio que siempre lo sepa todo, como si hubiera vivido mucho más que yo, cuando en realidad no es así.

Suspiro mientras observo la cereza al marrasquino del poso de mi copa. Me pregunto si podría cogerla si la inclinase o si, por el contrario, se quedaría en el fondo. Eso me hace sentir como una idiota.

Una completa idiota.

Tendría que pagar la cuenta y marcharme, pues me espera una semana muy larga. Larga y casi seguro que desastrosa. Debería disfrutar de una buena noche de sueño y no estar practicando técnicas de seducción de una vieja revista escondida bajo el sofá de mi hermana. Pero cuando levanto la cabeza para pedir la cuenta, me sirven otra copa.

—Del tío de la camisa azul —dice la camarera mirando en su dirección. Me sonrío y levanta una ceja en señal de aprobación antes de dirigirse a alguien que pide otra copa.

Joder, ¿ha funcionado? ¿La mirada y la sonrisa de tres segundos realmente han funcionado? Con los ojos como platos, echo un vistazo al hombre situado al otro lado del bar y luego a la bebida. ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora? Debería haber leído el artículo completo.

—¿Te importa que me sienta?

Levanto la mirada y veo que está a mi lado, con un vaso en la mano con el que señala hacia el asiento vacío junto a mí. ¿Qué ha sido eso? ¿Creo haber percibido cierto acento? Diría que sí, pero dudo que tenga tanta suerte. Trato de calmarme mientras le echo un vistazo rápido. Alto, en forma, con camisa Oxford por fuera haciendo juego con unos vaqueros desgastados, mocasines de piel, barba de tres días, cabello oscuro, espeso, bien cortado y bien peinado y unos ojos marrones expresivos que me observan con interés.

—Espero que la bebida sea de tu agrado. —Agacha la cabeza hacia mi copa—. Le pedí a la camarera que te sirviera otra, pero si quieres algo distinto... —Su voz se va apagando mientras observa mi copa con el ceño

fruncido.

Dios. Mío.

Acento confirmado. Acabo de dar con el Santo Grial de un posible rollo de una noche.

—Eres británico —digo luchando contra la sonrisa que se forma en mi cara.

—Tomaré eso como un sí —contesta. Deja el vaso en la barra mientras se apoya en el taburete situado a mi lado, con las largas piernas flexionadas ligeramente y los pies descansando en el suelo—. A menos que tengas algún problema con mi país... —comenta con la frente levantada y un atisbo de sonrisa en los labios.

¿Sabes qué es lo bueno de los hombres británicos?

Todo.

Este es el primero que conozco y lo que los diferencia de los americanos es el acento. Es lo más, ¿no? Posiblemente pienses que es un cliché, pero venga ya. Es muy *sexy*. Sé que habla el mismo idioma, pero las palabras que salen de su boca suenan mucho mejor.

—Soy Jennings —dice mientras extiende la mano. Por poco me echo a reír. ¿Jennings? Obviamente es una broma. Este tío es demasiado mayor para tener un nombre tan moderno como Jennings. Además, eso de inventarse un nombre falso es tan británico... Pero bueno, juguemos.

—Rose —contesto estrechando su mano, que envuelve la mía y no se apresura a retirar. Al contrario, me recorre suavemente el dorso de la mano con el pulgar. Me gusta mucho la sensación; el tacto y la calidez de su piel me provocan el deseo apremiante de acariciar todo su cuerpo.

—Rose —repite. Hace una pausa e inclina un poco la cabeza como si no me creyera. No debería creerme, ya que no es mi nombre. Pero se parece mucho y, además, él no me ha dado su nombre real, así que esto es lo que hay. En cualquier caso, se supone que yo no debería estar aquí ahora mismo, pero Rose sí.

—Rose —corroboro—. Y no, no tengo ningún problema con tu país. —Sonrío y lo miro un instante. De hecho, soy un poco anglófila, la verdad sea dicha. Cuando Guillermo y Catalina se casaron, madrugué para ver la boda en directo e hice un doble maratón de las seis temporadas de *Downton Abbey*. Y aunque nunca haya tomado el té de la tarde, estoy segura de que me

encantaría—. Gracias por la copa —añado mientras la elevo.

—De nada. ¿Qué bebes exactamente? —pregunta, y observa de nuevo mi copa mientras toma un sorbo de la suya.

Diría que el líquido ambarino que oscila en su vaso sobre un único cubito de hielo es *bourbon*. Parece caro, si es que es posible juzgar el precio de una bebida con solo ver la pequeña cantidad que hay en la copa. El acento británico es lo que probablemente hace que parezca elegante en un insulso hotel Sheraton ubicado junto al aeropuerto.

—Un cóctel de cava —contesto sonrojándome. Es una bebida estúpida, pero me gusta.

—Ahh —responde, e incluso esa interjección suena mejor con su acento—. ¿Es una bebida popular en este país?

No.

Pero él no lo sabe, ¿no?

—Mucho. —Asiento con la cabeza. Guau. ¿Quién me iba a decir que era tan buena mintiendo? Esta semana podría ser más fácil de lo que pensaba—. Y ¿qué te trae a Washington? —pregunto para cambiar de tema.

Recorro el borde de la copa con un dedo mientras me planteo si en realidad puedo hacer esto. Es una gran oportunidad, ¿no? Es perfecto, parece interesado y nunca lo volveré a ver. Si voy a volver al ruedo, esta no podría ser una mejor plaza. O un mejor semental. Un ejemplar purasangre totalmente fuera de mi alcance que me encantaría montar.

—Negocios —responde—. ¿Y a ti?

—Ídem —contesto rápidamente y zanjo el tema con un movimiento de la mano—. Aburrido —añado con una sonrisa y pongo los ojos en blanco.

—Sí, aburrido. —Coincide mirándome directamente a los ojos antes de bajar la mirada a mis labios.

Siento que el rubor desciende por mi cuello y trago saliva.

—Entonces, ¿te quedas en la ciudad un quinquenio o así?

—¿Sabes lo que significa quinquenio, Rose? —Se ríe y bebe un sorbo de su vaso mientras me mira.

—Eh, ¿quince días? —Trato de adivinar. No tengo ni idea de lo que es un quinquenio, pero me gusta cómo suena y nunca he tenido la oportunidad de usarlo en una conversación.

—Un quinquenio son quince años, y no, no me quedaré en Estados Unidos tanto tiempo.

Perfecto.

Sonrí y deajo caer la mirada en busca de un anillo. Puede que esté dispuesta a utilizarlo para recuperar el tiempo perdido, pero me niego a hacerlo con un adúltero.

—¿Y qué hay de ti, Rose? Cuando no te hospedas en este hotel, ¿dónde vives?

Tema delicado.

—Aquí y allá. —En el sofá de mi hermana, pero no lo digo. Soy muy mayor para no tener un lugar fijo, ni un trabajo fijo. Así que no digo nada de eso.

En su lugar, sonrío antes de tomar un gran sorbo de cava. Esta es la semana de las mentiras.

—¿Aquí y allá? —inquire con una ceja arqueada e inclina la cabeza.

Genial, probablemente piensa que no tengo una vida lo suficientemente estable como para tener sexo esporádico. Necesito redirigir la conversación.

—¿Dónde me has dicho que vivías tú? —pregunto—. ¿En Londres? —añado como una suposición, porque sí, mi conocimiento de geografía es tan extenso que Londres es la única ciudad de Inglaterra que me viene rápidamente a la cabeza.

—Sí, Londres —afirma mientras me mira—. En Mayfair. Hertford Street —añade. Estoy segurísima de que está siendo tan específico para dejar clara mi imprecisión. Qué mal.

—Sueno bien.

—¿De verdad? —Me sonrío como si le hiciera gracia.

Bebo otro sorbo y contemplo la cereza del fondo del cóctel. La última me la quitaron cuando la camarera me cambió la copa por la que me pidió Jennings.

—Me gusta tu camisa —comento. Cambio de tema, toma dos—. ¿Está sastreada?

—¿Puedo preguntar si sabes qué significa «sastreado» o es solo otra palabra «rara» que ansías usar? —Esta vez niega con la cabeza mientras se ríe.

—¿Significa «hecho por un sastre»? —pregunto, porque tiene razón. Tampoco sé lo que significa esa palabra.

—Significa remendado. Y no. —Se detiene y echa un vistazo a su camisa—. Esta camisa no está remendada.

La pausa hace que me plantee si tiene alguna. Parece un poco ridículo, pero ¿quién tiene camisas remendadas? Nadie que yo conozca, eso seguro.

Me distraigo cuando una pandilla de lo que parece ser un equipo de fútbol de preadolescentes atraviesa el vestíbulo en dirección a los ascensores. Se oyen voces emocionadas hablando sobre quién va a dormir con quién y sobre una quedada en la piscina del hotel.

—Hay mucho ruido aquí —comento dirigiendo la mirada hacia la entrada del vestíbulo por donde los chicos acaban de pasar. En realidad, no, pero ¿cómo paso de las bebidas al sexo? ¿Cómo?

—*Mmm* —murmura mientras me observa.

—¿Te apetece ir a algún sitio más tranquilo? —sugiero.

Se detiene, con el vaso a medio camino de sus labios, y me mira sorprendido. Esto se me debe de dar fatal. ¿Mi hermana está en lo cierto? Uff, me duele solo de pensarlo. Señor, ayúdame si alguna vez tengo que admitirlo en voz alta. Mi hermana casi nunca lleva razón, pero puede que esta vez sí. Puede que sea incapaz de lograrlo.

—Yendo al grano, ¿no? —pregunta con una sonrisita en los labios—. Me daba la impresión de que te ibas a andar por las ramas un buen rato antes de tener ganas de eso.

¿Tener ganas de eso? ¿Eso significa *sexo*? Vuelvo a observar la cereza de mi copa y luego me obligo a mirarlo directamente a los ojos. Sostengo su mirada durante tres segundos antes de hablar. Funcionó la primera vez, ¿no?

—Mira, no me ando con rodeos —digo encogiéndome de hombros mientras aparto la mirada durante un instante.

—¿De verdad? —La diversión en su cara es evidente.

No. No soy así. Nunca lo he sido, pero tampoco soy Rose, así que al carajo, esta noche sí lo soy.

—Sí —afirmo con más seguridad de la que siento.

—*Mmm* —repite, y eso me envalentona. Su susurro es el sonido más *sexy* de la historia. Inclina mi copa y tira de la cereza con un único y largo dedo.

La saca y la coloca sobre mis labios. Yo abro la boca para cogerla y deslizo la lengua bajo sus dedos mientras tiro de la dulce fruta. Me la paso por la lengua al mismo tiempo que lo miro a los ojos y me pregunto qué es lo siguiente.

—Bueno, vámonos, ¿no?

Oh, mierda. Me trago la cereza y, por un segundo, pienso que se me va a quedar atascada en la garganta y me voy a atragantar. ¿Acabo de decirle a un completo extraño que no me ando con rodeos?

## Capítulo 2

### Jennings

Esta chica miente. No sé muy bien qué es mentira; obviamente su nombre y a saber qué más. Aunque no importa. A mí me da exactamente igual, ¿no? Es una distracción, solo eso. Una distracción fantástica e inesperada antes de comenzar una aburrida pero reveladora semana.

Según ella, es una chica que no se anda con rodeos. Contengo una risita cuando presiono el botón del ascensor y añado eso a la lista de mentiras. La invité a una copa después de pillarla mirándome en el bar, pero no imaginaba que eso llevaría a ninguna parte. Esperaba, por su tímida sonrisa, que estuviera lo bastante interesada como para dejar que me sentara a su lado y pasar una o dos horas conversando antes de marcharse discretamente con la excusa de tener que madrugar. Cuando respiró hondo y sugirió que nos fuéramos a un lugar más tranquilo, me sorprendió. Y en el momento en el que incliné la cabeza a modo de pregunta y ella espetó «no me ando con rodeos», me dejó sin palabras.

—Rose —digo cuando las puertas del ascensor se abren.

No responde, tiene la vista fija en su teléfono mientras trata de enviar un mensaje con discreción. Si tuviera que adivinarlo, diría que se lo está enviando a una amiga para que sepa que está bien y que se está asegurando de tener el GPS del teléfono encendido. Es probable que me haya hecho una foto sin darme cuenta y se la haya enviado.

Qué tierno.

—Rose —repito mientras apoyo una mano en su brazo.

Por un instante, parece confundida. Sucede tan rápido que no lo habría notado si no lo hubiera provocado adrede. Definitivamente, no se llama Rose.

Me sonrío y entra en el ascensor antes que yo mientras me pregunto qué la ha traído aquí, a este hotel y en este preciso momento. ¿El aburrimiento? ¿Una ruptura difícil? ¿Trata de probarse a sí misma que es sexualmente deseable?

Puedo ayudarla en eso con mucho gusto.

Pero no puedo llamarla Rose porque el nombre de otra no debería formar parte del recuerdo que tenga de esta noche. Y la recordará, estoy convencido.

Las puertas del ascensor se cierran y me giro hacia ella. Lleva una camiseta de manga corta cuyo tejido queda moldeado con la exquisita forma de su pecho. Le recorro el brazo desnudo con la punta del dedo y observo cómo se le endurecen los pezones mientras sus ojos van desde los míos al panel de control del ascensor y, luego, se encuentran con mi mirada otra vez.

—¿Sugieres que lo hagamos en este ascensor? Porque si eres tan rápido como para correrte antes de que esas puertas se abran de nuevo, no me interesa. —Frunce el ceño y su rostro expresa una mezcla de arrepentimiento y excitación. Esta vez me río mientras la alcanzo y pulso el botón de la 3ª planta.

—No, cielo. No sugería un revolcón en el ascensor —le aseguro, y me acerco a ella, pero sin tocarla.

Se le dilatan las pupilas, se le eleva el pecho mientras respira profundamente e inclina la cabeza hacia atrás para encontrarse con mi mirada. Lleva una falda que le llega a las rodillas y unas sandalias con tacón. La falda tiene una caída suave y se adaptaría fácilmente a la extensión de sus piernas si tuviera que levantarla para rodearme con ellas por la cadera. Es un pensamiento tentador y ella es lo bastante menuda como para cogerla fácilmente y follármela contra la pared. Pero no, eso no entra en mis planes esta noche. Hoy puedo dedicarle más que unos minutos de mi tiempo.

El suelo traquetea un poco para indicar que las puertas del ascensor están a punto de abrirse. Le sostengo la mirada mientras las puertas se deslizan y luego me inclino hacia ella para colocar una mano contra la puerta abierta y bloquearla para evitar que se cierre.

—Después de ti —digo en voz baja.



Se gira, sale y se detiene mientras observa la pared de enfrente, donde hay unas flechas que señalan en una dirección las habitaciones de la trescientos a la trescientos diecinueve y, en la otra, las de la trescientos veinte a la trescientos cuarenta. Vacila, por lo que me pregunto si esto se ha vuelto demasiado real para ella, si se va a echar atrás.

La tomo de la mano y la dirijo hacia la derecha. Ella me sigue. Siento la suavidad de su mano y el sonido de sus tacones queda casi amortiguado por la moqueta del hotel. Paso la tarjeta de la habitación por la cerradura electrónica y empujo la puerta cuando se enciende la luz verde. Estiro el brazo y la sostengo abierta para ella, que suelta mi mano y entra. En ese momento me doy cuenta de lo bonito que es su cabello: de color castaño oscuro o negro, con largas ondulaciones que le llegan hasta la espalda. Quedará espectacular sobre la almohada.

Ella se detiene a unos centímetros y mira hacia atrás cuando la puerta se cierra a mi espalda. Al verla aquí, en mi habitación, me arrepiento por un instante. Porque aunque no la conozco, sé que se merece algo más que este hotel. No es que haya nada malo en él; es muy bonito, de clase *business* y bastante familiar. Pero preferiría haberla llevado a un cinco estrellas con vistas a la ciudad, cuyas luces iluminaran la habitación sutilmente, y con un baño de mármol con una enorme ducha para dos. Pero aquí estamos, así que las vistas al restaurante de comida rápida del otro lado de la calle servirán.

Solo lleva un bolsito en el que no cabe nada más que un móvil y dinero. Lo deja en el aparador frente a la cama y luego se vuelve hacia mí, con la barbilla ligeramente elevada como si se estuviera recordando por qué está aquí, un mantra mental que se refleja en su cara. Luego se humedece los labios y sonrío, pero para sí misma, no para mí.

No tiene ni idea de cómo actuar, ¿verdad? Me he acostado con vírgenes más lanzadas que esta mujer.

—Entonces, ¿cómo quieres hacer esto? —inquiero mientras reduzco la distancia que nos separa con paso tranquilo y las manos en los bolsillos.

Me detengo ante ella y, al ver que no se mueve, saco las manos y recorro con un dedo el borde de su oreja. Veo que se muerde el labio inferior.

—Desnuda —contesta con voz seria y desciende la mirada desde mis ojos hasta mi pecho—. Me gustaría hacerlo desnuda.

Definitivamente, la quiero aquí toda la noche.

—Quítate los pendientes —le ordeno mientras acaricio suavemente uno de sus pendientes con un dedo. Se quita los dos y los coloca al lado del bolsito. Luego vuelve a mirarme expectante.

—¿Cómo quieres follar? —pregunto y le agarro la mano. Beso la parte interior de su muñeca y la miro a los ojos—. ¿Suave o duro? ¿Rápido o lento? ¿Lascivo o lascivo?

—*Mmm...* —Parpadea, ruborizada—. Sí.

Ni siquiera estoy seguro de si ha procesado lo que he dicho, pero estoy convencido de que obtuve la respuesta antes de que la puerta se cerrase. Y no lo preguntaba por algún motivo en particular, sino solo para ver lo que respondía. Esta chica no es atrevida. Le encantaría que tomara las riendas, por así decirlo. Al no dejar lugar a dudas de mi interés por ella, queda eliminada cualquier inseguridad que tuviera en mente sobre su atractivo. Y estoy interesado. Estoy interesado en follármela en todas las posturas posibles hasta que pierda el conocimiento, exhausta y saciada. Dejo caer su muñeca y me froto el labio inferior con el pulgar mientras disfruto de las vistas por un instante.

—La blusa —digo en un tono que no admite discusión, aunque tampoco la espero—. Quítatela.

—Está bien. Y tú quítate los pantalones —contesta con completa sinceridad mientras se humedece los labios.

Ya ha comenzado a desabrocharse el primer botón de la blusa cuando posa su mirada en mi polla.

Me pongo duro a modo de respuesta. Joder, ya estaba empalmado antes de saber que estaba dispuesta a hacerlo. La blusa cae al suelo mientras me desabrocho el cinturón y los vaqueros antes de pasar a desabotonar la camisa de abajo arriba. Detiene las manos una milésima de segundo antes de pasarlas por detrás para bajar la cremallera invisible de la falda. Esta cae a su alrededor y ella da un paso para salir del círculo de tela, dejando las sandalias atrás. Después echa un vistazo hacia abajo con una leve mueca antes de recoger la ropa del suelo y colocarla rápidamente junto al bolso y los pendientes.

Endereza los hombros y se gira en mi dirección. Está desnuda, excepto por un precioso conjunto de braguitas y sujetador. Diría que es de algodón, con un delicado adorno de encaje. Muy tierno, como ella. Vuelvo a

preguntarme qué la habrá llevado hasta mí esta noche. ¿Alguien le habrá hecho daño? Pero la idea de que la hayan engañado me parece ridícula, al igual que pensar en eso cuando hace menos de una hora que la conozco. En realidad, ni eso. No la conozco en absoluto. Ni siquiera la he besado. ¿Por qué quiere esto? ¿Por qué ahora?

Dejo caer la camisa al suelo, a la que le siguen los pantalones, y ella observa la pila de ropa un breve instante, con los dedos crispados. Creo que está contemplando la idea de recoger la ropa del suelo como ha hecho con la suya, pero se abstiene con un ligero movimiento de cabeza y centra su atención en mi pecho desnudo con una sonrisa. Una alegre sonrisita que no le debe parecer muy sofisticada porque inmediatamente trata de esconderla.

—Entonces —comenta con un ligero encogimiento de hombros mientras coloca la palma de la mano en mi pecho y comienza a explorar con los dedos extendidos. La ligera respiración y la graciosa risita me confirman que se alegra por la decisión que ha tomado y que está ganando seguridad en sí misma. Cierra la boca para esconder la sonrisa y pregunta—: ¿Ahora qué? —Mientras lo hace inclina la cabeza a un lado y juguetea con la lengua entre sus labios. Puedo darle a eso un mejor uso, seguro.

Ya está. No voy a esperar más. Paso los dedos por su cuello y tiro de ella mientras cubro su boca con la mía. Tiene los labios suaves y cálidos, y un ligero gusto a la cereza que se ha comido de mis dedos hace un rato. Además, huele a vainilla, o puede que a coco. Creo que es su cabello. En ese momento gime, un sutil gemido de excitación o aprobación de lo más delicioso. Sea lo que sea, me gusta. Hundo las manos en su cabello mientras maniobro para profundizar el beso y es tan sedoso como lo había imaginado. Unos mechones suaves y espesos que me tientan cuando los enredo entre mis dedos. Mechones que puedo agarrar como una correa mientras me la follo desde atrás o mientras se arrodilla ante mí con mi pene entre sus labios.

La levanto del suelo, tiene las piernas en torno a mi cintura mientras me dirijo hacia la cama y, al mismo tiempo, le desabrocho el sujetador. Me rodea el cuello con los brazos y, con los dedos, me acaricia el vello de la nuca. Luego, finaliza el beso y dirige los labios hacia mi mandíbula, mientras frota la pelvis contra mí con un sutil movimiento de caderas. La coloco en el borde de la cama y le deslizo los tirantes por los brazos hasta que estos cuelgan de mis dedos y, luego, lo lanzo a un lado. Hace un leve movimiento con el

hombro derecho, pero sin prestar atención al sujetador, así que no creo que esté pensando en recogerlo del suelo. En vez de eso, su mirada descansa en mi pecho y se muerde rápidamente el labio inferior antes de liberarlo de nuevo. ¿En qué estará pensando? Y, ¿por qué me importa? Está buena y le intereso, punto.

—No te esperaba, Rose, pero me alegro de que estés aquí, en mi cama, lista para mí.

Por un instante, parece insegura, como si estuviera reconsiderando su decisión, y me pregunto cuánta experiencia tiene. Si debería estar preocupado por si es menor de edad. Lo dudo, pero vale la pena asegurarse. Siempre he suscrito eso de «pregunta, no supongas» cuando se trata de mujeres.

—¿Qué edad tienes, cielo? —inquiero, y desvía la mirada de mi pecho a mis ojos.

—Veintiséis —responde inmediatamente. Ya no parece insegura, sino irritada—. ¿Qué edad tienes tú?

—Treinta y seis. —Sonrío.

Me gusta. No veo por qué le tiene que importar mi edad. Creo que solo ha soltado la pregunta como una forma de venganza por querer saber la suya.

—¿Treinta y seis? —Frunce el ceño y me echa un vistazo rápido antes de encogerse de hombros y esforzarse por borrar la sorpresa de su rostro—. Vale, de acuerdo. Supongo que está bien.

Levanto una ceja. ¿A esta chica a la que nunca voy a volver a ver de verdad le importa un carajo mi edad?

Vuelve a recorrerme el pecho con la mirada y luego inclina la cabeza a un lado murmurando un «mmm» para sí misma. A continuación, curva los labios antes de toparse con mis ojos de nuevo y pronuncia un «sí, vale». No recuerdo haber conocido a una mujer de pensamientos tan transparentes. Me encuentro otra vez sonriendo, fascinado con ella.

Le retuerzo el pezón con los dedos y ella toma aliento. Tiene unas reacciones increíbles. Es hora de redirigir el asunto. Me arrodillo en el suelo frente a ella, engancho sus bragas con los pulgares y tiro de ellas hasta que levanta las caderas lo suficiente para poder deslizarlas por su trasero en dirección al suelo. Tiene las uñas de los pies pintadas de un rosa fuerte. Paso las manos por la planta de los pies mientras admiro lo hermosa que es. La suave curva de sus caderas, la forma de sus pantorrillas, los delicados tobillos

y la diminuta marca de nacimiento, ubicada en la parte superior del pie izquierdo.

Le separo las rodillas y me muevo entre ellas, con sus muslos abiertos de par en par. Se le corta la respiración cuando aprisiono un pezón con los dientes y tiro ligeramente. Tiene unas tetas tan perfectas como el resto de su cuerpo, pero no me voy a centrar en ellas ahora mismo. Quiero saborearla. No, *necesito* saborearla. Necesito recordar su sabor en mi lengua cuando piense en esta noche o, de lo contrario, siempre me preguntaré qué me perdí.

La empujo hacia la cama y sigo bajando por su estómago, con un claro destino. Le tiemblan las piernas contra mis hombros, como si estuviera tensa, pero luego se relaja y las deja caer todavía más abiertas mientras sale de su boca uno de esos deliciosos mitad gemido, mitad suspiro, que ya he asociado con ella.

Separo sus labios con los pulgares y ahora agradezco la luz, de neón o lo que sea, que entra en la habitación. Preciosa, es jodidamente preciosa. Es totalmente suave y quiero cubrir cada centímetro de ella con la boca y con la lengua. Ya está mojada y prácticamente no la he tocado. Su radiante excitación es un lujurioso regalo para mis sentidos.

Coloco la lengua en su vagina y la recorro lentamente de arriba abajo. En cuanto tiro del clítoris con mis labios, me agarra el pelo. Un minuto después, coloca un pie sobre la cama para hacer palanca mientras me presiona en la espalda con el talón del otro.

Su entusiasmo es irresistible; su aroma, embriagador. Es todo un regalo que no esperaba esta noche.

Deslizo un dedo en su interior y ella gime algo así como «Dios». Eso no me sirve.

—Jennings. —Le recuerdo.

Tiene los ojos vidriosos y necesita un momento para comprender que estoy usando la lengua para hablar en vez de estar donde ella quiere.

—Claro. —Parpadea—. Claro, no lo he olvidado. Puedo llamarte Jennings, por supuesto.

Es una persona peculiar. Una bonita fierecilla con un toque *sexy*, de la que quiero más. Dios, la deseo. Le sostengo la mirada mientras vuelvo a deslizar un dedo dentro de ella. Me encanta lo que se siente al estar en el interior de una mujer (la calidez, la textura y el tacto resbaladizo). Echo de

menos la sensación de practicar sexo sin barreras. Joder, ha pasado mucho tiempo desde eso. Aunque no voy a hacerlo esta noche. No soy idiota.

Pero cuando le vuelvo a succionar el clítoris mientras presiono con dos dedos ese diminuto bulto lleno de terminaciones nerviosas de su interior y ella grita mi nombre, deseo serlo.

## Capítulo 3

### Violet

Santo cielo.

Lo que acababa de hacer era como un servicio a la comunidad, algo que debería estar disponible para todas las mujeres de todo el mundo, sin tener en cuenta la ideología política, la raza, la religión o el lugar de nacimiento. «Debería ser por ley o algo así», pienso con una sonrisa mientras dejo caer un brazo sobre los ojos. ¿Qué más puede hacer este chico? ¿Cómo ha logrado que llegue al orgasmo tan rápido? Todavía no hemos terminado y ya pienso que este es el mejor rollo de una noche de la historia. ¡No puedo creer que esto me esté pasando ahora!

—¿Te divierte algo, cielo? —pregunta al ponerse en pie para recoger los pantalones y sacar un condón de la cartera antes de tirarlos de nuevo al suelo.

Las arruguitas que se le forman alrededor de los ojos me hacen pensar que le hace gracia, no que se siente ofendido por mi risa.

—No, nada —contesto, pero sin poder dejar de sonreír.

Me acomodo en la cama hasta colocar la cabeza sobre la almohada. Entonces, recuerdo aquel reportaje que vi sobre la ropa de cama de los hoteles y un escalofrío me recorre de arriba abajo. Aunque creo que estoy tumbada sobre una colcha y seguro que la lavan, ¿no? Pero, por si acaso, deslizo las piernas por el interior, doblo la colcha y la empujo hasta los pies de la cama. El chico (Jennings) se detiene con una sonrisita en la cara y me

observa. «Tú verás, los gérmenes no son ninguna broma». Me apoyo contra el cabecero y le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, ¿qué más tienes? —pregunto y, qué demonios, le examino de la cabeza a los pies.

Todavía lleva puesta la ropa interior, así que no puedo observarlo por completo, aunque reconozco que me gusta todo lo que veo. Hombros anchos, abdominales imponentes (¿cómo diablos tiene casi cuarenta años?), cintura estrecha, piernas fuertes, impresionante bulto... ¿Qué? ¿Cómo es que no me he entretenido ahí cuando lo he estudiado? Doy unas palmaditas a mi lado, en la cama, y sonrío.

—¿Que qué más tengo? —Se ríe y lanza el condón en la mesita de noche antes de agarrarme por el tobillo y tirar de mí hasta ponerme en posición horizontal.

Doy un grito de sorpresa antes de tomar aliento cuando descende sobre mí y se apoya en los brazos. Entonces, me besa y gimo. Puedo saborearme sutilmente en él y eso hace que vuelva a humedecerme. Este hombre con esa boca... Es... sensual, y me encanta. ¿Puede que sea algo británico? ¿Tal vez son increíbles en la cama? Nunca he estado con un hombre extranjero, por lo que no puedo comparar. Solo sé que lo de esta noche ha sido una muy buena decisión.

Su acento va a matarme, en el buen sentido. Me alegra que ahora no me llame Rose. Ojalá supiera mi nombre para escuchar Violet de su boca... Y la forma en la que sigue llamándome «cielo»... es muy británica, ¿verdad? Y me gusta mucho... o sea, muchísimo.

Las habilidades de esa mágica boca tampoco decepcionan en el departamento del beso. Debería ser raro besar a un extraño. Suena estúpido, teniendo en cuenta lo que acaba de hacer con la boca, que me pensase dos veces besarlo en los labios. Besar es una acción íntima en la que se mezcla el aliento, la saliva, el gusto, las lenguas, los ángulos y la presión, y el señor Beso aquí presente es bueno en todo eso.

Desplaza sus labios desde los míos hasta la mandíbula mientras enredo los dedos en su cabello. Con los dientes, atrapa mi lóbulo de la oreja y lo chupa. Tiemblo con el más mínimo de sus jadeos. A continuación, humedece con la lengua ese lugar justo detrás de la oreja, lo que provoca que presione la pelvis contra él, desesperada por recibir más.



Más de eso, más de aquello, más de lo que sea que puede ofrecerme.

Vuelvo a tener su boca sobre la mía y gimo cuando baja los brazos lo suficiente como para que mis pezones le rocen el pecho. Cuando presiona mi boca con la lengua y se enreda con la mía. Cuando me muerde el labio y deja un rastro de besos por la garganta. Cuando desciende y ahueca la parte inferior de mi pecho con una mano mientras me frota el pezón con el pulgar, estoy lista para suplicar.

En cambio, lo maldigo.

—Joder... Jennings. —Gimo y arqueo la espalda cuando pasa la lengua por mi pecho y vuelve a mover el pulgar hacia delante y hacia atrás por el pezón—. Esa maldita boca.

Lo necesito dentro de mí. No recuerdo la última vez que estuve tan ansiosa por pasar de los preliminares a la penetración. Normalmente, me parecía que solo nos habíamos dado unos cuantos besos rápidos cuando el tío ya se estaba sacando la polla y gruñendo como si estuviera follando con mucha más habilidad de la que tenía.

Como a veces le gustaba gritar a mi ex, Mark: «Tómala, tómala», mientras empujaba de forma agresiva, y yo murmuraba algo como: «*Mmm, sí*», al mismo tiempo que alcanzaba el clítoris con mi mano para frotarlo, y pensaba: ¿Tomar qué? ¿Qué *exactamente*? Porque prácticamente lo único que sentía era que estaba dando saltos sobre mí en la cama y metiéndome un tampón superplus mientras representaba el papel del macho alfa. Y no digo esto desde el despecho. Su pene era de un tamaño normal. Es solo que algunos hombres tienen una opinión exagerada de las habilidades que tienen con sus penes de tamaño medio. Eso es todo.

Estoy segura de que el señor Boca Mágica utilizará apropiadamente lo que tenga bajo esos calzoncillos de algodón. Parece muy habilidoso. Tal vez tener casi cuarenta años tenga sus ventajas... Dios, espero que todavía tenga aguante. ¿No pierden resistencia los hombres con la edad? «No me decepciones, Jennings», pienso mientras deslizo las manos por sus calzoncillos y se los bajo por las caderas, con una intención clara. «No me decepciones. Eres mi primer rollo de una noche, no seas el último. No seas la razón por la que renuncie por completo a esto y comience a tejer y a invertir en una colección de vibradores. No seas...

No importa.

Los calzoncillos ya están por debajo del culo. Su miembro acaba de golpearme el vientre. Si mi barriga fuera capaz de emitir un gruñido por el contacto, lo haría. Demonios, claro que lo haría. Mantén la calma y continúa. Dios salve a la reina. Piensa en Inglaterra. Dejo escapar una risita mientras coge el condón.

—Eres una chica muy rara, ¿no? —pregunta, pero vuelve a sonreír. Una sonrisa perezosa y llena de deseo que alcanza su mirada. Tiene unos ojos bonitos.

—Suelo ser la prudente —murmuro.

Lanzarse a la piscina nunca ha sido lo mío, pero creo que lo será a partir de ahora. ¿Por qué no? No tengo ni un apartamento ni un trabajo que perder. Ya los he perdido, así que podría acostumbrarme a esto. Aprovecha el día, *carpe diem*. Sin preocupaciones.

—¿La prudente en qué? —pregunta al mismo tiempo que rasga el envoltorio del preservativo con los dientes. ¿Por qué me parece *sexy*? Probablemente debería salir más si ese movimiento es suficiente para excitarme.

—Nada —respondo—. No importa —añado mientras flexiono una de las rodillas para plantar el pie en la cama junto a su muslo.

Él se coloca el condón con una mano con la facilidad que da la práctica y se sitúa entre mis piernas. Se apoya en un brazo mientras utiliza el otro para guiar la polla, ejerciendo presión en mi entrada. Acaba de penetrarme y ya me gusta. Cómo lo he echado de menos. Y ahí, en ese instante, decido que la nueva yo sin preocupaciones va a follar más.

Entonces, me penetra más profundamente y no solo me gusta, sino que me encanta.

Nos miramos fijamente mientras se hunde por completo en mi interior. Gime y yo tomo aliento. Muevo un poco la pelvis para ajustarme a su tamaño mientras me muerdo el labio inferior, pero rápidamente sustituye mis dientes por los suyos y me besa.

Emito un sonido gutural extraño y froto las caderas contra él porque la sensación es sencillamente perfecta. Hago presión alrededor de su polla, lo que provoca que se le oscurezcan los ojos, que luego cierra un instante. Cuando los abre, sonrío y me vuelve a besar antes de retroceder, casi hasta salirse, para luego volver a dar un empujón. Se burla de mí con unas caricias

deliciosamente largas y deliberadas, profundas y después superficiales, sacándola y volviéndola a meter. Cuando sale hasta dejar solo la punta en el interior, hundo los dedos en sus hombros en señal de protesta. Suplicaría si me lo pidiese.

En cambio, se retira, se pone de rodillas, me coloca los muslos bajo sus antebrazos, tira de mí hasta que me levanta el culo de la cama y luego se desliza dentro de mí. Esta vez, cuando me penetra, lo hace de forma rápida y dura. Coloco las manos por encima de la cabeza, contra el cabecero, para evitar golpearme con este y ayudar a Jennings en la labor. El sexo nunca ha sido así, jamás.

—Oh, Dios mío. No pares.

—No voy a parar, cielo. De ninguna manera.

Sus testículos chocan contra mí cuando empuja, y es tan erótico..., lo único que se oye en la habitación es el golpe de la piel contra piel entremezclado con nuestra respiración. Todo esto es húmedo y caliente, duro y libidinoso, por lo que deseo correrme ya, pero también ansío que no termine.

*Spoiler:* dura más tiempo.

El señor Boca Mágica también es una especie de genio del orgasmo porque parece saber exactamente cómo mantenerme a punto de correrme, me lleva hasta el abismo y luego retrocede. Es una agonía.

—Por favor, deja que me corra —me quejo—. Por favor, por favor, por favor.

—Eres una deliciosa sorpresa, cielo —responde mientras nos hace rodar hasta ponerme encima.

—¿Ah sí? —jadeo. Esta nueva posición es inesperada y me detengo un momento. No me gusta estar encima.

—Sí. —Arquea una ceja y me da un toquecito en la cadera para indicar que la pelota está en mi tejado.

Normalmente me siento muy visible si estoy arriba. Expuesta. Pero, joder, no volveré a ver a este tío nunca más y quiero correrme. Y aquí llevo yo las riendas. Además, me excita la forma en la que me mira y no tengo las tetas muy pequeñas, y desde este ángulo no se me ven michelines en la barriga. No, no veo nada más que lujuria en su mirada. Le vuelvo a recorrer el pecho con la mirada, me elevo solo un poco sobre los muslos y me deslizo

hacia abajo, hacia él. Tiene el pecho muy bonito. Tonificado y esculpido con un poco de vello que es *sexy*, pero no rebelde.

—Tócate —ordena, y vuelvo a mirarlo a los ojos. Tiene las manos en mis muslos y los dedos descansan sobre mi piel de forma seductora.

Trago saliva y aparto la vista un segundo para volver a mirarlo luego, cuando dirijo una mano a mi clítoris. Lo froto con dos dedos mientras marco el ritmo de la penetración. Me balanceo hacia delante y hacia atrás, hacia dentro y hacia fuera. Me observa atentamente y, cuando baja la mirada hacia el punto donde estamos unidos, detengo los dedos un momento hasta que dice «no pares» en voz baja y seductora. Entonces, entrecierra los ojos y emite un gemido procedente del pecho. Así que continúo, envalentonada. Su deseo es alentador, te hace sentir poderosa. Adopto el ritmo de su polla y muevo los dedos hasta que me corro.

El orgasmo me invade de forma rápida y fuerte. Dejo caer la cabeza hacia delante, con las manos apoyadas en su pecho para mantener el equilibrio. Deja su polla profundamente clavada en mi interior mientras disfruta de mis espasmos a su alrededor, y me agarra fuerte por las caderas hasta que las contracciones disminuyen. Entonces, me embiste desde abajo hasta que él mismo alcanza el orgasmo, seguido de un entrecortado: «Joder, cielo».

Luego, cierra los ojos y la boca e inclina la cabeza hacia atrás en señal de éxtasis. Mientras lo observo con la mandíbula apretada, presionando mis muslos al mismo tiempo que se corre, pienso que es muy guapo. Memorizo sus facciones antes de caer rendida sobre su pecho.

Ha sido perfecto.

El rollo de una noche perfecto.

## Capítulo 4

### Jennings

Joder, lo de anoche fue algo totalmente imprevisto. «La chica americana es buena en la cama», reflexiono mientras me limpio los restos de la espuma de afeitarse de la cara. ¿Debería haberle pedido su número de teléfono? No, porque solo me quedo en Washington un día más antes de coger un autobús de mala muerte para interpretar el papel de turista alegre. Además, ni siquiera sé su verdadero nombre, así que seguro que no me habría dado su número.

De todas formas, se ha marchado sin mediar palabra. Esta mañana, ha mirado el reloj y ha saltado como un resorte de la cama. En un minuto, se ha vestido, ha abierto la puerta y se ha marchado.

—¡Gracias! —ha exclamado con la mano en la puerta y medio cuerpo ya en el pasillo—. ¡Ha sido un placer conocerte! —ha añadido mientras cerraba la puerta y desaparecía de mi vista.

*Para mí también ha sido un gran placer conocerte, cielo.* No sé si alguna vez he escuchado esa expresión tras una noche de sexo, pero, en efecto, ha sido muy placentero.

Adoro a las mujeres. Me encanta llevarlas a cenar. Acompañarlas a su casa. Acariciarles la mejilla y besarlas antes de que me inviten a entrar. Y, sobre todo, me encanta follármelas. Adoro descubrir qué hace que se humedezcan, qué las deja sin respiración y qué les crispera los dedos. Esa combinación de movimientos que incita a la mujer para que grite mi nombre y se corra alrededor de mi polla.

Rose (o como se llame) no es la razón por la que estoy aquí. Pero me ha hecho gracia cómo ha mentido sobre su nombre, como si estuviera en una cita con un extraño en una misión secreta. Tal vez ha sido eso para ella, pero aun así, me hizo sonreír. Y cómo se le iluminaron los ojos cuando me preguntó si era británico, joder. Después me pidió que «le dijera alguna palabra británica» mientras estábamos tumbados desnudos en la cama.

Cuando lo recuerdo, niego con la cabeza y me río a carcajadas. Y ese ridículo cóctel de cava que estaba bebiendo, otra mentira. Esa bebida no está de moda en ningún país. Y soy incapaz de recordar la última vez que una mujer es la primera en marcharse después de que nos hayamos acostado.

Puede que esta noche la vuelva a ver en el bar del hotel. Tal vez. ¿Eso es lo que quiero? Normalmente no quiero repetir, pero pasaría otra noche con esa chica sin pensármelo dos veces.

¿Por qué diablos he dejado que saliera corriendo esta mañana? Me ha pillado con la guardia baja cuando se ha ido; todavía estaba con la resaca del orgasmo y acostumbrándome al cambio de hora. Se ha llevado con ella el aroma de coco mientras me aferraba al recuerdo de su inocente sonrisa, la expresión de su cara cuando se corrió (varias veces), la visión de su cabello extendido sobre la almohada y la forma en que vaciló un instante mientras la montaba a horcajadas, y luego me recorrió el pecho con un dedo antes de apoyar las palmas de las manos sobre mí para mecerse hasta alcanzar otro orgasmo.

Espero que el destino me depare otra ronda con ella.

Pero lo primero es la abuela. Estoy aquí por la abuela, me recuerdo.

Termino de vestirme. Con unos vaqueros y una camiseta bastará para el día de hoy. Localizo la cartera en el suelo junto con la ropa de ayer, me la meto en el bolsillo y echo la ropa encima de la maleta para que el personal de servicio no se tropiece. Echo un vistazo al reloj y veo que tengo tiempo de sobra para llegar al vestíbulo y encontrarme con la abuela. El viaje de una semana que haremos por los lugares históricos americanos no incluye parada en la Galería Nacional y mencionó que le encantaría ir, así que allá vamos. Señor, ayúdame. El arte no es lo mío, pero lo haré por la abuela.

Sollozo al pensar en todo el trabajo que voy a desatender esta semana. Estoy demasiado ocupado como para hacer turismo, pero es lo que debo hacer, así que sacaré tiempo de donde sea. Me las apañaré. Además, tengo el

portátil. Así que podré trabajar algo mientras el autobús nos lleva de ciudad en ciudad, por lo que puedo mantenerme al corriente de los negocios de Reino Unido.

Salgo del ascensor al vestíbulo y echo un vistazo al bar. No espero ver a la chica sentada ahí a las diez de la mañana, pero mirar no cuesta nada, ¿no?

La abuela me está esperando en la entrada del vestíbulo. La rodeo con los brazos, su aroma es tan familiar como la mismísima Inglaterra. Entonces, aparto a la chica americana de mi mente y me centro en la razón por la que estoy aquí.

## Capítulo 5

### Violet

Esta es la peor idea que Daisy ha tenido en su vida. Y, créeme, ha tenido muy malas ideas. Cuando teníamos cinco años, insistió en que podíamos pintarnos las uñas, lo que terminó con nuestros padres comprando una alfombra nueva para el dormitorio. A los diez años, me dijo que no necesitaba estudiar para el examen de matemáticas porque nuestros cerebros estaban conectados y, como yo ya sabía las respuestas, ella también. A los trece, me convenció de intercambiarnos la ropa en el baño a la hora del almuerzo, antes de las clases de la tarde, para que hiciera el examen de ciencias en su lugar. Lo logramos, pero yo era un manojito de nervios, estaba segura de que nos iban a pillar y nos mandarían a un correccional. A los dieciséis, se hizo pasar por mí y ligó con un tío, ya que yo era demasiado tímida como para hacerlo por mí misma. Consiguió que le pidiera una cita (pensando que era yo), así que técnicamente me la pidió a mí, o eso creo. En cualquier caso, fui yo la que se presentó a la cita. Con aquel tío me di el primer beso, así que supongo que el plan no fue un fracaso total.

Seguir las normas es lo mío; romperlas va con Daisy.

Entonces, ¿por qué sigo adelante con esto?

Es una auténtica locura.

Tengo veintiséis años. Soy demasiado mayor para intercambiarme con mi hermana. Saco el teléfono y llamo a Daisy mientras observo el autobús de Sutton Travel sentada frente al Sheraton.



—No puedo hacerlo —digo en cuanto responde al teléfono.

Ella suspira al otro lado de la línea.

—Estoy cansada de tus tonterías, Violet. Déjate de niñaterías y hazlo.

Así es mi hermana.

—Gracias, Daisy. Qué palabras tan bonitas.

—De nada. Mira, nadie te está obligando a hacerlo. Si quieres volver a mi casa y quedarte enfurruñada en el sofá otros seis meses, eres más que bienvenida. De hecho, puedes quedarte en mi habitación. De todas formas, no estoy en casa.

Resoplo.

—Exacto, Vi. Lo que necesitas es un empujoncito. ¡Una aventura! —Eleva la voz cuando dice «aventura» y sé que está a punto de venirse arriba—. ¿No estás aburrida, Violet? Deberías vivir un poco. Olvidarte de las preocupaciones. ¡Coger el toro por los cuernos! —Conociendo a mi hermana, probablemente esté agitando los brazos mientras lo dice—. Siempre eres la responsable y, piénsalo, ¿a dónde te ha llevado eso? A ninguna parte —añade innecesariamente. Porque es cierto. Siempre he sido la planificadora y, heme aquí, sin trabajo y viviendo en su sofá.

Me tomo un momento para vanagloriarme por el revolcón de anoche que mantengo en secreto. Daisy no lo sabe, ¿no? No. Y eso no fue nada planeado. Fue un polvo espontáneo, si es que eso puedo decir algo así de mí misma. Sonríe como una idiota mientras rememoro la noche anterior. No tengo otra igual con la que compararla, pero estoy prácticamente segura de que fue excepcional. Sigo sin creer que lo haya hecho porque enrollarme con un extraño no es mi estilo. Ni siquiera he estado cerca de liarme con un desconocido antes de anoche. Pillé totalmente lo del rollo de una noche. Pillé en todos los sentidos.

Me pregunto si lo volveré a ver esta noche en el bar del hotel o si ya se habrá marchado. Aunque, si vuelvo a acostarme con él, técnicamente ya no sería un revolcón de una noche, ¿no?

—¿Violet? ¿Me escuchas? —Daisy interrumpe mis obscenos pensamientos y vuelvo a prestar atención.

—Sí, sí. —Me he convertido en una mentirosa profesional en las últimas veinticuatro horas, ¿no?

—No es nada del otro mundo, Vi. Hazlo o no lo hagas. Quédate o vete a

casa.

—¿Que no es nada del otro mundo? Te van a despedir si me voy a casa, Daisy. El viaje empieza en cinco minutos y tú no estás aquí. ¿Dónde estás? ¿En el aeropuerto? Suena como si estuvieras en un aeropuerto. Y ¿cómo que no te importa que te despidan? Quedarse sin trabajo es algo serio, Daisy. — Yo lo sabía perfectamente.

—Que te despidan no es para tanto, siempre te lo digo. Perspectiva, Vi. No eres una sin techo ni estás pasando hambre, y ser despedida no es el final, es el principio. El principio de algo más grande y mejor —dice mi hermana con su típico tono de soñadora—. La vida puede cambiar de un día para otro. Nunca sabes lo que te deparará el mañana, créeme. Aprovecha el puto día.

—¿Qué es tan urgente que estás dispuesta a poner en peligro este trabajo? Es un buen curro para ti.

Daisy se dedica, principalmente, al blog de viajes, pero estas excursiones le permiten sumergirse en el turismo por partida doble. Le pagan por hacer los viajes y durante su tiempo libre, toma fotos y busca joyas escondidas, algo que no puede hacer con un gran grupo de turistas, pero que son el material perfecto para su página. Se ha creado un blog de la nada para ganarse unos buenos ingresos con la publicidad y los enlaces asociados y trabaja para sí misma, así que le resulta fácil organizarse el horario con Sutton Travel. Es perfecto y estaría loca si lo dejara.

—Tengo algo que hacer —dice alegremente. Algo. Ni siquiera sé si quiero saberlo—. Voy a colgar —comenta—. Simplemente, sube al autobús, Violet. Puedes hacerte pasar por mí sin problemas en este viaje. Me has visto hacerlo, no es tan complicado. Además, te he dado unas directrices.

—Voy a cagarla. —Trago saliva en señal de temor—. ¿Cómo voy a hacer de guía en un viaje que solo he hecho una vez?

Realicé esta ruta el mes pasado cuando las entradas tenían descuento y Daisy me confirmó que había algunos asientos vacíos en el autobús, pero no le presté mucha atención. Pasé la mayor parte del viaje espiando el Facebook de Mark, algo estúpido. Pero en aquel entonces era lo que necesitaba.

—Ellos no lo saben, Violet. Ya hemos hablado de esto. Nadie de esa ruta va a notar que no sabes lo que estás haciendo. Ni siquiera son estadounidenses. Puedes decirles lo que quieras. Simplemente sonríe y asegúrate de no perder a nadie en la parada para ir al baño y todo irá bien.

—¿Das por hecho que solo los estadounidenses conocen la historia de Estados Unidos? —pregunto por enésima vez. Esta idea es una locura.

—Doy por hecho que no tienes trabajo y que te iría bien recibir el cheque que Sutton Travel me entregará por este viaje. Te haré una transferencia a tu cuenta.

*Touché.*

Pero es cierto. No tengo ninguna entrevista de trabajo prevista para esta semana. Nada. Llevo seis meses enviando currículums y no me han llamado, excepto para entrevistas de puestos que no me interesan o para entrevistas que no he superado. Lo cual me hace sentir como una mierda porque ni siquiera puedo rechazar lo que no me satisface.

—Y sé que puedes seguir el guion que escribí lo bastante bien como para dar el pego ante un puñado de turistas extranjeros —añade—. No eres idiota. Ni que fueras a confundir la Casa Blanca con el Capitolio. Simplemente sigue la chuleta que te hice.

—Solo seguir la chuleta —repito. Es irónico, ya que eso es lo que hizo Daisy durante la mayor parte del instituto.

—El conductor del autobús tiene la ruta y todas las paradas ya están organizadas. Vas a llevar al grupo hasta los expertos de la zona de Washington y Gettysburg. Prácticamente, lo único que tienes a hacer es dejarlos allí y luego recogerlos. Tú puedes.

—Vale. —Dejo escapar un suspiro y vuelvo a mirar el autobús—. No habrás hecho ningún viaje con este conductor, ¿no? ¿Tom? ¿No esperará que lo conozca?

—No. Ya te dije que hay al menos doscientos conductores. Es muy raro que vea dos veces a alguno y no conozco a este. No te preocupes.

—De acuerdo —murmuro—. Esto es una pésima idea.

—Es genial —responde, llena de confianza—. Además, si no apareces, todos esos turistas se van a quedar tirados.

—Eso no es cierto —contesto lentamente y pongo los ojos en blanco, aunque sé que no puede verme.

—En cierta forma, sí. Tu primera recogida en el aeropuerto es en menos de una hora. La empresa no podrá conseguir un sustituto tan rápido. Piensa en todos esos agradables canadienses tirados en la zona de facturación del aeropuerto, preguntándose dónde estás.

—Querrás decir, preguntándose donde estás *tú* —contesto de forma seca.

—Es lo mismo. Estarán tristes, Violet. Tristes de haber hecho todo el viaje hasta Estados Unidos y que nadie los haya recibido.

—¿Por qué hablas solo de canadienses? ¿Los demás no estarían tristes?

—Pensé en tirar un poco de la fibra sensible, y todo el mundo sabe lo agradables que son los canadienses —dice, imperturbable—. Apuesto a que alguno te ofrece un caramelo de arce antes de que termine la semana.

—Eres ridícula —murmuro, pero sonrío.

—Te quiero, Vi. Eres mi mantequilla.

—Y tú eres mi mermelada.

Finalizamos la llamada y me coloco la placa de Sutton Travel en la camiseta con renovada confianza. Tiene el nombre «Daisy» impreso. Daisy lleva razón. Puedo hacerlo. Además, necesito el dinero.

Esto es lo que pasa cuando venden la empresa para la que trabajas dos semanas antes de comprarte una casa y te despiden. Como consecuencia, los bancos se niegan a dar hipotecas a treinta años a personas desempleadas. Ya había informado al dueño de mi apartamento. La mayoría de mis cosas estaban empaquetadas en cajas, listas para la mudanza, cuando mi mundo implosionó. Las cajas se trasladaron a un almacén y yo, al sofá de Daisy.

Perdí a mi novio al mismo tiempo.

Cuando digo que lo perdí, hablo de forma literal. Está vivo, pero ya no lo tengo. Trabajábamos juntos, en distintos departamentos, nada escandaloso. Él era el hijo del dueño, todo el mundo sabía lo nuestro, no era un secreto y no obtuve ningún favor especial, por supuesto que no. Nunca los habría aceptado.

Excepto... Cuando sucedió todo, ya que fui la última en saberlo. La última del todo. Estaba haciendo un recado en la hora del almuerzo cuando enviaron el correo electrónico notificando a los empleados que la empresa se había vendido a otra más grande. Esta nueva solo necesitaba la mitad del personal actual e iba a trasladar a Mark a otra ciudad, a un cargo ejecutivo de más categoría (eso fue parte del trato cuando su padre vendió la empresa, por supuesto). Cuando volví a la oficina, me encontré con un miembro de recursos humanos de la nueva empresa que me ofreció una indemnización.

¿Sabes cómo son las indemnizaciones cuando tienes veintiséis años? El

sueldo de una semana por año trabajado. Había trabajado allí tres años y medio. Es decir, tres semanas de sueldo. Ni siquiera redondearon por ese medio año.

En dos semanas, Mark se trasladó a California para el nuevo puesto y yo perdí la entrada que di para la vivienda.

Él ni siquiera se molestó en romper conmigo antes de marcharse. Apenas pronunció las palabras. ¿Sabes lo que jode cuando alguien *insinúa* una ruptura, pero realmente no lo dice? Es una puta mierda, eso es lo que es. Básicamente, tuve que romper conmigo misma. Gracias, gilipollas. Dijo que se iba a mudar a San Francisco y yo, estúpidamente, como se vio después, pregunté qué pasaba con nosotros. Él frunció el ceño y dijo algo sobre la distancia, como si yo fuera tonta por no pillarlo.

—Este es un momento muy importante para mí, Violet —dijo.

Ahora está con una tal Lindy.

Así que necesito esto.

Cuando me acerco al autobús, las puertas se abren y el conductor baja los escalones con una gran sonrisa.

—¡Daisy! —grita, mirándome las tetas.

Mierda, me conoce. Es decir, la conoce. Conoce a mi hermana.

## Capítulo 6

### Violet

—**H**ola. —Sonrío y echo un vistazo a la placa con su nombre. George. Joder, mierda, joder. Se suponía que Tom era el conductor esta semana. Tom Masey, un hombre al que Daisy me aseguró no conocer. No George, quienquiera que sea, que obviamente sí lo conoce.

—George —repito con un poco de entusiasmo—. ¡Hola!

¿Cuántas excursiones habrán hecho juntos? ¿La conoce bien? Esto va a ser mucho más duro si espera que actúe como ella.

Se detiene demasiado cerca de mí con una sonrisa en los labios, que deja a la vista unos hoyuelos en la mejilla. Es atractivo y, cuando desliza un brazo en torno a mi cintura a modo de saludo, me deja claro lo bien que conoce a Daisy.

Voy a matarla.

—George —digo mientras me zafó de su abrazo e intento no entrar en pánico—. Pensaba que Tom era el conductor asignado esta semana.

—Así es. Cuando vi que ibas a hacer este viaje, le cambié la ruta. —Me guiña un ojo—. Él ha cogido la que va de Boston a Maine.

—¿Puedes cambiar las rutas asignadas? —pregunto, y me sorprendo a mí misma—. Quiero decir, qué bien. —Asiento con la cabeza y aprieto el teléfono, que todavía llevo en la mano. Necesito llamar a Daisy. Luego tengo que coger la maleta y salir corriendo. De ninguna manera puedo hacer esto. Ni de coña—. Escucha, necesito hacer una llamada rápida —digo, y señalo el

teléfono que tengo en la mano mientras doy un paso atrás. Pero no he dado otro paso cuando George me vuelve a rodear con el brazo y me gira en dirección a la puerta del autobús.

—Vamos, Daisy, puedes llamar desde el autobús. Tenemos que ponernos en marcha si queremos llegar al aeropuerto a tiempo para recoger al primer grupo. Sabes que ser puntual es clave.

—*Mmm* —murmuro, pero está pisándome los talones, así que subo los escalones del autobús.

Es un autobús de lujo, como en el que estuve cuando hice la ruta con Daisy. Sigo subiendo, paso el asiento del conductor y me enfrento al autobús vacío antes de tomar asiento a regañadientes en primera fila. George cierra las puertas, se abrocha el cinturón y se coloca unas gafas de sol mientras maniobra para salir del aparcamiento.

—Así que, Daisy —empieza George cuando se detiene en un semáforo de Frying Pan Road.

¿Me quedo o salgo corriendo? Es decir, correr es obviamente la opción cuerda. Pero ¿cómo salgo de aquí? ¿Le aclaro a George que no soy Daisy? ¿Le digo que, de repente, me encuentro mal y le pido que se detenga? Simplemente podría echar a correr, pero a juzgar por los coches que pasan zumbando por la ventana, probablemente no sea la idea más segura.

No obstante, puede que no se hayan acostado. Quizá solo se hayan visto una vez y crea que tiene alguna opción con ella. A Daisy le encanta flirtear, así que es posible. Pero no puedo inclinarme y preguntarle cómo conoce a mi hermana, ¿no? Porque piensa que soy mi hermana, Dios.

—¿Daisy? —George vuelve a llamarme, pero no recibe respuesta por mi parte, hasta que vuelvo en mí y soy consciente de que en menos de diez minutos llegaremos al aeropuerto.

Tengo menos de diez minutos para averiguar qué hacer para que esto salga bien, porque nunca huyo. Soy eficiente. Soy el tipo de chica que hace que cualquier cosa funcione.

Además, me dan náuseas solo de pensar en decepcionar a alguien. Ahora mismo estrangularía a Daisy, pero no quiero decepcionarla.

—Tengo que hacer esa llamada —insisto y me levanto, apoyándome en el reposabrazos del asiento—. Es algo privado —añado mientras camino por el estrecho pasillo hacia la parte trasera del autobús. Ya he pulsado el botón de

rellamada con el pulgar.

—¿Ya te has dado por vencida? —pregunta Daisy en cuanto coge el teléfono—. Han pasado cinco minutos, Vi. Cinco minutos. No es complicado. Esperas junto a la cinta transportadora número uno y sostienes la carpeta de Sutton Travel. El grupo de pasajeros del viaje te encontrará. Los tachas de la lista y los envías al...

—Daisy —respondo, interrumpiéndola—. Esa no es la razón por la que te llamo. Tenemos un problema.

—¿Qué pasa, Violet? —responde, pero no suena preocupada. Nunca lo está.

Siempre me he imaginado que salí del útero con un ceño escéptico mientras que ella me siguió un minuto después chocándole la mano al doctor. Eso de que compartimos el mismo ADN me asombra. Aun así, no puedo imaginar mi vida sin ella.

—No han enviado a Tom, sino a George —digo en voz baja. Sé que el hombre no puede escucharme a esta distancia, pero nunca se puede pecar de precavida—. Y George, definitivamente, te conoce. Me ha dicho que ha cambiado la ruta por ti.

—*Uf*—responde tras unos instantes en silencio—. Bueno.

—¿Bueno? —repito, exasperada—. Explicáte mejor, Daisy. Veo el aeropuerto desde aquí. No tengo mucho tiempo. ¿Cómo de bien conoces a este tío?

—Estoy pensando. ¿Qué George es?

Me separo el teléfono de la oreja para mirarlo con incredulidad.

—Supongo que es el George que conoces bíblicamente, según la forma en la que me estaba mirando —replico y pongo los ojos en blanco. Luego vuelvo a ponerme el teléfono en la oreja.

—Vale —dice, arrastrando la palabra.

Me lleva dos segundos resolverlo.

—¿Te has acostado con dos conductores que se llaman George? —Siseo—. ¿Quién hace eso?

—Probablemente muchas chicas —responde en tono indiferente—. Los George están buenos. Y no intentes que me avergüence, Violet, ya sabes que no funciona conmigo.



—Obviamente —respondo de forma seca.

—Por cierto —dice Daisy—, ¿qué George es? ¿El que está bueno o el que está muy bueno?

—¿Y yo qué sé, Daisy? Lo acabo de conocer.

—*Mmm*, cierto. Supongo que no importa qué George es. Simplemente no te acuestes con él. Eso sería extraño.

—¿Tú crees? —contesto de forma sarcástica. Nunca hemos salido con el mismo tío. Estamos unidas, pero no tanto—. ¿Con quién estoy trabajando aquí, Daisy? ¿Algún George está enamorado de ti? ¿Tienes algún nombre cariñoso al que tenga que responder? ¿Tendré que romperle el corazón?

—No. —Se ríe y emite una especie de bufido—. Ningún George está enamorado de mí —dice—. Te aseguro que no

—añade en un tono algo triste.

—Estamos en el aeropuerto. Tengo que colgar —digo.

—Eres mi guisante.

—Y tú, mi vaina. Te quiero.

# Capítulo 7

## Violet

Estoy exhausta. Tras el viaje al aeropuerto de esta mañana, me aseguré de que los pasajeros se registraran en el hotel y conocieran el punto de encuentro para esta tarde. Luego, hice lo mismo con el grupo de la tarde. Cada vez que alguien me hacía una pregunta, me preocupaba no saber la respuesta, lo que me hacía estar en tensión. A eso hay que añadir que tenía que evitar a George. Evitar a gente es complicado, porque tienes que saber dónde están a todas horas para poder asegurarte de no estar en el mismo lugar al mismo tiempo. O, si lo estás, tener una encantadora pareja australiana a tu lado como parachoques para que la persona que estás evitando no pueda ofrecerte su número de habitación. Eso es solo un ejemplo.

Tendré que cortar esto de raíz.

Echo un vistazo a la cama de mi habitación y me planteo acostarme solo unos minutos, pero prefiero ser práctica. Tengo una hora libre antes de reunirme con el grupo en la planta de abajo, así que ojeo la lista de pasajeros por tercera vez para asegurarme de no perder a nadie. Solo recogimos a treinta y dos en el aeropuerto. Los nueve restantes vinieron por su cuenta o llegaron a la ciudad antes, pero sé que todos están en el hotel porque el personal me lo ha confirmado. Así que puedo tachar eso de la lista.

Cuarenta y un huéspedes en total. Comprobado.

Confirmar que el bar del hotel dispone de un reservado para nuestro grupo esta noche y va a servir un pequeño bufé de aperitivos a las seis.

Hecho.

Llamar a la guía local con la que nos reuniremos mañana y verificar el punto de encuentro. Hecho.

Satisfecha, abro el portátil y reviso el correo electrónico para comprobar si me han seleccionado para alguna entrevista de trabajo. Me muerdo el labio al ver que no hay nada nuevo. Resoplo y envío un par de correos de seguimiento a las empresas de selección de personal con las que he trabajado antes de echar un rápido vistazo a mis portales de búsqueda de empleo favoritos. Me las arreglo para enviar un par de currículums antes de que llegue la hora de cerrar el portátil y bajar. Me detengo frente al espejo y me paso las manos por la blusa, aunque técnicamente es la blusa de Daisy. Gracias a Dios que las guías turísticas no llevan uniforme. Los conductores, sí. Pantalones negros, camiseta de vestir, chaleco y, dependiendo del tiempo, chaqueta. A decir verdad, es bastante *sexy*, si es que te gustan ese tipo de cosas. A Daisy obviamente sí, pienso con una sonrisa. Tengo que querer a mi hermana.

En cualquier caso, las guías no tienen uniforme. No se les permite llevar pantalones cortos, vaqueros, ni camisetas. Mientras hacía la maleta y me la pasaba, Daisy comentó que era algo así como un estilo de negocios informal.

—Te he dejado unas cuantas cosas. En la maleta tienes el vestido sin mangas que siempre coges sin permiso y la falda rosa que me acabo de comprar —añadió mientras la miraba como si estuviese loca. Pero al final acepté hacer el intercambio, así que está claro que yo también estoy zumbada.

Por enésima vez, no puedo creer que haya accedido a esto. Pero ya es hora de volver a coger las riendas. Daisy no estaba equivocada en eso. Y aunque suplantar a mi hermana como guía turística de Sutton Travel no es la idea que tengo para rehacer mi vida, es un comienzo. No pagan mal y necesito dinero como agua de mayo. Además, los turistas suelen dejar propinas a la guía y al conductor al final del viaje y Daisy me aseguró que son generosas.

Y necesito dejar de dormir en su sofá.

Daisy tiene un fantástico fondo de armario, reflexiono mientras me giro un poco con la falda rosa puesta. Me voy a quedar con algunos de los conjuntos que me ha metido en la maleta como recompensa extra. Me lo debe por meterme en este lío, porque sus razones no son totalmente altruistas.

Conozco a mi gemela y sé que esta semana está tramando algo.

Así que voy a sacarle el mayor partido posible a esta situación. A fin de cuentas, esa es mi máxima: encontrar un modo de destacar sin importar lo que la vida te ofrece. Ya he dejado de compadecerme y estoy pasando página. Este es el impulso que mi vida necesitaba.

«El tío de anoche fue un excelente estímulo», pienso mientras sonrío como una idiota frente al espejo. No puedo evitarlo, estoy muy satisfecha por lo descarada que fui. Me siento extrañamente... orgullosa de mí misma. ¿Eso es normal? ¿Estar orgullosa de un revolcón de una noche? Pues lo estoy.

Anoche, la vida me ofreció a un británico *sexy* y le saqué provecho, sin ni siquiera necesitar una chuleta de Daisy para que ocurriera. Puede que el artículo de la revista femenina me ayudara, pero lo hice yo. Entré en el bar y le sonreí, ¿no? Así que, sí, hoy estoy bastante orgullosa.

Esta semana es la mía. Vuelvo a tener seguridad y, además, tengo la chuleta. Suspiro y me endezco frente al espejo. He enviado un montón de currículums. Hoy he mandado unos cuantos más y hay dos empresas de selección de personal que creen en mí y me llamarán en cuanto tengan una vacante. Puede que lo hagan esta semana, nunca se sabe.

Cojo la chuleta para la cena de bienvenida junto con las bolsas de Sutton Travel y los cordones para cada pasajero y me dirijo a la planta baja con una amplia sonrisa en la cara. Las cosas están volviendo a la normalidad y Daisy tiene razón: nadie pondrá en cuestión si me he equivocado. Ni siquiera se darán cuenta.

El señor Boca Mágica. ¿Quién iba a pensar que una noche con ese hombre sería el aliciente que mi autoestima necesitaba? ¿Me atreveré a buscarlo esta noche? ¿Querría repetir? O ¿ya ha conquistado a otra mujer con más estabilidad personal que yo? No, no voy a pensar en eso. Quería sexo de una noche y eso es lo que tuve.

## Capítulo 8

### Jennings

A las seis, la abuela y yo nos dirigimos hacia una pequeña zona de comedor adjunta al bar del hotel. Hay un cartel que indica que la zona está reservada para el grupo de Sutton Travel, así que buscamos dos asientos en una mesa libre y nos sentamos. Tres mujeres canadienses que viajan juntas se sientan con nosotros poco después y la abuela conversa con ellas mientras yo asiento con la cabeza, miro el reloj e inspecciono el grupo con el que voy a viajar durante la próxima semana.

La mayoría son parejas jubiladas. Luego está el grupo de amigas de nuestra mesa que disfruta de unas vacaciones solo para mujeres, unas cuantas parejas que rondan los treinta años y una o dos personas que parece que viajan solas. Es interesante observar a un grupo de completos desconocidos de todo el mundo forjar un vínculo temporal en unas vacaciones compartidas. Es jodidamente aburrido para mí, pero apasionante para los demás. El viaje ha tenido un buen comienzo: gente mezclándose y riendo, presentándose con un asentimiento de cabeza y una sonrisa mientras se intercambian notas sobre el lugar del que proceden y se compadecen por los largos vuelos y el cansancio del viaje.

En ese momento, entra la chica de anoche. Se dirige directamente a la zona acordonada específica para el grupo de viaje, así que me olvido de todo lo demás y me centro en ella.

Está incluso más hermosa que ayer, si cabe. Lleva ese precioso cabello

negro recogido en una cola con espesas ondas en las puntas. Tiene los labios pintados de rosa palo y las cejas ligeramente arqueadas en señal de concentración, como si buscara a alguien. ¿Está buscando a alguien? Sus ojos se pasean por la habitación mientras repaso mentalmente el grupo que acabo de observar tratando de emparejarla con alguno de ellos. ¿Quién podría estar con ella? ¿Tal vez viajaba con una amiga? He visto unas cuantas personas en el grupo que viajan solas, pero ella no parece ser una de ellas, y tampoco he visto a nadie reservar un asiento.

Lleva una blusa de algodón blanca, que realza ligeramente sus pechos. Definitivamente, quiero otra ronda con ella. Saber lo que hay debajo de esa blusa es una tortura: unas tetas rosadas perfectas. Cómo olvidar la sensación al tenerlas entre mis manos y su forma de gemir cuando me las llevé a la boca. Necesito probarlas de nuevo.

Se humedece los labios con la lengua, toma aliento y abre la boca para hablar una milésima de segundo antes de darme cuenta de que lleva un montón de bolsas de Sutton Travel y sospecho (aunque no estaba dispuesto a apartar los ojos de ella para comprobarlo) que toda la sala ha centrado su atención en ella.

—Hola —dice al grupo con un ligero movimiento de la mano—. Hola a todos de nuevo y bienvenidos al viaje de «Lo más destacado de la historia» con Sutton Travel.

Madre mía, es la guía turística. Me echo a reír y gira la cabeza en mi dirección. Cuando me ve, cualquier atisbo de sonrisa desaparece de su cara. Se queda con la boca abierta y los ojos como platos antes de tratar de recomponerse y apartar la mirada con un «mmm» para dirigirla al grupo reunido mientras se coloca un mechón de pelo inexistente detrás de la oreja.

—Bueno, *mmm*, ¡bienvenidos! —repite, pero ahora se le entrecorta un poco la voz y parece inquieta.

Mira a todos lados excepto a mí. Cambia el peso de cadera en cadera y yo me relajo en la silla y extendiendo las piernas antes de cruzar los brazos sobre el pecho con una sonrisa. Este viaje va a ser mucho más entretenido de lo que pensaba.

¿Cómo demonios se llama, entonces? No recuerdo que la guía de este viaje se llamara Rose. Entro en la agenda del móvil para confirmar el itinerario y la guía asignada para el viaje de «Lo más destacado de la

historia» de esta semana es una tal señorita Daisy Hayden. Incluso hay una foto de ella al final del correo, una bienvenida general que la empresa envía. Tal vez lo debería haber abierto antes de elegirla anoche en el bar del hotel, reflexiono mientras otra sonrisa se dibuja en mi cara, pero esto es más divertido. Así que se llama Daisy, que significa «margarita» en inglés. La miro mientras pienso en ello. No sé muy bien si le pega, ya que me recuerda a una flor extraña, no a una común. Rose no era mucho mejor, pero me parece tierno que eligiese otra flor como nombre.

—La mayoría de vosotros ya me conocéis, de cuando os recogí en el aeropuerto —empieza, mientras lanza otra mirada en mi dirección—, pero para el resto, me llamo Daisy Hayden y esta semana seré vuestra guía en el viaje de «Lo más destacado de la historia».

Habla con una amplia sonrisa, pero parece nerviosa. Tenía más seguridad anoche cuando me escogió en el bar que ahora mismo. A continuación, informa sobre la previsión del tiempo para mañana y la caminata que nos espera durante la visita. Nos recuerda la importancia de respetar el horario e informarla en caso de que planeemos saltarnos alguna de las actividades programadas para no tener que buscarnos. Luego nos invita a disfrutar del bufé que nos han preparado.

Logra hacer todo esto sin mirarme a los ojos ni una sola vez. La pillo lanzando miradas en mi dirección, hacia las personas con las que comparto mesa, pero nunca se detiene en mí. Por el contrario, yo no puedo apartar los ojos de ella. Es hermosa. La forma en que la cola se balancea mientras coloca la pila de bolsas en una mesa vacía y le roza el brazo mientras se inclina levemente. El modo en que sus cejas se unen en señal de concentración cuando un cliente le pregunta algo que no alcanzo a escuchar desde el otro lado de la habitación. La curva de sus pantorrillas y la delicada forma de sus tobillos, las apropiadas bailarinas sin tacón que lleva como calzado. He sido un completo idiota al dejarla escapar esta mañana, pero ahora tengo otra oportunidad. Llámalo destino. Y a juzgar por este grupo y el itinerario, terminará sus obligaciones puntualmente todas las noches.

A tiempo para estar conmigo. En la cama.

Sí, planeo familiarizarme muy bien con la señorita Hayden esta semana.

En cuanto el grupo se levanta y se dirige a la cola del bufé, se le borra la sonrisa de la cara y por fin me mira. Abre mucho los ojos cuando se da

cuenta de que la estoy mirando descaradamente y se da la vuelta, con la falda rosa palo girando con ella, mientras sale del restaurante con la cabeza gacha y escribe algo en el teclado del teléfono.

Le digo a la abuela que necesito hacer una llamada de negocios y la insto a que se vaya a comer con sus nuevas amigas canadienses mientras salgo un rato. Entonces, sigo a la señorita Hayden y la encuentro fuera, en el pasillo, como esperaba, ya que supongo que no puede irse hasta que la cena de bienvenida termine. Está medio escondida detrás de una gran planta decorativa. Con una mano agarra el teléfono junto a su oreja y con la otra, se tapa el otro oído para escuchar mejor.

—No, le dije que me llamaba Rose —sisea al teléfono.

Está de espaldas a mí y me detengo justo frente a la planta porque, ¿por qué no? ¿Quién soy yo para pasar por alto una oportunidad de oro de obtener un poco de información?

—¿Por qué? Yo que sé, me pareció una buena idea. Pensaba que lo de los nombres falsos era algo mutuo. Nunca había tenido un rollo de una noche, así que no sabía qué protocolo seguir.

Sonrío al escuchar eso y me alegro de que no me vea porque sé que mi sonrisa es bastante petulante. Pero no puedo evitar sentir satisfacción por ser el único en tener ese honor.

Se queda en silencio mientras escucha a quienquiera que esté al otro lado de la línea.

—No te estoy tildando de puta, solo te lo estoy explicando —dice con un suspiro exagerado—. Y tú me estás tildando de mojigata con esa risa. Es muy hipócrita, Da... —Se gira mientras habla y se detiene en mitad de la frase cuando me ve allí parado—. Tengo que colgar —susurra al teléfono y sonrío. Es un poco tarde para susurrar.

—Tú —dice en un tono que no implica exactamente que esté contenta de verme.

Cierra la mano en un puño y luego la relaja mientras se recompone y niega con la cabeza. Durante la llamada, tiró de la punta de la coleta hasta colocarla sobre el hombro y empezó a enredársela entre los dedos mientras hablaba. Ahora, la punta de la cola descansa sobre la blusa y me siento tentado de alcanzarla y acariciarla, pero no creo que ahora me lo permitiera.

—Sí, yo —afirmo—. Me sigo llamando Jennings, por cierto —añado con



una sonrisa. Ella se tensa en respuesta. Sus ojos echan chispas antes de entrecerrarlos mientras aprieta los labios y se cruza de brazos sobre el pecho de forma defensiva—. Así que te llamas Daisy, no Rose —digo para probar cómo suena de mi boca—. No tienes cara de llamarte Daisy.

—Pues así me llamo —responde ella—. Daisy —afirma solo para asegurarse de que me queda claro. A continuación, frunce el ceño—. ¿Por qué no tengo cara de llamarme Daisy? Las Daisy son muy divertidas. —Abre los brazos para abarcar todo lo divertida que es capaz de ser y reprimo una sonrisa.

—Tienes razón.

—De todos modos, pensaba que estabas aquí por negocios —sisea—. No de vacaciones con tu señora madurita.

—Abuela. —La corrijo.

Estoy aquí por negocios, aunque de forma indirecta. Debería decírselo. Debería.

—Vale. —Deja caer los hombros y encoge uno de ellos—. Tu abuela. Estás de vacaciones con tu abuela —repite poco a poco—. Tienes casi cuarenta años y tu abuela todavía te paga las vacaciones. Así se hace. —Se da unos toquecitos en la frente con los dedos y cierra los ojos un instante mientras niega con la cabeza.

¿Cómo? Se cree que mi abuela me está pagando el viaje... oh, esta chica no tiene precio. Y no supone ningún problema que lo crea.

—Terrible, ¿verdad? La economía y demás no es lo que era. —Meto las manos en los bolsillos y me inclino unos centímetros en su dirección antes de volver a hablar—. Pero deja que comience el viaje, ¿no?

Ese es el lema de Sutton Travel. *Deja que comience el viaje*. Creía que sonreiría, pero simplemente me mira como si fuera idiota.

—Escucha, Jennings. —Respira profundamente y aparta la mirada—. Siento lo de anoche.

¿Lo siente?

—No sabía que estarías en este viaje —continúa rápidamente—. Espero que esto no sea demasiado incómodo.

—¿Por qué debería ser incómodo?

Vuelve a mirarme con las cejas arqueadas en señal de incredulidad. Tiene

los ojos de un azul profundo, enmarcados por unas espesas pestañas negras. Es hermosa.

—*Mmm*, ¿porque me has visto desnuda?

Mis labios dibujan una sonrisa perezosa mientras observo su expresión severa y el ligero rubor de sus mejillas.

—En efecto, te he visto desnuda, cielo —conuerdo mientras la recorro lentamente con la mirada de la cabeza a los pies y viceversa—. No hay nada incómodo en todo esto —añado cuando se mueve de forma nerviosa y el rubor de su rostro se hace más evidente—. Pero pensaba que normalmente veías más de una vez a los hombres con los que te acostabas, así que verme de nuevo no será un problema para ti, ¿no?

Me mira con ojos encendidos cuando se da cuenta de que he oído que solo había tenido un rollo de una noche: conmigo. Sonrío mientras frunce el ceño.

—Pero no en el trabajo —susurra—. Y no sin saber sus apellidos y todo eso —añade con un leve movimiento de cabeza—. Esto ya es un desastre —dice más para sí misma que para mí.

—Jennings Anderson —ofrezco mientras extiendo la mano—. Me gusta el bistec, odio las palomitas y me encantan los perritos. Ahora ya sabes mi nombre y algunas cosas sobre mí. —Algunas, pero no todas. No la parte que encontraría más interesante.

Inclina la cabeza y entrecierra los ojos antes de hablar, dubitativa. Así es como describiría la expresión de su rostro: dubitativa.

—Sí, bueno, Jennings, si me disculpas, tengo que trabajar. —Inclina la cabeza en dirección a la sala que hay detrás de mí, donde los viajeros están cenando.

—Por supuesto, cielo —afirmo mientras me hago a un lado y sostengo una mano en el aire en dirección al restaurante—. Dejaré que vuelvas al trabajo. No me gustaría distraerte de tus quehaceres —añado con un guiño.

—Ya lo has hecho —murmura mientras se marcha.

Ojalá supiera lo mucho que deseo ser su distracción. Todas las noches, durante toda la semana. «Sí, señorita Daisy Hayden, no tienes ni idea de lo distraída que vas a estar».

## Capítulo 9

### Violet

**B**ueno, anoche fue un desastre. Eso es lo primero que he pensado cuando me he despertado esta mañana. De-sas-tre. La alarma ni siquiera ha sonado y ya estoy despierta y pensando en que tengo que pasar la semana con el tío con el que me acosté. Siete noches y ocho días para ser concretos. ¡Hurra!

¿Cómo ha pasado esto? Es decir, ¿por qué me está pasando a mí? Me dispuse a tener un rollo de una noche y he terminado atrapada con él durante una semana. Y probablemente vuelva a acostarme con él, así que adiós a mi única noche de sexo esporádico. Contando con que quiera volver a acostarse conmigo, pero creo que querrá. Parecía disfrutar anoche y, para ser honestos, no hay mucha competencia esta semana. La mayoría de las mujeres que realizan este viaje están casadas o superan los sesenta años. Además, parecía encantado cuando anoche me siguió al pasillo, durante la cena de bienvenida. Claro que podría elegir a alguien que no fuera del viaje para pasar las noches. Del mismo modo que me eligió a mí. ¿O fui yo quien lo eligió a él? No, lo único que hice fue sonreír durante tres segundos. Él me invitó a una copa y se acercó, así que supongo que ahí está la respuesta. De todas formas, sigo pensando que quiere repetir.

Así que si vuelvo a acostarme con él, ¿seguiría siendo una anécdota interesante que contar? Cuando tenga cincuenta años y me esté tomando unas copas con mis amigas mientras recordamos nuestra juventud perdida, ¿mentiría si dijera: «Oh, sí. Una vez me tiré a un tío bueno británico. Incluso

le dije que me llamaba de otra forma. Todo fue muy estimulante»)?

Dios, soy una idiota. Ni que fuera a utilizar la palabra «estimulante» en una conversación informal. Además, solo mentí con mi nombre porque estaba suplantando a mi hermana y no quería darle su nombre, porque eso sería raro.

Oh, mierda.

¡Joder, joder!

Me enderezo en la cama y observo el televisor apagado frente a mí. No puedo volver a acostarme con él ahora que piensa que me llamo Daisy. ¿Qué pasa si me llama Daisy cuando nos acostemos? No. Ni hablar.

Creo que voy a llorar. Estoy atrapada en un viaje de una semana con el señor Boca Mágica y ni siquiera puedo disfrutarlo. ¿Por qué me odia el universo? ¿Por qué? Me vuelvo a echar en la cama con un fuerte gruñido antes de agarrar el móvil de la mesita de noche para mirar la hora. Es buen momento para levantarse. La alarma está programada para que suene dentro de media hora y estoy segura de que ya no me volveré a dormir.

Mi mente va a toda velocidad por el terror de tener que interpretar el papel de guía turística esta semana. Y por el recuerdo de lo que sentí al acostarme con Jennings. Me excito solo de pensar en la sensación de tenerlo encima de mí y dentro de mí, y de rodearle la polla. Qué labios (mierda, tiemblo al recordar esos labios), qué bueno que era con ellos, por todos lados. En el cuello y dejando un rastro de besos por el interior del brazo, detrás de la oreja y por encima del ombligo. Y por debajo también. Dios mío, sabía lo que hacía.

Bueno, olvídale. El sexo probablemente no sería tan bueno si lo hiciese una segunda vez con él. Posiblemente sería normalito, del montón. Puede que la primera vez fuera tan excitante por eso de que era como algo prohibido: sexo con un tío bueno desconocido que nunca volvería a ver. Sexo sin sentir presión alguna por si lo estaba haciendo bien, ni tener que preocuparme de no hacer ruiditos raros sexuales en medio de todo ese vaivén, porque, madre mía, estaba chorreando por él. Estaba mojada de una forma vergonzosa. Justo como ahora mismo mientras pienso en ello.

Seguramente estaba tan excitada porque era una polla nueva. Sí, eso es. Esa es la razón. Un nuevo pene de tamaño perfecto. Lo bastante grueso para sentirlo y lo suficiente largo para hacer una mueca cuando me penetró hasta

el fondo con la pelvis descansando sobre la mía. A eso hay que añadirle un cuerpo increíble con un rostro que me insta a ponerme de rodillas y tomarlo con la boca. Y el acento británico no era para menos. Santo cielo, qué acento. Estoy jodida.

Aparto la colcha y la sábana de una patada y me dirijo al baño con otro gemido. Una ducha fría me vendrá bien para afrontar un día largo y sexualmente frustrante.

Noventa minutos más tarde, me encuentro en la planta baja, en el restaurante del hotel. El viaje incluye desayuno diario en cualquier hotel en el que nos alojemos, así que observo a gran parte del grupo vagando por el lugar, disfrutando del bufé que ofrece el hotel. Opto por un plátano y una taza de café y me siento en una mesa vacía para echar un vistazo al plan del día. Solo tengo que meterlos en el autobús, contarlos dos veces para asegurarme de que están todos y luego dar cierta información sobre Washington que Daisy me apuntó mientras nos dirigimos a la ciudad. Una vez que lleguemos al centro, nos reunimos con el especialista de la zona que los acompañará en una excursión a pie por el National Mall. Lo único que tengo que hacer es seguir al grupo y luego, cuando termine la excursión, darles un par de horas para que exploren la ciudad por su cuenta y citarlos en un lugar. Pan comido.

La silla que hay frente a mí se mueve y levanto la vista para encontrar a George tomando asiento. Mierda, ¿por qué me he sentado sola en una mesa? Ayer logré evitarlo durante todo el día, pero la suerte se me ha terminado. Está aquí y me tiene arrinconada, así que... a charlar se ha dicho.

—Daisy —dice con una sonrisa seductora—. Creí que te vería anoche. —Arquea una ceja a modo de pregunta y tengo que admitir que es muy atractivo.

Es totalmente el tipo de tío de Daisy: cabello oscuro, ojos azules y un gran ego. Y entonces recuerdo que piensa que yo soy Daisy y que ayer me dio el número de su habitación. Me olvidé de ello cuando el problema de mi rollo de una noche me explotó en la cara.

—*Mmm*, George —empiezo a decir, pero este desliza la mano sobre la mía en la mesa y me pilla desprevenida.

Dirijo la mirada desde él hasta las manos y, luego, de nuevo a él, cuando escucho un carraspeo a mi derecha y aparto rápidamente la mano mientras levanto la vista.

Es Jennings.

Por supuesto que es Jennings.

Lleva unos vaqueros y un polo y parece que ha salido de un anuncio de Brooks Brothers o cualquier equivalente británico.

Me sonrojo con solo mirarlo, pero no estoy segura de que yo le cause el mismo efecto. Si tuviera que adivinar su estado de ánimo, diría que está molesto, no excitado.

—Buenos días, señorita Hayden. —Asiente en mi dirección antes de volver su atención a George.

—George. —Asiente con la cabeza a George con tono desdeñoso.

Después de una larga pausa en la que Jennings no hace ningún ademán por irse, George nos mira a uno y a otro y luego nos comunica que va a preparar el autobús y se marcha.

Bueno, he logrado evitar una situación incómoda con George, aunque ahora la voy a tener con Jennings.

—¿Dónde está tu abuela? —pregunto cuando Jennings se sienta en la silla que George acaba de dejar vacía y espero en vano que no pretenda recordarme sus increíbles habilidades sexuales. Supongo que no debería preocuparme por ello, pues es algo improbable en mitad de un desayuno bufé libre, pero, sí, es exactamente lo que hago.

—¿Estás liada con el conductor? —Ignora mi pregunta y hace la suya propia con los ojos entrecerrados y la mandíbula apretada. Enfado confirmado.

—¿Qué? ¡No! —Me burlo, y luego me muerdo el labio. Bueno, yo no, pero Daisy sí. O lo estaba. Mierda, es algo complicado—. En realidad, no.

—¿En realidad, no? —Arquea una ceja y se inclina hacia mí sobre la mesa—. ¿No estás segura?

—Es decir, ¿no? —respondo y sé que ha salido más como una pregunta que como una respuesta—. *Yo no* —añado, señalándome con la mano con un leve movimiento de cabeza.

Pero entonces me froto la nariz levemente y aparto la mirada, lo que probablemente me haga parecer culpable, como si estuviera liada con George.

—Yo no comparto —afirma cuando vuelvo a mirarlo a los ojos.

Lo dice con ese elegante acento británico. «Yo no comparto». Y sí,

vuelvo a pensar en él desnudo y me quedo sin respiración porque, ¿quién dice «yo no comparto»? De camino podría haber gruñido «mía». Para ser sincera, nunca imaginé que ningún hombre utilizaría esas palabras de macho alfa conmigo en toda mi vida.

No está mal.

Sonrío.

Él frunce el ceño.

Me río.

Él no.

—Estoy esperando, señorita Hayden —afirma, y juraría que hace un leve movimiento con la mandíbula.

Jamás he conocido a un hombre que pudiera hacer eso, lo que tampoco está nada mal. No quiero provocarlo, pero lo de la mandíbula es tan *sexy* que no me importaría volver a verlo.

—¿Te cabrea la idea de que podría haberme liado con George? —pregunto innecesariamente y trato de no volver a sonreír, ya que su estado de ánimo indica que no está para bromas—. No, personalmente no estoy liada con George. ¿Te hace eso feliz?

—Sí, Daisy. —Asiente con la cabeza y la expresión de su mirada se relaja cuando se vuelve a sentar en la silla.

Daisy. *Argh*. Escuchar el nombre de Daisy de sus labios perfectos es como si me ofrecieran un vaso de agua fría después de retirar varios centímetros de nieve de la acera, cuando lo que esperaba era una taza de chocolate caliente con malvaviscos por encima. Es hora de arrancar la tirita.

—Esto no tiene nada que ver con George, pero no puedo volver a acostarme contigo, Jennings —digo rápidamente mientras me mira con la cabeza inclinada a un lado y se frota la mandíbula con una mano. Su expresión es impasible, su mirada, contemplativa. Oh, mierda. ¿Tal vez lo he entendido mal? ¿Puede que no quiera repetir conmigo? Me siento como una idiota y me arden las mejillas del bochorno—. Si es que eso es lo que querías. Si es que querías volver a hacerlo. —Me detengo. ¿Volver a hacerlo? Sueno como una adolescente y tengo que hacer un esfuerzo por no darme una palmada en la frente. Menuda idiota—. ¿Querías hacerlo? —¿Por qué sigo hablando?—. No importa, la respuesta es no.

Espera, ha dicho que no comparte, lo que significa que pensaba volver a

acostarse conmigo. ¿No? ¿O solo lo ha dicho de forma generalizada? En plan: «Oye, no voy a ser tu segundo plato». ¿La gente todavía dice eso? ¿Segundo plato? ¿O cree que soy una adúltera tipo «deberías haberme dicho que ya te estabas acostando con un tío que se llama George antes de dejarme regalarte el mayor orgasmo de tu vida»? O puede que lo que quisiera decir es «no hago sexo en grupo» o algo así. Como: «Oye, no voy a hacer un trío contigo y con George».

—No puedo —repito con un leve movimiento de cabeza—. No —agrego de forma torpe, vocalizando mucho la palabra.

Tengo que cerrar la boca. Dejo de hablar y cojo el plátano que hay sobre la mesa, le quito la cáscara para mantenerme ocupada y echo un vistazo a todos lados excepto a él. Ah, ahí está su abuela, sentada unas cuantas mesas más allá con el trío canadiense. Parece que son amigas de toda la vida, charlando y riéndose de una cosa u otra. Me meto el plátano en la boca y me pregunto si Jennings va a responder a mi pequeño exabrupto o solo va a seguir mirándome. Observo en su dirección. Él aparta su mirada de la mía, recorre el plátano lentamente con los ojos y, luego, vuelve a mirarme. Es ahí cuando me atraganto.

Dejo el plátano y toso con la mano puesta en la boca.

Ahora sonrío, el imbécil.

—¿Por qué?

—¿Debe haber una razón? —contesto de forma precipitada, porque ahora soy yo la que está molesta.

—Ya veo —concuerta con un asentimiento de cabeza—. No, no debe haberla.

—Exacto. —Suena de un modo un poco presuntuoso, pero me siento algo aliviada de no haberme equivocado sobre sus intenciones.

—Te conocí hace dos días. No tengo que darte ninguna razón de por qué no estoy interesada en volver a acostarme contigo.

—Hace dos días cuando te me insinuaste en el bar del hotel.

*Mmm...* probablemente debería bajar un punto el nivel de presuntuosidad.

—Hace dos días cuando me dijiste... —Se detiene mientras me pregunto qué estupidez está a punto de decir—... «Que no te andas con rodeos».

Vale, eso. Resoplo y lo miro mientras pienso. Debo de estar disimulando



fatal que estoy pensando en lo que voy a decir, porque tiene una sonrisa divertida en la cara.

—Tal vez tengo una norma que consiste en acostarme solo con desconocidos.

—Los dos sabemos que eso no es cierto —dice sin dudarlo y mueve los dedos para que continúe con mi siguiente objeción.

—Puede que no me gustara mucho —ofrezco.

—Vuelve a intentarlo, cielo.

Sí, tiene razón. Ambos sabemos que me gustó. Me pregunto si estoy muy ruborizada ante el mero recuerdo.

—Es simplemente que va contra la política de la empresa —comento. No tengo ni idea de si eso es cierto o no, pero es plausible, ¿no? Acostarse con clientes no puede estar permitido.

—¿Sí? —pregunta con el ceño fruncido. Ahora parece estar verdaderamente interesado.

—Sí. —Asiento con la cabeza y trato de parecer segura. Añado un leve encogimiento de hombros al ver que no responde inmediatamente.

—Vaya, qué suerte tiene Sutton Travel de contar con una empleada tan dedicada —reflexiona al cabo de un momento.

—Sí —repito, pero esta vez suena un poco vacilante.

¡Daisy es una empleada espantosa! ¡Me mandó a este viaje en su lugar y no tengo ni idea de lo que estoy haciendo! Y ni siquiera le importa si me despiden o no. O si la despiden a ella, o lo que sea.

—Odiaría que la cagaras en tu trabajo —comenta, y me pregunto si «cagarla» es un término británico o si solo me está hablando de forma vulgar.

—Sí —digo por tercera vez y ahora sueno triste. Malditos problemas de gemelas y malditas mentiras. Son tan complicadas...

—Claro que nosotros nos conocimos antes de que fuera un cliente, ¿no? Llámalo relación anterior, si lo prefieres. Eso no puede contar.

Espera. ¿En serio quiere volver a acostarse conmigo? Este hombre guapísimo y con gran talento sexual quiere acostarse conmigo otra vez.

—Bueno —empiezo—. No...

—Entonces, todo solucionado —afirma y empuja la silla hacia atrás—. Nos vemos en el autobús, señorita Hayden.

# Capítulo 10

## Jennings

Sigo pensando que miente en algo, pero mientras no se esté tirando al conductor, supongo que no tiene tanta importancia. Odio que me mientan. Lo detesto, aunque es hipócrita por mi parte, ya que yo también le estoy mintiendo a ella.

Al principio no lo hice. No dije ninguna mentira cuando la conocí. Pero ahora sí le estoy mintiendo, ¿no? Supongo que por omisión, pero sigue siendo una mentira. Una mentirijilla. Para mí casi insignificante, pero puede que ella no lo vea igual.

Esta chica es distinta. Sonríe mientras la recuerdo buscando entre una lista de excusas para evitar volver a verme. Por favor, se corrió tres veces. De forma totalmente audible. Así que si no se está viendo con el conductor, ¿qué ocurre? No creo que tenga un dilema moral en asuntos sexuales, ¿no? Ya lo hemos hecho, así que ¿qué importaría repetir unas cuantas veces más? Cuando pensaba que era un desconocido (algo que no ha cambiado, en realidad) se mostró más que entusiasmada. No creo que sea tan correcta como para preocuparse por una supuesta política de Sutton Travel (si es que existe).

Me pregunto qué hará cuando no está trabajando. Dónde vive, si comparte piso o tiene un gato.

Cuánto le cabe en la boca.

Solo son reflexiones de la vida diaria, la verdad.

—Jennings, querido, gracias por acompañarme en este viaje. —La abuela

interrumpe mis pensamientos mientras salimos del hotel y caminamos una corta distancia hacia el autobús que está aparcado justo enfrente.

—Sé lo ocupado que estás, pero echo mucho de menos mi viaje anual — dice y me da una palmadita en el brazo—. Además, es todo bastante instructivo, ¿no?

—Muy instructivo, abuela —conuerdo.

Solo estoy aquí para apaciguar a la abuela. Cuando el viaje termine, la llevaré a casa de mi tía Poppy, en Connecticut, para que pase allí el resto del verano. Luego tomaré el primer vuelo para regresar a Londres.

—Además, siempre he querido hacer este viaje. De modo que es un tiempo bien empleado para ambos.

Asiento con la cabeza mientras nos montamos en el autobús. Sus amigas canadienses nos hacen señales para indicarnos unos asientos vacíos situados cerca de ellas. En ese momento, las puertas se cierran y Daisy recorre el pasillo realizando un recuento mental y moviendo los labios mientras lo hace. Cuando me ve, pone los ojos en blanco. No parece muy preocupada por la política de la empresa, ¿no? Diría que poner los ojos en blanco a los clientes está prohibido, pero sabe Dios si será así en Estados Unidos. Regresa a la parte delantera del autobús, informa a George de que estamos listos para irnos y, luego, conecta el micrófono y pronuncia un entusiasta «buenos días» al grupo.

—*Mmm*, bienvenidos de nuevo al viaje de «Lo más destacado de la historia» de Sutton Travel. Me alegro de que todos hayáis sido puntuales esta mañana, gracias. —Sonríe alegremente, pero agarra el micrófono con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos, como si fuera la responsable de pasar el testigo en una carrera de relevos de los Juegos Olímpicos en lugar de ofrecer algunos aburridos chismorreos a un grupo de turistas.

Se aclara la garganta antes de continuar y nos recuerda cuál es el plan del día antes de coger un pequeño bloc de notas y echarle un vistazo. ¿En serio necesita notas para hacer esto?

Asiente con la cabeza para sí misma y deja a un lado el cuaderno antes de pedir al grupo que saque los pequeños receptores situados en el bolsillo que hay frente a cada asiento. Después de entregar a cada pasajero un juego de auriculares baratos desechables, pasa por el grupo para probarlos. Los receptores disponen de un simple botón de encendido y apagado y un dial de

volumen, así que no se detiene mucho en ello. Los utilizaremos mientras caminemos y escucharemos a la guía local a través de los auriculares.

Cuando termina la explicación, Daisy relaja los hombros, reproduce un vídeo promocional en los monitores que se encuentran sobre nosotros y se deja caer en un asiento vacío de la primera fila, justo detrás del conductor. Yo me encuentro cinco filas detrás de ella, así que no puedo escucharla suspirar, pero imagino que lo hace. ¿La pone nerviosa el viaje o yo? Nada de eso tiene mucho sentido, pero me intriga.

—Jennings, ¿te importaría si me siento en el asiento vacío junto a Vilma?  
—La abuela interrumpe mis pensamientos y señala a sus nuevas amigas—. Así será más fácil charlar con ellas.

—Para nada. Creo que me sentaré con la guía. Tengo que hacerle unas preguntas.

—Oh, qué buena idea, ¡hazlo! —La abuela acepta de inmediato y me da una palmadita en la rodilla igual que hacía cuando era niño—. Me encanta que estés tan interesado en el viaje.

Lo estoy, pero no creo que sea de la manera que ella cree.

Daisy ocupa el asiento junto a la ventanilla, así que no tiene ocasión de objetar cuando me sitúo a su lado. Levanta la vista del cuaderno que tiene agarrado y, al verme, frunce el ceño.

—No puedes sentarte ahí —dice.

—Yo creo que sí —respondo haciendo caso omiso a su impertinencia. Deslizo el brazo por el reposacabezas situado detrás de ella y me inclino hacia su oreja—. ¿Eres tan grosera con todos los pasajeros del viaje o solo con los que te acuestas?

Se queda con la boca abierta y abre mucho los ojos de la impresión antes de recuperarse.

—Solo contigo —afirma entrecerrando los ojos antes de volver la atención al cuaderno que lleva en la mano. Lo cierra rápidamente y lo deja en su regazo sin dejar de sujetarlo.

—¿Qué tienes ahí? —Señalo el cuaderno con la cabeza. Quiero pensar que es un diario lleno de pensamientos lujuriosos sobre mí.

—Nada. Solo notas sobre el viaje —dice mientras se encoge de hombros.

—Ah. —Asiento con la cabeza. Las palabras lascivas eran una

posibilidad remota, pero aun así me siento decepcionado—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando como guía turística, Daisy?

—Eh, unos cuantos años —dice sin mirarme.

—¿Unos cuantos?

—Exacto. ¿Qué hay de ti? ¿Desde cuándo le gorroneas a tu abuela unas vacaciones?

—¿Gorronear? Qué palabra tan brillante. ¿Supongo que es una palabra americana que significa «obtener ayuda financiera»?

—Así es —confirma con descaro.

Sonrío.

—Bueno, he sido el ojito derecho de la abuela desde el día en que nació.

—Sí, claro —acepta en un tono plagado de sarcasmo.

—¿Para qué necesitas las notas? Si llevas trabajando en esto unos años, no debería ser nada nuevo para ti, ¿no?

—Es un viaje nuevo —contesta.

—¿Ah, sí?

Me lanza un vistazo rápido antes de mirar por la ventana.

—Es novedoso —responde a la vez que se encoge de hombros—. Para mí —añade.

Se muestra evasiva en cosas de lo más extrañas, lo que provoca que me intrigue más.

Cuando llegamos a los alrededores del National Mall, el autobús se detiene y el grupo baja mientras Daisy consulta algo con la guía local. George se queda en el autobús, algo que me parece bien. Sigue sin gustarme.

Daisy vuelve a hacer un recuento mental y luego se asegura de que todos tengan los auriculares puestos y puedan escuchar. La guía sale disparada mientras ofrece su discurso sobre la historia del monumento de Washington. Observo a los viajeros seguirla durante unos minutos mientras Daisy se queda al final del grupo para asegurarse de no perder a nadie. La abuela y sus nuevas amigas se encuentran en la parte delantera mirando con atención a la guía local y con los receptores en la mano. Hay un par de escocesas equipadas con una cámara; parecen profesionales que toman fotos cada ciertos pasos mientras que la mayoría del grupo solo utiliza el teléfono móvil.

Me quito los auriculares y me los meto en el bolsillo junto con el

receptor.

—¿Qué haces? —Se detiene y me mira con suspicacia.

—Estoy más interesado en observarte que en la visita —contesto con un guiño.

Ella gime.

Yo sonrío.

—¿Trabajas, Jennings? —Endereza los hombros y me mira como si fuera capaz de evaluar la veracidad de mi respuesta.

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—¿Vives con tu madre?

—No. —Niego con la cabeza una vez y contengo una sonrisa.

—Vale —dice y, luego, se detiene—. ¿Vives con tu abuela? —pregunta lentamente con una ceja arqueada en señal de desconfianza, dándome a entender que no me había librado de sus preguntas.

—No vivo con mi abuela —confirmo.

—Vale —responde mientras asiente con la cabeza.

—De acuerdo —digo aunque no estoy seguro de cuál es la conclusión a la que acaba de llegar.

—Podemos acostarnos esta semana —comenta—. Porque eres bueno en la cama —añade y empieza a caminar de nuevo—. Y porque ese acento tuyo me vuelve loca y porque, francamente, no necesito otra razón.

—Bueno, me alegro de que todo esté solucionado. —Esta vez, no reprimo la sonrisa.

No recuerdo a ninguna mujer que me haya dicho que soy bueno en la cama de una manera tan... poco elegante, pero es propio de Daisy.

—No hagas que me arrepienta de esto, Jennings. Pareces un problema y yo ya tengo bastante con lo que lidiar.

—Haré que te corras sin problemas —prometo.

—Y, para que conste, sigo contando esto como un rollo de una noche. A menos que tenga otro rollo de una noche en el futuro y entonces utilice ese. Pero si no es así, esto todavía cuenta.

—Vale. —Asiento con la cabeza lentamente, aunque no sé qué cojones significa eso.

—Entonces, de acuerdo. Trato hecho.

—¿Trato sexual? —pregunto con una amplia sonrisa en la cara—. Qué perverso.

—Has dicho que no ibas a ser un problema —dice secamente mientras ladea la cabeza y arquea una ceja de forma desafiante.

—Cierto, eso he dicho.

—Vete con tu abuela, Jennings. Me ocuparé de ti más tarde.

Oh, eso espero. Niego con la cabeza con otra sonrisa preguntándome qué acaba de pasar. Normalmente no me encuentro con mujeres tan reacias a prestarme atención o que me hablen como si fuera un perro perdido. Todavía sonrío y me intriga saber de qué me va a acusar la próxima vez.

# Capítulo 11

## Jennings

Esta noche había una cena de grupo (incluida en el paquete turístico). La habían anunciado como una excelente experiencia gastronómica o algo así. Fue una agonía que duró unas tres horas. George estaba allí, aunque estoy seguro de que eso es habitual, pero me molesta. Se sentó en una mesa con Daisy mientras yo me encontraba al otro lado de la sala con la abuela y una pareja de japoneses. Daisy se pasó la cena mirando a todos lados menos a George, lo que de algún modo me calmó. George, por su parte, parecía confundido.

El restaurante era de temática medieval con iluminación tenue. Servían la comida en bandejas de madera que colocaban en el centro de la mesa y las bebidas en jarras de peltre. Era horrible. Sin embargo, la abuela estaba encantada por el ambiente y los demás también parecían estar pasándoselo bien, así que estaba claro que el problema lo tenía yo. Habría preferido un restaurante de cadena americana dejado de la mano de Dios con utensilios envueltos en una servilleta de papel que comer con las manos, pero ahora lo único que importa es que ya ha terminado. Gracias, joder.

He pasado la mayor parte de la cena obligándome a no pensar en Daisy desnuda por temor a tener una erección. Misión cumplida, por los pelos.

Pero ahora hemos vuelto al hotel para pasar la noche. Por fin. Mañana viajamos a Williamsburg, Virginia, donde pasaremos las próximas dos noches. Pero esta noche, el trabajo de guía turística de Daisy está a punto de



terminar y al fin la tendré para mí.

Acompaño a la abuela al ascensor y le doy las buenas noches antes de retirarme al vestíbulo para esperar a Daisy. Disimuladamente, por supuesto. Ella está ocupada respondiendo preguntas a una pareja del viaje, así que finjo estar interesado en un estante de folletos promocionales situado en el vestíbulo. Elijo uno de una excursión para ver patos: un vehículo anfíbio que conduce por las calles del Distrito de Columbia antes de entrar al río Potomac y hacer un crucero el resto del recorrido. Gracias a Dios no voy a ser sometido a un paseo en un coche/barco híbrido. Vuelvo a dejar el folleto en el estante mientras observo a Daisy asentir con la cabeza en un gesto monótono a lo que sea que le esté contando la pareja con la que habla.

Mirarla me hace pensar en mi primer trabajo después de la universidad. Han pasado... no sé, ¿catorce, quince años? Mierda, ¿alguna vez tuve veintidós? Por un instante quizá, hace una vida. La voz de mi padre resuena en mi cabeza pidiéndome que eche el freno. Al darme cuenta de lo rápido que pasan los años, me pregunto si tendrá razón.

Aunque los estoy disfrutando al máximo, reflexiono lanzando una mirada a la encantadora Daisy. Para mi sorpresa, se me dibuja una sonrisa en la cara, por lo que me cubro la boca con la mano para ocultarla. ¿Por qué echar el freno cuando me lo estoy pasando tan bien?

Además, el trabajo me mantiene ocupado.

Mi pasión siempre ha sido el éxito, en el trabajo y con las mujeres. Ahora mismo con una mujer muy específica. La observo hablar con otro viajero y me pregunto si puedo saltarme la parte de invitarla a una copa esta noche. Sé que eso me hace parecer un gilipollas cavernícola, pero no quiero perder el tiempo. Llevo dos días esperando, la quiero en la habitación y desnuda.

Por fin, el último de los viajeros se dirige a los ascensores y veo a Daisy pisándole los talones como si yo no estuviera aquí esperándola. Como si simplemente fuera a marcharse sin mediar palabra. Eso no va a pasar.

—Señorita Hayden. —Apoyo la mano ligeramente en su brazo para detenerla y ella resopla levemente, una mezcla entre suspiro y exhalación, mientras me mira a los ojos—. Creo que tenemos planes —le recuerdo.

—He cambiado de opinión —dice con un leve pero insolente encogimiento de hombros.

¿Ha cambiado de opinión? Maldita sea. No puede decirlo en serio. La

miro a los ojos tratando de evaluar la situación, buscando algún toque de picardía, pero no veo nada. ¿Lo dice en serio? ¿Por qué las mujeres son tan irritantemente complicadas? Acabo de reflexionar sobre lo mucho que me gustan y ¿ahora esto? Molestas, eso es lo que son. Todas son exasperantes a su manera, cada una con una combinación única de cosas que las cabrea. Un hombre tiene que saber leer la mente para descifrar lo que quieren decir la mitad del tiempo, por el amor de Dios.

La miro un instante pensando que sería más fácil dejar esto y buscarme a otra mujer con la que pasar la noche, pero ella me intriga demasiado.

—¿Por qué harías eso? —pregunto.

—Eres un cliente —responde, pero clava la mirada en mi pecho y traga saliva—. No es decente.

—¿Decente? —No lo puedo evitar, me echo a reír—. ¿Ahora vives en el período de la regencia de Londres?

—Todavía se usa la palabra «decente» —se burla de mí.

Literalmente, se está burlando. No estoy acostumbrado a que las mujeres sean tan transparentes conmigo. Le importa un comino impresionarme y, de alguna forma extraña, eso es entrañable.

—Claro que sí, como por ejemplo en: «Me gustaría una taza de té decente». Nadie usa la palabra para describir un amorío.

—Tampoco se usa la palabra «amorío».

—Yo diría que sí. ¿Podemos continuar esta conversación en mi habitación? —Señalo con la cabeza los ascensores con la esperanza de haber terminado la charla.

—No, Jennings. Lo digo en serio. —Da un pisotón cuando dice «serio», y no sé qué hacer para no perder el control y besarla aquí y ahora.

—¿Qué ha pasado con la chica que no se andaba con rodeos?

—pregunto en lugar de besarla—. Me gustaba bastante. Con esto no quiero decir que este tira y afloja no sea divertido.

—Eso fue antes.

—¿Antes de qué, exactamente?

—Antes de darme cuenta de lo complicado que es. —Resopla sin dirigirme la mirada, por lo que no creo que tenga intención de explicarse.

No puedo evitar sentir que hay algo que no entiendo.

—¿Qué es lo complicado? —Acaricio con un dedo la piel desnuda que hay entre su codo y la muñeca y ella inhala rápidamente—. ¿Y qué pasó con la parte donde mi acento te volvía loca?

—Lo sigue haciendo —afirma.

Lo dice de una forma muy primitiva para una chica capaz de tener orgasmos múltiples, una chica cuyos pezones se endurecen solo con rozarle el brazo.

No me importan sus normas.

—Además, eres mi único rollo de una noche y si me vuelvo a acostarme contigo, entonces técnicamente ya no serás un rollo de una noche.

¿Otra vez?

—Técnicamente no es un rollo de una noche —insisto.

—Exacto. —Asiente con la cabeza y frunce el ceño.

—Y fue perfecto —dice con un gran suspiro mientras mueve la mano y yo sonrío, porque sí, sí, sí lo fue—. Fue muy, pero que muy bueno —continúa—. Así que si lo hacemos de nuevo, mi perfecta noche de sexo quedaría frustrada. Además, ¿qué pasa si la próxima vez que tenga un rollo de una noche es un fiasco? Me quedaría con una única noche de sexo esporádico penosa y tendría que seguir intentándolo hasta conseguir una que merezca la pena y...

—Está bien, cállate. —Levanto una mano con la esperanza de que esto sea suficiente para que pare. Ni siquiera sé por dónde empezar con lo que acaba de salir por su boca, pero como no estoy dispuesto a centrarme en la idea de ella con otros hombres, empiezo con lo obvio—. ¿Disfrutaste la otra noche?

—Sí.

Me mira como si fuera idiota.

—¿Tanto que no quieres volver a hacerlo?

—Es complicado, Jennings. —Frunce el ceño—. Este viaje. —Hace una pausa—. Es complicado.

—¿Qué pasa si la próxima vez es mejor? —digo ignorando su estúpido comentario.

—Eso no es posible. —Niega con la cabeza.

—¿Qué pasa si es tan bueno como la última vez? —digo apretando los

dientes—. ¿Qué pasa si fuera tan fantástico como la primera noche todas las noches de esta semana?

—No lo creo —contesta, pero lo dice con una chispa de anhelo en la voz mientras me mira los labios.

—Basta ya. No he terminado contigo —exclamo con firmeza, tal vez un poco más serio de lo que pretendía, pero me mira con interés ante mi tono de voz.

—¿No has terminado conmigo? —pregunta mientras se humedece el labio inferior con la lengua. No, definitivamente, no he terminado con ella.

—No, Daisy, no he terminado contigo. Te necesito. —Abre mucho los ojos y sé que tengo toda su atención—. Necesito probar tu dulce coño de nuevo. Necesito chupar esos preciosos pezones hasta que me supliques que te la meta. —Me mira con deseo y empieza a respirar de forma entrecortada. Quiere repetir. No estoy acabado—. Necesito que te corras hasta que sientas más orgasmos de los que creías posibles y desfallezcas de agotamiento. Necesito que me montes hasta que te tiemblen las piernas para darte la vuelta luego y probar de nuevo tu coño. Hasta que estés saciada más allá de lo posible. Así que no, Daisy, no he terminado.

—No me llames así —grita.

—¿No quieres que te llame por tu nombre?

Esto es nuevo para mí. Tiene los ojos abiertos de par en par cuando la miro. Pensé que ya había descubierto cada ápice de locura que una mujer podría tener, pero esto es nuevo.

—Es solo que me gustaba mucho cuando me llamabas «cielo» —dice. Está ruborizada y habla más rápido de lo normal. La locura sale de su boca a una velocidad récord—. Es tan británica la forma en que lo dices... Y la verdad es que soy un poco anglófila. ¡Ese es mi secreto! —Añade con un extraño guiño—. Vamos a tu habitación. Pero llámame «cielo», ¿vale? —Se gira en dirección a los ascensores, sin comprobar si la estoy siguiendo.

Loca o no, voy tras ella.

## Capítulo 12

### Violet

Ha estado cerca.

Demasiado cerca. «No me llames Daisy». Ha sido una idiotez, pero es que no estoy hecha para este tipo de argucias. Me aparto un mechón de pelo de la frente con un soplido y pulso el botón del ascensor con más fuerza de la necesaria mientras reflexiono sobre mi situación.

Lo cierto es que quiero volver a acostarme con Jennings, por supuesto que sí. Tendría que estar loca para no querer un segundo asalto. Me he pasado la tarde pensando en ello, rememorando los detalles de la primera noche una y mil veces: su aroma y la sensación del contacto piel con piel; la forma en que se le erizaban la piel cuando lo acariciaba con los dedos; su mágica boca y sus magníficos dedos; la inclinación de cabeza cuando me penetra y su mirada al llegar al orgasmo.

Así que, sí, me apunto.

Cuando fuimos a cenar empecé a preguntarme: ¿qué pasa si me llama Daisy en mitad del acto? No creo que mi psique pudiera recuperarse de ese golpe. De ninguna manera. Podría haberme llamado Rose; habría estado bien, hasta un poco lascivo, escucharle utilizar el nombre falso que le había dado en el bar del hotel. ¿Pero el nombre de mi hermana? No. Un NO descomunal y en mayúsculas. Así que decidí alejarme; más vale prevenir que curar, o eso dicen.

Pero me estaba esperando en el vestíbulo. Aparentaba echar un vistazo a

los folletos turísticos mientras yo fingía no darme cuenta de que me esperaba. Y, entonces, actuó de un modo convincente y cortés y utilizó palabras como... bueno, simplemente palabras. Debería ser ilegal que hablase, que emitiera un solo vocablo. Si simplemente hubiera gruñido y me hubiera dado la llave de la habitación, habría podido resistirme. O eso creo.

Pero no, ha empezado a hablar con su sofisticado acento británico y, ¡no estoy hecha de piedra, por Dios! Ha dicho «coño», en el vestíbulo del hotel. Con ese acento con el que sonaba lujurioso e inapropiado, y tremendamente *sexy*. Y, luego, «polla» y palabras como «rogar» y «orgasmos múltiples» y, bueno, todo eso me ha matado.

Entonces, se me ha escapado lo de que no me llamara Daisy y casi le cuesta a mi hermana el trabajo en el primer día del viaje. Soy, literalmente, lo peor en trabajos de incógnito. Es patético. Con veintiséis años debería mentir mejor. No se me da nada bien.

¿Debería decírselo? Me muerdo el labio y le echo un vistazo por encima del hombro. Me está mirando el culo. Me doy la vuelta, observo el botón del ascensor y me pregunto por qué no llega. Es un edificio de tres plantas, ¿cuánto tarda en volver de la primera planta? Y, ¿por qué no vamos por las escaleras? No, no puedo decírselo. ¿Qué demonios pensaría? «Oye, escucha, lo cierto es que en realidad no soy Daisy. Me llamo Violet. Daisy es mi hermana gemela. Sí, pero esta semana tenía algo que hacer y por eso estoy sustituyéndola como guía turística».

No concibo ninguna situación en la que esto pudiera acabar bien. O sin que vaya a la cárcel. «¿Qué dices, Jennings? No, no, no soy una estafadora. Técnicamente, no. Solo trataba de ganar algo de dinero por un trabajo para el que no estoy cualificada».

No es una estafa.

Claro que no.

Mierda, ¿por qué no pensé en esto antes? No puedo tener antecedentes penales, de lo contrario no volveré a conseguir trabajo. Esto que estoy haciendo debe de ser ilegal.

Estoy jodida.

Cuando por fin entramos al ascensor, se percibe un ambiente sombrío. Al menos por mi parte. Por lo que sé, Jennings podría seguir pensando en mi culo, pero permanece en silencio y yo también. Se detiene cuando llegamos a

la puerta de su habitación y espera hasta que me atrevo a mirarlo.

—No estás casada, ¿no, Daisy? —pregunta y luego se corrige poniendo los ojos en blanco—. ¿Cielo? No estás casada, ¿no, cielo?

—No. —Niego con la cabeza—. Nadie me lo ha pedido.

Sus labios dibujan un atisbo de sonrisa y niega con la cabeza mientras desbloquea la cerradura y empuja la puerta para abrirla.

—Vale, ha sido una respuesta muy sincera.

—Normalmente soy una persona muy sincera —digo, y sí, sé exactamente cómo suena después de que las palabras hayan salido de mi boca.

—Así que normalmente eres una persona sincera.

Me observa con interés mientras lanza la tarjeta de la habitación sobre el tocador. La llave se desliza por la superficie y se detiene cuando golpea la base de una lámpara.

—No estoy casada, Jennings. Ni comprometida, ni nada. Simplemente prefiero que me llames «cielo». Todo lo británico es fetiche para mí, eso es todo.

Soy una mentirosa, aunque la mayor parte de lo que he dicho es cierto. Me gusta que me llame «cielo». Preferiría que me llamase Violet, pero ahora mismo estoy jugando con las cartas que me han tocado.

—Así que, ¿le habrías dicho «sí» a cualquier idiota que te lo hubiera pedido?

Otra vez vuelve a lo mismo.

—¿Por qué das por hecho que salgo con idiotas? —Vaya gilipollas. Tiene razón, pero aun así es grosero. Arquea una ceja como si me desafiara a negarlo y lo miro un instante antes de volver a hablar—. Solo estaba respondiendo a tu pregunta, Jennings —contesto con un bufido—. Me has preguntado si estaba casada y yo te estaba explicando que *no* estoy casada con el comentario de que nadie me lo ha pedido.

—Bueno, me alegro de que nadie te lo haya pedido, cielo.

—Eh... ¿gracias? —contesto mirándolo a los ojos—. Estoy segura de que el matrimonio no significa nada para ti, donjuán, pero para algunos de nosotros sí es importante.

—No quería decir que no signifique nada para mí. —Frunce el ceño—.

Simplemente me alegro de que estés libre y aquí, conmigo. —Recorta la distancia que nos separa, me echa el pelo hacia atrás y deja un rastro de besos por mi cuello—. No sabes lo mucho que me alegro —me susurra al oído.

—Sí, yo también —coincido un instante antes de que me cubra la boca con la suya y me olvide de lo que estábamos hablando.

Maldito sea él y su boca mágica. Siento todo el cuerpo caliente y relajado. Me estoy derritiendo. Mis dedos serpentean bajo su camisa en dirección al pecho. Me alegro de que la decisión de tener otra ronda con él fuese una buena idea.

—Ahora. —Rompe el beso y me da unos toquecitos en el labio inferior con el dedo—. Quiero estos labios en mi polla, cielo.

Me detengo un segundo, demasiado embriagada por su boca como para enterarme de lo que acaba de decir. Entonces, me humedezco los labios y me recojo el pelo sobre los hombros.

—¿Acabas de ordenarme que te la chupe?

Joder, ¿por qué eso me pone tan cachonda? No sé si hacerme la indignada o rogarle que lo repita. Me inclino fuertemente hacia el ruego.

—Así es —responde con insolencia.

Observo su camiseta, es de un grupo de música que no conozco de estilo *vintage*. El modo en que se le marcan los pectorales me ha distraído durante todo el día. Le levanto la camiseta hasta el pecho, momento en el que toma el control y se la pasa por la cabeza. Entonces, coloco las manos sobre su piel y me inclino.

—Dilo otra vez —murmuro, porque sí, me ha gustado escucharlo.

Sonríe mientras me pasa la blusa por la cabeza y luego se detiene para acariciarme los pechos por encima del sujetador.

—De rodillas, cielo. Quiero sentir tu boca cálida y húmeda alrededor de mi polla. Quiero ver cuánto te cabe, y hundir las manos en tu pelo para metértela un poco más, más al fondo, y que me la chupes con más fuerza.

Me pongo de rodillas antes de que acabe de hablar y trato de quitarle el cinturón mientras sigo observándolo desde abajo. Sin apartar la mirada, le desabrocho el botón de los vaqueros y tiro de ellos hasta dejarlos por las rodillas. Luego, me inclino hacia delante y le beso el abdomen mientras meto una mano por debajo de los calzoncillos para agarrarle el miembro y utilizo la otra para bajárselos. Y, entonces, me quedo en blanco.



—¡Oh! —exclamo con sorpresa, con la mano todavía alrededor de su polla. La suelto, me siento en cuclillas y lo miro—. ¿Qué hago con ella?

—¿Que qué haces con ella? —Me mira como si acabara de decir que soy virgen.

—Siempre he visto pollas normales —digo, encogiéndome de hombros.

No puedo creer que no me diera cuenta de esto la otra noche. Pero en mi defensa debo decir que nunca llegué a verla.

—Una polla normal —repite con su acento británico pomposo, una sonrisita y una ceja arqueada.

—Ya sabes, de las típicas, eh... ¡circuncidadas! —Por fin encuentro la palabra correcta, me balanceo sobre los talones un poco mientras desvío la mirada de su cara a su polla.

—Estas chicas americanas... —Se ríe mientras desliza la mano por toda la longitud de su pene y retrocede.

No estoy segura de si debería sentirme agradecida por no ser la primera chica en estar confusa o cabreada porque esto ya le haya pasado tantas veces que lo ve normal.

—Te garantizo de que funciona bastante bien —dice mientras se acaricia y se pone duro.

De acuerdo, en erección se ve exactamente igual. Me siento de alguna (extraña) forma orgullosa de mí misma por añadir esta experiencia a mi lista sexual mientras le rodeo la polla con la mano. Apuesto a que Daisy nunca ha visto un pene sin circuncidar. Estoy segura de ello porque me lo habría dicho si lo hubiera visto. Me habría contado todos los detalles gesticulando mucho y le habría puesto un nombre gracioso al chico. Así que la he ganado esta vez. «¡La gemela gana!», pienso tratando de no reírme. Solíamos decir eso cada vez que una de las dos vencía a la otra en algo. Ahora he ganado por goleada y estoy muy subidita. Hasta que Jennings me pregunta por qué me río mientras le agarro la polla.

—Simplemente me siento orgullosa de mí misma —respondo.

—¿Por chuparme la polla?

—Yo no lo habría dicho así, pero, sí, algo así.

—Entonces, ¿cuánto puedes meterte en la boca si estás tan orgullosa?

—Guau. —Levanto la otra mano—. No te emociones mucho. No soy

garganta profunda ni nada de eso. —Me encojo de hombros—. Pero creo que lo puedo hacer de forma bastante decente. Espera, deja que me concentre.

Me saco la goma de emergencia de la muñeca y me recojo el pelo.

—¿Estás de coña?

—¿Qué? Me molesta. Me entrego al cien por cien para hacer una buena mamada —añado mientras termino con el pelo y vuelvo a rodearlo con la mano.

—¿Te preocupa quedarte sin trabajo?

—Despídeme —ronroneo—. ¿En tu país eso es algo que se suele decir en el terreno sexual?

—No, no del todo. —Niega con la cabeza y se le dibujan unas arruguitas alrededor de los ojos por la diversión.

—Me enorgullezco de mi trabajo, Jennings. En todos los aspectos.

Le echo un vistazo mientras acaricio de arriba abajo su pene de forma lenta, hacia atrás y hacia delante.

Lo siento grueso y duro en mi mano y me invade el deseo de tenerlo en mi boca.

—¿Debería saber algo más sobre tu polla especial? —pregunto justo antes de arrastrar la lengua hacia arriba desde la base de su polla, con movimientos lentos pero seguros.

—Joder —sisea mientras enreda la coleta en su mano para controlarme a su placer—. No, creo que lo has pillado.

Lo envuelvo con mi boca y giro la lengua sobre el prepucio mientras muevo la mano por la longitud de su pene que no llego a alcanzar con la boca. Su gemido me dice que lo estoy haciendo bien. Mientras muevo la cabeza sobre él, me felicito mentalmente al darme cuenta de que yo también tengo una boca mágica, antes de dejar de pensar en algo más que dar placer a este hombre. Me tira del pelo e inclina mi cabeza hacia un lado para poder ver mejor cómo se la chupo. La mirada lujuriosa de sus ojos me provoca y me siento tentada a tocarme, pero me interesa más acariciarlo a él. Además, preferiría dejar que el señor Boca Mágica se dedique a mí cuando termine, y sé con certeza que lo hará. Varias veces. Eso es lo que me prometió en el vestíbulo y no tengo ni la más mínima duda de que lo cumplirá.

# Capítulo 13

## Jennings

Las mamadas malas no existen, o al menos nunca me he encontrado con una. Está claro que algunas son más memorables que otras, pero una mujer con una boca dispuesta no falla. Y esta chica está entusiasmada. Y probablemente prefiera beber con pajita. Dios santo.

Me aprieta con la mano la parte que no alcanza con la boca, gira la muñeca con destreza sin dejar de mirarme hasta que se saca la polla de la boca con un sonido audible. Baja la cabeza y arrastra la lengua desde la base hasta la punta, lo que me hace sentir como un adolescente preocupado por eyacular demasiado pronto.

Esta chica tiene una combinación de ingenuidad y entusiasmo que me encanta, del mismo modo que me gustó cómo se comportó la primera noche con bravatas falsas y luego me montó a horcajadas con el pelo cayéndole por los hombros y los ojos ardiendo de lujuria, y cómo esta noche se ha puesto en cuclillas para preguntarme qué hacer con mi polla y luego se ha recogido el pelo como si se estuviera preparando para una carrera antes de zambullirse de lleno con el entusiasmo de una profesional.

Y qué decir del modo en que me frunce el ceño durante el día para luego reírse mientras practicamos sexo sin tratar de parecer *sexy*. Es *sexy*, posiblemente es la mujer más *sexy* con la que he tenido el placer de estar. Pero no intenta serlo. Simplemente lo es, tiene una combinación de prudencia y valentía intoxicante.

Igual que su boca, que es intoxicantemente suave, tentadoramente cálida y dichosamente húmeda. La insto a bajar con una ligera inclinación de la mano con la que le agarro la coleta y ella tiene arcadas, pero continúa. Como he dicho, el entusiasmo lo es todo. Retrocede y luego aprieta más fuerte la base de mi polla con los dedos y se la mete en la boca más profundamente de lo que yo habría considerado posible.

Se me endurecen los testículos y le aparto la cabeza antes de correrme en su boca. No es que no quiera hacerlo, pero es justo avisar primero.

—Quiero que lo hagas —dice, pero solo me da tiempo a gemir mientras me limpia el prepucio con la boca. Se humedece los labios con la lengua en cuanto las palabras salen de su boca. Todavía me rodea la base del pene con la mano y da golpecitos firmes con el pulgar en la parte inferior del mismo mientras se inclina hacia adelante y me mira fijamente—. Hazlo, Jennings.

Santo cielo.

Le agarro la cara y deslizo mi pene por la superficie aterciopelada de su lengua. Sus labios me absorben y me derramo en su boca con un gruñido. Cuando me detengo, se echa hacia atrás, traga rápidamente, cierra los ojos de golpe mientras lo hace y se limpia la boca con la parte posterior de la mano.

Esa pequeña secuencia no debería ser *sexy*, pero vaya si lo es. Es jodidamente *sexy* porque lo ha hecho por mí, casi ha puesto caras cuando se lo ha tragado. Joder, ha sido muy sensual. La inocencia de ello. Como si la estuviese corrompiendo un poco.

Entonces, tras un breve parpadeo, asiente con la cabeza.

—Bien, ¿no? —dice con un mínimo atisbo de sonrisa petulante, y ahora soy yo el que me río.

—Mejor que bien, cielo. —La pongo de pie y recorro sus hombros con las yemas de los dedos. Le bajo los tirantes del sujetador—. Has estado brillante.

—¡Brillante! —repite con un acento británico falso y una sonrisa de oreja a oreja—. Nunca me habían dicho que soy brillante —reconoce, y la imagen de ella haciéndole esto a otro hombre me parece más desagradable de lo que quisiera admitir.

Le desabrocho el sujetador y lo tiro al tocador para no tener que verla fruncir el ceño si cae en el suelo. Entonces, hago lo mismo con la falda antes de empujarla a la cama para poder deslizar las braguitas por los tobillos. Las

dejo con el resto de su ropa en el tocador antes de dejarme caer sobre ella en la cama y separarle las piernas con la rodilla. Es hora de convencerla de que lo de esta noche ha sido muy buena idea y que mañana por la noche será todavía mejor.

Suspira y separa las piernas mientras le chupo uno de sus perfectos pechos. Ahueco la mano en el otro pecho y le froto el pezón con el pulgar mientras admiro cada precioso centímetro de su cuerpo. Cuando le pellizco el pezón, responde con un gemido, que es música para mis oídos. Tensa las piernas y se arquea contra mí. La forma en que su oscura melena se extiende por las almohadas es una imagen que utilizaré para darme placer en el futuro, sin duda alguna. Me encanta el peso de sus tetas en mis manos, la calidez de su piel cuando la succiono con los labios. Huele a un día de verano, una mezcla de coco y cítricos combinados con el paraíso.

—¿Vas a hacer eso otra vez? —Tiene las manos en mi cabello y me acaricia el pelo con las yemas de los dedos. Ojalá nunca dejara de tocarme.

—¿El qué? —pregunto.

Cambio de pecho con la lengua y deslizo una mano hacia abajo para acariciar la piel donde su pequeña cintura se une con la delicada curva de la cadera. Tengo que follármela por detrás antes de que terminemos. Así, cuando esté arrodillada ante mí, colocaré las manos en sus caderas y aprovecharé la postura para guiar la penetración moviéndola a ella, mientras...

—Con tu lengua —dice, interrumpiendo mi fantasía.

—Estoy haciendo algo con la lengua ahora mismo —respondo y le doy un mordisquito como ejemplo.

—Lo otro —se queja mientras se arquea contra mí de nuevo hincándome los dedos en respuesta directa al mordisco.

—¿Esto? —pregunto mientras retiro la mano de la cadera y deslizo dos dedos directamente hacia su centro, separándola. Está empapada y sonrío.

—Sí —contesta. La palabra sale de su boca como un jadeo—. Eso mismo.

—¿Te gustó, cielo? —Casi se me escapa llamarla Daisy. ¿Por qué demonios no quiere que la llame Daisy? ¿Qué mujer no quiere que la llamen por su nombre durante el acto? Es bastante raro y no debería importarme, aun así me importa.

Más tarde. Pensaré en ello más tarde. Ahora la llamaré como quiera si con ello la mantengo en mi cama y bajo mi lengua. Su sexo húmedo me envuelve la polla y grita mi nombre con esa dulce boca. A diferencia de ella, me encanta escuchar mi nombre cuando se corre, con esa voz entrecortada, tensa y rebosante de placer. Su pronunciación con acento americano de «no pares» y «ahí» no es muy diferente de lo que estoy acostumbrado, pero es un sonido mucho más dulce cuando sale de ella.

—Sí. —Asiente con la cabeza rozando la almohada con el pelo—. Me gustó. Deberías hacerlo otra vez. Probablemente no esté tan bien como lo recuerdo, pero vale la pena intentarlo.

—De acuerdo. —Muevo la cabeza y le doy un beso en la parte inferior de su pecho—. La primera vez probablemente fuera suerte, ¿no?

—Probablemente —coincide—. Mantendré mis expectativas a raya.

—Entonces allá voy. —Sonrío, cambio de posición y le beso el ombligo en el proceso—. Lo haré lo mejor que pueda.

—Eh... —murmura mientras la separo y la cubro con mi boca.

Darle placer a esta mujer es algo que me hace muy feliz. Demonios, me he pasado todo el día luchando por no empalmarme solo con pensar en ello.

Se retuerce cuando le succiono el clítoris entre los labios y me tira del pelo a modo de respuesta. En este momento, interpretar cada tirón y suspiro y aprender cómo sacarle mayores gemidos y cómo hacer que se arquee más es el único objetivo de mi vida. Su sabor, su aroma. El tacto de sus dedos. La inclinación de su pelvis cuando está a punto de alcanzar el orgasmo.

Podría hacer una enciclopedia sobre las distintas formas de conseguir que grite y sería un tiempo bien empleado.

Pero solo tengo una semana, así que será mejor que preste atención para que al menos me dé tiempo a escribir un fascículo.

Descubro que tiene cosquillas cuando se le escapa una risita mientras le beso la parte interior del muslo y coloco su pierna por encima de mi hombro.

Esta noche me sabe incluso mejor que hace dos noches.

Noto que no está acostumbrada a los juegos anales cuando se contrae al acariciarle en círculos ese punto con la yema de mi dedo cubierta por su humedad, pero llega al éxtasis de forma espectacular cuando me permite deslizar un dedo en su interior.

Me preocupa que una semana no sea suficiente y contemplo tener más citas en Estados Unidos durante este año. ¿Debería? ¿Querría ella? Ni siquiera sé en qué estado vive. ¿Me estoy adelantando mucho? Me esconde algo y no me gusta que me mientan. Pero el verdadero problema es el siguiente: me inquieta que sea importante. ¿Lo que me esconde será suficiente como para romper el hechizo que me ha lanzado?

## Capítulo 14

### Violet

Realizo un segundo recuento para verificar que todos estén a bordo antes de dar el visto bueno a George para ponernos en marcha. Las maletas se han contado dos veces, se han colocado en la parte inferior del autobús y no he perdido a ningún viajero. Esto de ser guía turística es pan comido. Aparte de sentir como si en cualquier momento alguien fuera a gritar «no eres Daisy», por lo demás es fácil.

Me dejo caer en el asiento con un pequeño suspiro de alivio y examino el cuaderno. Hoy toca hacer un viaje de un par de horas entre Washington D. C. y Williamsburg, Virginia, donde pasaremos dos noches. Pero primero nos detendremos en Mount Vernon, hogar del primer presidente de los Estados Unidos, George Washington, para hacer una excursión por su estado y luego visitaremos algún museo de la revolución de alguna parte (necesito comprobar las notas).

Algo que será difícil porque Jennings acaba de sentarse a mi lado.

—Creía que había quedado claro que no puedes sentarte aquí —le recuerdo sin levantar la vista del cuaderno.

—Acordamos que, como viajero, puedo sentarme donde quiera.

—Para empezar, eso no es cierto. Se supone que debes ir cambiando de asiento como los demás para que todos tengáis la oportunidad de sentaros delante y disfrutar de las vistas panorámicas.

—No estoy ocupando el lugar de nadie, ¿o sí? Simplemente me siento en



este asiento vacío junto a ti.

—Estoy trabajando —le recuerdo.

—Ya lo veo. Bien hecho.

Me giro hacia él para dedicarle una mirada fría. Necesito que se vaya para poder centrarme en el viaje. Ya tengo bastante con ser plenamente consciente de su presencia y que se me acelere el estúpido corazón cuando noto que se encuentra cerca. Lo último que necesito es que se siente a mi lado.

—¿Qué pasa con tu abuela, Jennings? ¿No deberías estar sentado con ella?

Me guiña un ojo e inclina la cabeza hacia atrás, hacia donde ella está sentada.

—Se ha hecho amiga de las tres canadienses compañeras de viaje. Es más fácil para ellas hablar si están sentadas juntas. —Se encoge de hombros—. Así que diría que allí sobro.

Resoplo sin disimular y niego con la cabeza.

—Qué conveniente para ti.

—¿A que sí? —concuerta mientras levanta un trozo de caramelo envuelto en celofán—. Se supone que tengo que darte esto. Es un caramelo de arce de parte de las canadienses.

Por supuesto que sí.

—¿Estudiando de nuevo tus notas? —pregunta al echar un vistazo a mi cuaderno.

Le arrebató el caramelo, lo abro y me lo meto en la boca. Ahora no me apetece, pero me lo tomaré para darme un respiro. *Mmm*, la verdad es que está muy bueno.

Este hombre es una distracción y, aunque esté disfrutando con él, no puedo arriesgarme. Si despiden a Daisy esta semana, no le pagarán este viaje. Si no le pagan, yo no cobro, y eso es un problema. Mis ahorros han mermado considerablemente y no puedo vivir en el sofá de mi hermana toda la vida. Tampoco puedo ir a la cárcel. ¿Se puede acabar entre rejas por suplantar la identidad de otra persona con su consentimiento? Estoy perdiendo la cabeza. Además, con antecedentes penales, nunca me darán trabajo.

—Entonces, ¿cómo tengo que llamarte durante el día? —pregunta Jennings interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Debo llamarte «cielo» o eso

está reservado para cuando estamos solos?

Oh, sí. Había olvidado ese problema.

—Puedes llamarme Daisy —respondo de la forma más alegre posible—. Lo de «cielo» es solo un fetiche sexual.

—Pensaba que era un fetiche anglófilo —me recuerda.

Se está convirtiendo en un grano en el culo. Lo que me hace pensar en lo de anoche, en ese dedo suyo itinerante... puede que el culo sea algún tipo de fetiche para él. No tenía ni idea de que un dedo *ahí* me podría provocar un orgasmo como lo hizo. Ni la más remota idea. En absoluto. Nada. Me gustaría que lo hiciera de nuevo.

—Eso es lo que quise decir, jefe —digo con un acento estúpido británico. Santo cielo, que alguien me detenga—. Es mi fetiche sexual anglófilo —añado con voz normal y asintiendo con la cabeza.

Sueno como una loca. No puedo creer que este tío quiera acostarse conmigo. Bueno, tal vez no quiera después de esto. Eso solucionaría al menos uno de mis problemas actuales, ¿no? Aunque me gusta mucho el sexo con él.

¿Por qué no hay nada sencillo en mi vida?

Las amigas con las que estudié están casadas y con su primer hijo (o segundo). En cambio, yo estoy intercambiándome con mi hermana, saliendo con un extraño y manipulándolo para que no me llame con el nombre de mi hermana cuando nos acostamos. Porque él piensa que soy ella, o algo así. Se supone que técnicamente piensa que yo soy yo y simplemente está confuso por lo de mi nombre, ¿verdad? No, eso tampoco es cierto. Él cree que soy una guía turística, nada más lejos de la realidad.

Menudo problema.

—Me gustan las patatas fritas barbacoa —suelto.

Daisy las odia, por eso han resultado ser excelentes para mantenerla alejada de mi escondite de porquerías mientras vivo en su sofá. Porque, ¿qué desempleada quiere compartir sus patatas fritas? Así que acabo de contarle algo sobre mí a Jennings. Algo sobre Violet y no sobre Daisy. A continuación, me doy una hostia en la frente, porque ¿patatas fritas? ¿En serio? Es como si intentara asegurarme de que nunca me vuelva a ver desnuda.

—¿Estás bien? —Jennings me mira con el ceño fruncido y aspecto confundido.

Me doy cuenta de que tiene unas pestañas muy bonitas. Muy espesas y oscuras.

—Sí. —Asiento con la cabeza y miro por la ventana—. Solo estoy cansada.

—Lo imagino —responde, y no necesito girarme para mirarlo para saber que tiene una sonrisa de satisfacción en la cara, porque lo oigo en su voz.

Me giro de todas formas porque no me canso de observar su rostro; es atractivo y se nota que se siente a gusto consigo mismo. Tiene una mandíbula perfecta y unos labios carnosos. Me gusta observar las diminutas arrugas que tiene (le añaden carácter y eso me intriga).

Entonces, empieza a sonar algo en su bolsillo, pero yo aprovecho para echarle un vistazo a la entrepierna. Al parecer, cuando se le levanta se la coloca a la izquierda. Ya estoy pensando en sexo otra vez.

Saca el teléfono del bolsillo y echa un vistazo a la pantalla antes de pulsar el botón de ignorar llamada.

—¿Cuánto nos queda para la primera parada? —inquire mientras envía un mensaje.

Me pregunto si era una mujer. Apuesto a que ella ni siquiera come patatas fritas. Probablemente se limita a pollo a la parrilla y col rizada. ¿Tienen col rizada en Londres? Entonces, me pregunto por qué me lo pregunto. Claro que tienen col rizada... ni que Londres estuviera en otro universo. Probablemente se la comen con su *fish and chips* o algo así.

—¿Por qué debería saberlo? —murmuro.

—Porque eres la guía turística, Daisy. Esa es la razón por la que deberías saberlo —dice lentamente mientras me mira—. ¿Estás segura de que estás bien?

—¡Estoy bien! —Me limpio las manos con la tela de la falda y trato de recordar lo que dicen las notas—. Deberíamos llegar en menos de veinte minutos —confirmo.

Creo que es cierto. Una parada estaba a veinte minutos y la otra, a dos horas. ¿Quién puede recordar en qué orden iban? Seguramente una guía turística de verdad.

Probablemente ella es una de esas mujeres que comen lo que quieren y no engordan. Lo que sea. Yo puedo comer lo que me apetece unas... dos veces

al año y no ganar peso.

—¿Veinte minutos te parecen bien? —pregunto mientras él da golpecitos a su teléfono.

—¿Bien? —repito mientras sigue escribiendo sin mirarme—. Diría que sí.

«Diría que sí», repito en mi cabeza, molesta. Hasta que suena mi teléfono. Está en la pequeña bandeja abatible situada frente a mi asiento (y es Daisy, su nombre parpadea en la pantalla y las letras parecen medir un metro de altura). Le doy un toque al teléfono para desviar la llamada al buzón de voz lo más rápido que puedo. ¿Por qué no se me ocurrió cambiar su nombre en la agenda del móvil? Miro a Jennings para comprobar si se ha dado cuenta de que la persona que llamaba era, bueno, yo. Qué torpe.

Él parece estar centrado en enviar un correo electrónico desde el móvil, así que suspiro de alivio y abro la lista de contactos para cambiar el nombre de Daisy. Me pregunto si debería cambiarlo por Violet. Pulso el botón de retroceso para volver a escribir antes de considerar que si leo mi nombre en la pantalla del teléfono, solo me confundirá más. Dios, qué lío. Estoy segura de que esto terminará mal, pero si no lo hace, prometo que nunca, en la vida, volveré a dejar que Daisy me convenza de hacer una de sus travesuras, aunque esté desempleada y llegue a ser muy convincente. Vuelvo a darle al botón de retroceso y escribo «hermana» en la pantalla antes de pulsar el botón de «aceptar» y cerrar la lista de contactos.

Entonces, me vuelve a sonar el móvil. Reconozco el número, aunque no lo tengo guardado en el teléfono. Es una mujer de un portal de empleo con la que he estado en contacto. ¡Sí! Pero no puedo responder ahora. No puedo hablar en un autobús sin privacidad y con ruido de fondo. Mierda. Por un instante, miro la pantalla con anhelo antes de desviar la llamada al buzón de voz mientras que rezo mentalmente para que tenga buenas noticias.

No creo que vaya a cambiar de opinión porque no le he cogido el teléfono, ¿no? Eso es ridículo. La llamaré en la próxima hora, en cuanto llegemos a Mount Vernon. Tenemos programada una excursión a pie por el estado de George Washington y supongo que, una vez comience, puedo quedarme atrás y devolver la llamada a la mujer del portal de empleo, y también a Daisy. Probablemente, ni siquiera tenga que seguir al grupo, ¿no? Cuando acompañé a Daisy a una excursión, ella les dio tiempo libre para hacer fotos, ir a la tienda de regalos y todo eso antes de que volvieran a

montarse en el autobús. Así que simplemente dejaré al grupo en el lugar donde comienza la ruta y quedaré con ellos en algún lugar más tarde. Dedicaré ese par de horas libres a devolver llamadas y revisar el correo electrónico. Perfecto.

—¿Estás evitando a alguien, cielo?

Parece que Jennings vuelve a centrarse en mí. Está observando el teléfono que tengo en las manos, al que doy golpecitos con los dedos de forma nerviosa.

—No —respondo con frialdad—. ¿Y tú? —pregunto señalando con la cabeza su teléfono.

—Para nada. —Se ríe.

—Vale —respondo al no saber qué más decir. Entonces, doy un cabezazo contra el reposacabezas y gruño.

—¿Va todo bien?

—Simplemente tengo muchas cosas en las que pensar. —Me encojo de hombros.

—Háblame de ello —dice, y parece interesado de verdad. Ojalá lo hubiera conocido siendo Violet.

—¿Alguna vez has deseado poder empezar de nuevo? —pregunto.

—Eres muy joven para estar preocupada por empezar de nuevo, ¿no? —dice en voz baja y luego frunce el ceño mientras observa mi rostro—. Tienes toda la vida por delante.

—Tengo casi treinta. —Suspiro.

—Tienes veintiséis, Daisy, eso no es nada.

—Es el lado equivocado de los veinticinco, eso es lo que es —refunfuño y me masajeo la frente con la yema de los dedos—. Cuando tienes menos de veinticinco y tu vida es una mierda, te encoges de hombros y piensas: «Solo tengo veintitrés años». Pero una vez has pasado los veinticinco... —Me giro y niego con la cabeza—. Es hora de ordenar tu vida, ¿no? Lo que hagas a partir de cierta edad es lo que te definirá como persona. —Levanto las manos para enfatizar el comentario un instante antes de recordar que él tiene casi cuarenta y está disfrutando de unas vacaciones pagadas por su abuela. Tema delicado—. Lo siento —digo—. Es que tengo la sensación de que se me acaba el tiempo.

—Daisy, tienes veintiséis, no te estás muriendo.

—Supongo —concedo, pero sonrío porque su sonrisa es contagiosa.

—Entonces, ¿qué prisa tienes? ¿Para qué se te está acabando el tiempo?

Lo miro y me pregunto si debería continuar. Él sigue observándome como si realmente le interesara lo que voy a decir, así que qué diablos. Después de esta semana, no volveré a ver a este tío en mi vida, y no estamos saliendo, así que no tengo por qué ser políticamente correcta.

—Voy a ser honesta contigo, Jennings.

—Por favor —dice con un atisbo de sonrisa en la cara.

También podría ser sincera, ya que le estoy mintiendo en casi todo lo demás.

—Ah, por cierto, me gusta la tarta de zanahoria —añado como comentario ocurrente. Daisy la odia, dice que las zanahorias solo deberían comerse con aliño ranchero.

—Tarta de zanahoria. —Asiente con la cabeza—. Anotado. Gracias por tu sinceridad. Debe de haber sido bastante difícil. Un tema muy arriesgado.

—Silencio, eso solo ha sido un paréntesis —digo haciendo un gesto con la mano—. Te voy a contar algo más.

—Por favor. Estoy en ascuas.

—Me gustaría tener una trayectoria profesional y una familia y, a veces, temo que voy a llegar a los cuarenta sin nada de eso. —Echo un vistazo en su dirección—. Sin ofender.

—Muy bien. —Asiente con la cabeza con esa misma sonrisa en su rostro—. No me ofende.

—Tú eres un hombre, por lo que tienes más tiempo —apunto—. Estoy segura de que lo conseguirás. Es decir, si es que quieres esas cosas.

—Elogiar es tu especialidad, ¿no, cielo?

—Lo que quería decir es que todos tomamos nuestro propio camino, ¿sabes? Está bien ser un espíritu libre. Mi hermana lo es. Eso les funciona a algunas personas, pero yo no soy una de ellas.

—En efecto —reconoce—. Así que, ¿piensas que te estás quedando sin tiempo? ¿Que tu reloj biológico ya está en marcha? ¿Es eso?

—¡Oh! —Me río—. No, todavía no. No está en marcha. Antes, quiero reconducir mi carrera profesional. Pero veo el reloj, ¿sabes? No lo escucho,

pero soy consciente de que está ahí. De que puede que necesite pilas en algún momento. —Me encojo de hombros antes de continuar—. Resulta que he perdido los dos últimos años y ahora estoy empezando de nuevo. No es que sea malo, pero es como si la línea de salida hubiera retrocedido, eso es todo.

—Vale —dice en voz baja.

Parece pensativo. ¿Acabo de despedirme de volver a tener un orgasmo esta semana? Ese no era mi objetivo.

—No, no me gustaría empezar de nuevo —afirma tras un momento. Desliza el brazo por detrás de mi reposacabezas y se inclina—. Estoy bien. Estoy exactamente donde tengo que estar. Al igual que tú.

# Capítulo 15

## Jennings

**E**stoy exactamente donde tengo que estar. Si hubiera sentado cabeza antes no habría disfrutado de los gemidos de Daisy al correrse, de la sensación de mi polla en su interior, ni de su sabor en mi lengua. Y no haber disfrutado de todas esas cosas sí sería una razón por la que sentirse arrepentido.

¿Tendría que haber sentado cabeza con veinte años y haberme cargado de hijos? Joder, no. Todavía tengo tiempo para todo eso. Soy joven, tengo mucho tiempo. ¿Qué pasa si he trabajado duro y he dejado a un lado el tema de formar una familia? Nunca me lo había preguntado antes, pero, de repente, esta mujer me ha hecho pensar. Esta mujer que cree que soy un donjuán de espíritu libre con una carrera dudosa.

Puede que sea culpable de una de esas cosas. La verdad es que nunca he tenido problemas para encontrar una mujer con la que pasar el rato, pero tengo una carrera sólida (diez mil empleados confían en que mi carrera es sólida) y estoy lejos de ser un espíritu libre. Soy más bien un estricto adicto al trabajo. Hasta el extremo.

Mis padres me tuvieron justo al acabar la universidad, antes de que mi padre completara la formación jurídica. Demasiado joven, a mi modo de ver. Era un niño cuando se graduó como abogado. Desde que tengo uso de razón, en su escritorio ha habido una foto en la que me tiene a mí en un brazo y el nuevo título, en el otro. Solía mirarla y pensar en lo agotador que debe de



haber sido tener un bebé en esa etapa de su vida.

Seguro que mi madre pensaba lo mismo porque fue demasiado para ella. La que me dio a luz, no la que me crio. Mi madre biológica se marchó antes de que dejase de usar pañales. «Era demasiado joven para sentar cabeza», dijo mi padre cuando le pregunté por ella, omitiendo el hecho de que él era de la misma edad. «Necesitaba tiempo para encontrarse a sí misma». Se encontró a sí misma en Escocia, como se vio después, se casó con un escocés y tuvo un par de hijos. Tal vez ya estaba preparada para entonces, ya que mis medio hermanas son más de una década más jóvenes que yo.

Aunque según se dice, papá y yo lo hicimos bien por nuestra cuenta. Más tarde, él conoció a Elouise, que asumió el papel de mi madre. No recuerdo nada antes de que ella llegase. Es la que aparece en las fotos de mi infancia con una gran sonrisa en el rostro mientras posamos frente a algún lugar turístico. Son sus dulces palabras las que recuerdo cuando me pelé la rodilla, me rompí un hueso o perdí un partido. Ella es la única madre que he conocido, y me parece bien. Quiere a mi padre de verdad. Debe de hacerlo para haber estado dispuesta a aceptarme junto con él.

Entonces, ¿quiero una familia propia? Pues claro que sí. ¿Quién no? Además, tener un negocio familiar requiere una familia a la que heredarlo, ¿no? Aunque tengo primos que se pueden ocupar de ello. Pero tengo mucho tiempo. Muchísimo.

No hay prisa.

Daisy tiene planes, proyectos, objetivos. Yo también soy organizado (en los negocios, pero no en mi vida personal). Lo que ocurre es que dentro de cuatro años tendré cuarenta y esta es la primera vez que pienso en ello. ¿Por qué esta chica, que se supone que es un rollo de una noche, de repente me está haciendo cuestionar mis objetivos? Me gustaría culpar al recuerdo de tenerla de rodillas chupándome la polla por mi locura transitoria, pero la verdad es que me hipnotizó en el momento en que me ofreció esa sonrisa tímida en el bar del hotel y luego desvió la mirada tres segundos después. Ha captado mi atención más de lo que estoy dispuesto a admitir.

—Tengo una casa —digo. Joder, suena un poco seco incluso para mí.

—¿Sí? —Parece sorprendida. Probablemente porque piensa que soy algo así como un capullo sin empleo que vive de la pensión de su abuela.

Tengo mi propia casa, una enorme, en uno de los distritos más caros de

Londres. La compré con el simple propósito de invertir y por su ubicación, no por necesidad. Utilizo uno de los seis dormitorios y baños. Ni siquiera me he sentado en el salón, ya que prefiero comer en un taburete de la isla de la cocina. Toda la casa podría reformarse, pero he sido reacio a ello porque había más espacio del que necesitaba y no quería molestarme en personalizarla para mí solo. No vi la necesidad al no tener familia con la que compartirla. Ya habría tiempo para formar una. Más tarde.

—Sí. —Hago un gesto con la mano—. Es una casa que necesita una reforma. —Una casa que necesita una reforma con un valor actual de doce millones de libras. Pagué menos de diez hace poco más de dos años, pero así es Londres—. Propiedades históricas, ya sabes cómo son —añado para que no suene como si estuviera viviendo en una chabola. En vez de eso sueño como un idiota.

—¡Ah! ¡Me encantan los edificios antiguos! —Se le ilumina el rostro ante la mención—. Me especialicé en planificación urbanística, pero me centré en honrar la preservación histórica incorporando diseño moderno. Me habría encantado hacer prácticas en Europa, pero no podía permitirme un semestre al otro lado del charco. —Suspira antes de continuar—. Cuando veo un edificio antiguo en mal estado me imagino cómo debió de ser cuando se construyó e inmediatamente vislumbro su potencial en la actualidad.

Gesticula con las manos y detiene una de ellas frente a sí como si estuviera imaginando una pila de ladrillos antigua y especialmente hermosa.

—Cuál sería su apariencia una vez restaurado y cómo utilizaríamos el espacio hoy en día. Eres muy afortunado por vivir en un país con una historia arquitectónica tan rica —dice con entusiasmo—. Cuando veo fotos de viejos castillos europeos, imagino formas viables de incorporar un sistema de climatización, adaptar los baños al diseño e integrar una cocina adecuada al presente con materiales que honren el pasado.

Suspira de nuevo cuando termina de hablar con una leve sonrisa en los labios mientras sueña despierta con convertir un calabozo en una bodega o algo así.

—Entonces, ¿eres diseñadora cuando no trabajas como guía turística? —pregunto, porque no, un montón de viejas piedras no me inspiran.

Cuando miro un edificio antiguo, lo único que veo son planos, un montón de costes de mantenimiento, problemas con la normativa de edificación y

retrasos en los permisos de obra.

Cierra la boca y se ruboriza. Puede que esté dando la impresión de ser un capullo. Lo que normalmente no me molestaría, pero cuando se trata de Daisy sí lo hace. Su opinión me importa más de lo que debería. No logro entenderla, le brillan los ojos cuando habla de diseño y parece incómoda haciendo de guía de este viaje. Entonces, ¿por qué pierde el tiempo en este trabajo? ¿No ha encontrado trabajo en su ámbito? Debe de haber acabado la carrera hace años. No tiene sentido. Ella no tiene sentido. Sin embargo, me siento más intrigado con cada palabra que sale de su boca.

Quiero saber algo más. Cualquier cosa.

Se muerde el labio y cierra los ojos un instante antes de volver a abrirlos solo para mirar hacia otro lado.

—Tuve un trabajo de diseñadora, pero la empresa se vendió y me despidieron. En cualquier caso, era más un trabajo de CAD, dibujar diseños y planos para los gerentes de proyecto. No era nada creativo.

—¿Así que estás trabajando como guía turística hasta que encuentres algo más? —pregunto.

Pero eso no puede ser cierto. Dijo que llevaba años trabajando en Sutton Travel. ¿Cómo trabajaba aquí y, al mismo tiempo, en una empresa de diseño que se vendió? Los trabajos de guía son por contrato, lo que significa que trabajan cuando quieren y basándose en viajes programados. Pero sigue sin tener sentido.

—Eh, no estoy segura —murmura, pero, en vez de mirarme, se observa las uñas—. Algo así. Tal vez.

—¿Quizás podrías ascender en esta empresa? —sugiero ignorando su respuesta sin sentido—. Esta compañía de viajes es propiedad de una empresa matriz, ¿no? Con hoteles y similares, seguramente. Deben de tener diseñadores en el personal para gestionar adquisiciones y reformas.

Me observa con el interés brillando brevemente en sus ojos antes de desaparecer rápidamente. Me pregunto si he traspasado la línea. Entonces, frunce el ceño, lo que provoca que diminutas arrugas aparezcan en su frente. Se levanta del asiento y pasa junto a mí en dirección al pasillo.

—Tengo que preparar al grupo para Mount Vernon —afirma sin mirarme, pero no sé si es verdad o solo está buscando una forma de acabar la conversación. Una conversación que me ha dejado más preguntas que

respuestas.

Observo cómo Daisy enciende el micrófono y capta la atención del grupo. Entonces, reitera que estamos de camino a Mount Vernon (la misma información que nos ha dado cuando el autobús ha salido del hotel hace menos de veinte minutos). Deslizo el dedo por la pantalla del móvil mientras trato de recordar la diferencia horaria entre la costa este y Las Vegas.

Creo que es hora de empezar a investigar.

## Capítulo 16

### Violet

Soy lo peor. Literalmente lo peor. El pulso me va a mil por hora. ¿Por qué me acaba de decir todo eso? Menos mal que nadie depende de mi habilidad de mentir porque es horrorosa. Soy más mala que un mordisco en las partes íntimas de un hombre. *Mmm*, creo que así no se decía... Y suena algo perverso, ¿no? Perfecto, ahora estoy pensando en chuparle la polla. Es bonita y muy grande. Sonríe al pensar en mi ingenuidad con respecto a los penes sin circuncidar. No puedo creer que le dijera que no sabía lo que hacer con él. Qué ridícula soy. Básicamente, era lo mismo, aunque diría que es más fácil masturbarlo a él. Y más delicado. Como cuando le di vueltas con la lengua al prepucio y él emitió ese pequeño gemido que casi me hace llegar al orgasmo. Juro que los gemidos con acento británico suenan distintos que los americanos. Son mejores, parece una locura, pero prometo que es cierto.

Respiro profundamente y trato de calmarme mientras agarro el micrófono para dar la misma información que no es necesaria repetir, pero necesitaba hacerlo para huir de Jennings. De acuerdo, solo he logrado alejarme unos centímetros de él, pero eso me sirve.

No puedo creer que acabe de soltar toda esa información sobre mí. No creo que vaya a comprobarlo, ¿no? Él no sabe en lo que se especializó Daisy o lo que hace cuando no trabaja como guía turística. No tiene acceso a su expediente laboral para comprobar lo que acabo de decir. Casi me río a carcajadas ante la idea. ¿Puedo ser más paranoica?

No sabe nada.

*Nothing.*

Cero.

Ni papa.

Jennings me gusta.

Espera. ¿De dónde sale ese pensamiento? Miro por encima del hombro hacia donde está sentado, todavía junto al asiento del que acabo de huir. Tiene la cabeza inclinada hacia el teléfono y parece que está enviando un mensaje o un correo electrónico. Desde este ángulo veo que mientras escribe, hace ese movimiento tan característico de la mandíbula en señal de concentración.

Por supuesto que me gusta. Me estoy acostando con él y yo no me acuesto con tíos que no me gustan. Me gustó su mirada cuando le sonreí en el bar la primera noche, ¿no? Me fascinaron sus ojos. Y su mandíbula. Su cabello oscuro y la forma en que la camiseta le marcaba los hombros. Me encantó que me invitara a una copa cuando lo único que había hecho era concederle esa estúpida sonrisa de tres segundos. Nadie me había invitado a una copa antes. En las películas, los tíos siempre invitan a copas, pero en la realidad eso no sucede con asiduidad. Al menos en mi realidad. En la universidad, conocí a tíos que me ofrecieron vasos rojos llenos de cerveza de barril, pero eso no es lo mismo.

Me chifla el tono de su voz y su acento británico. Me gusta cómo huele y lo que siento cuando su cuerpo está sobre el mío.

Solo me atrae sexualmente, ¿verdad?

No obstante, también me gusta la atención que me presta cuando hablo y que quiera saber cosas de mí, aunque no puedo saciar su curiosidad porque soy una maldita mentirosa. No obstante, me gusta que me preste atención. Fue muy dulce cómo me sugirió que buscara puestos vacantes en la empresa. No sería una mala idea si realmente trabajara para la empresa. Daisy no está cualificada para los empleos que me interesan, por no mencionar que sería un problema solicitar un trabajo como si fuera ella y mantener esta farsa durante más tiempo. Todavía no me creo que complete el viaje sin cagarla.

Pero podría decirle a Daisy que echara un vistazo de vez en cuando a los puestos de trabajo para los que estoy cualificada y solicitarlos yo, ¿no? Es probable que Daisy incluso consiga una bonificación por conocerme. ¿No

sería increíble? Me pide que la suplante en el trabajo y encima consigue una bonificación por ello. La quinta esencia de Daisy.

Me gusta el modo en que Jennings está pendiente de su abuela y se asegura de que tiene todo lo que necesita. Siempre sale del autobús antes que ella para cogerla del brazo y ayudarla a bajar.

Me encanta cómo me observa cuando hablo con torpeza durante el viaje, con una mirada de curiosidad en su rostro, como si fuera más interesante de lo que realmente soy.

También me gusta su mirada cuando nos acostamos. Cómo me mira a los ojos cuando me penetra. Cómo me levanta la barbilla para que lo mire cuando he girado la cabeza hacia otro lado. Cómo me toca y... basta. Es el mejor sexo que he practicado en toda mi vida. Sé que es un cliché y algo exagerado, pero es que es muy bueno. Y tal vez dos veces no puedan calificarse como un caso de estudio, pero son ejemplos suficientes para establecer un gran argumento en su favor. Maldita sea, ¿por qué tiene que ser tan bueno? Me hace sentir cosas, cosas que no me interesan.

Así que, ¿qué pasa si me gusta? No es para tanto. Es solo una semana. Mi rollo de una noche se ha convertido en un rollo de una semana. Es lo que quería, ¿no? Una aventura sin ataduras que me ayudara a volver al ruedo. Una relación para tomar impulso, por así decirlo. Algo que debería haber hecho hace seis meses para sacar a mi ex de mi sistema, porque ha funcionado por completo. Tal vez sea el tiempo que ha pasado, o quizá sea mérito de Jennings, pero puedo decir con franqueza que he pasado página. Tengo esperanzas. Me alegra (bueno, casi) que la última empresa para la que trabajé se hundiese porque eso me obligó a ver que ni el trabajo ni la relación que tenía eran buenos. No era consciente, así que el destino intervino y me obligó a hacerlo.

El mismo destino que nos separará (a Jennings y a mí) cuando termine el viaje. Así que me gusta. ¿Y qué? No es un delito que te guste un amante pasajero. Cuando recuerde esta semana, contaré con un montón de divertidas imágenes. Recuerdos tórridos, escandalosos, pecaminosos y lujuriosos de ojos marrones, abdominales perfectos y sonrisas maliciosas que empaparon mis braguitas y me devolvieron la seguridad en mí misma.

No es para tanto.

El autobús se detiene en los jardines de Mount Vernon, así que dejo atrás

mis pensamientos lascivos y me centro en recordar qué hacía Daisy en esta parte del viaje. El grupo realizará la excursión *premium* a la mansión con otra guía, gracias a Dios. Yo solo tengo que ir a la oficina de turismo y coordinar la entrada del grupo.

Veinte minutos después, ya he informado a los viajeros del punto de encuentro tras la excursión guiada y el tiempo libre añadido del que disponen para explorar los jardines por su cuenta. Entonces, cuando veo al grupo partir sin mí, y a Jennings con ellos, suspiro. Es un suspiro de alivio reconfortante. Tengo tres horas de libertad. Tres horas en las que no le diré a Jennings nada inadecuado. Tres horas en las que no me dejaré influenciar por su acento, ni por sus ojos marrones, ni por la forma en que me lleva a hablar demasiado.

Solo es una distracción divertida (y eso es fantástico). Pero en una semana se irá, así que tengo que mantener la compostura. No necesito enamorarme de él. Y no necesito cagarla en el trabajo de mi hermana y perder el sueldo de esta semana por bocazas.

Lo que tengo que hacer es centrarme en el futuro. Encontrar trabajo, un lugar donde vivir, recuperar mi vida y no enamorarme de alguien con el que no puedo estar. Por no mencionar que ni siquiera es mi tipo. Me gustan más los hombres con objetivos fijados y trajes. El señor Camiseta de Grupo de Música no es para nada mi tipo.



# Capítulo 17

## Jennings

—¿Qué necesitas saber exactamente y por qué no se lo puedes preguntar tú?

He llamado a mi primo Rhys. Es estadounidense y tiene dos años menos que yo. Su madre es la hermana de mi padre; creció en Inglaterra, pero se marchó del país cuando se enamoró de un estudiante extranjero de intercambio en la universidad y se fue con él a Connecticut. A pesar de haber crecido en continentes distintos, Rhys y yo siempre hemos estado unidos. Ayudó el hecho de que, cuando fuimos lo bastante mayores, pasamos los veranos juntos, un año en Reino Unido y otro en Estados Unidos. Si echo la vista atrás, sospecho que nuestros padres se pusieron de acuerdo para poder descansar de niños un verano sí y otro no, pero, como resultado, Rhys y yo nos convertimos en uña y carne.

—Es complicado —respondo, y eso me hace sonreír. Hablo como Daisy, con sus excusas evasivas.

—¿Qué quieres decir con que es complicado? ¿No te has presentado? No hacemos de jefes infiltrados con los empleados, Jennings. Es la política de empresa. Los empleados de categoría superior se presentan si viajan con la compañía o por negocios personales. No engañamos a los empleados.

—¿Engañar? ¿En serio, Rhys?

—Es una palabra, gilipollas. Deja de evitar la pregunta.

—Lo habría hecho —contesto—. Pero ya la conocía, de la noche anterior.

Y luego las cosas... se complicaron. —Ahí va otra vez la palabra.

Hay una breve pausa mientras asimila la información. Oigo que deja de teclear e imagino que se está reclinando en su silla para ponerme a parir.

—Cabronazo británico. Eres un puto suertudo. Cuando llevé a la abuela de viaje por las montañas rocosas de Canadá el año pasado, el guía era un hombre de cincuenta años que se llamaba Marvin.

—Lo siento, Rhys. —Sonrío de forma burlona a pesar de que no puede verme—. Parece que sí, que tengo bastante suerte con las vacaciones, ¿no crees?

—Gilipollas.

—Además, soy mayor, más guapo y los deportes se me dan mejor que a ti.

—Los deportes se te dan... —se mofa—. Lo que eres es imbécil. Tal vez se te da mejor el críquet. Y no eres ni de lejos más guapo que yo. Todo el mundo sabe que soy el primo más guapo.

—¿Todo el mundo lo sabe? ¿Has hecho una encuesta o qué?

—Lo escuché en una conversación en Navidad. La nueva mujer del tío David lo mencionó.

—No me lo creo —resoplo.

—Tal vez lo pensó —contesta impertérrito—. En cualquier caso, el año que viene también te toca acompañar a la abuela. Este viaje no cuenta si te estás tirando a la guía turística.

—De acuerdo. Y no seas grosero, Rhys. Daisy no es una corista.

—No hay corista a la vista —dice de forma relajada.

—Claro que no.

—Ah, y prefieren que las llamen artistas.

—Eso lo explica todo. Qué vida tan difícil llevas en el desierto, Rhys —comento inexpresivo.

Está en Las Vegas, supervisando la última adquisición para la empresa familiar Sutton International: la inauguración de un hotel y un casino de dos mil millones de dólares en la zona de Las Vegas.

—No tengo acceso a los expedientes laborales del departamento de viajes —dice finalmente—. Menuda mierda, ¿a quién tengo follarme por aquí para que me dé esa información?

—Probablemente a un pariente, así que puede que quieras reconsiderarlo.

—Mierda. Vaya forma de quitarme la ilusión, gilipollas. —Oigo que teclea de nuevo antes de anunciar que ha enviado una solicitud a la directora de recursos humanos del casino.

—Ella tendrá acceso a todos los expedientes de empleo de Estados Unidos o sabrá quién lo tiene. En cuanto disponga del expediente, te lo envío —explica.

—Gracias, Rhys.

—De nada. Ni que estuviera en pleno proceso de contratación y formación de cuatro mil empleados a tiempo para la inauguración.

—Te lo agradezco —digo alargando las palabras mientras paseo por el jardín del edificio George Washington.

Me deshice del grupo cuando cruzamos la zona de orientación. La abuela me hizo un gesto alegre de despedida con la mano cuando le comenté que tenía que hacer unas llamadas.

Rhys y yo trabajamos para la empresa familiar, la que fundó el padre de la abuela hace unos sesenta años. Somos la cuarta generación de miembros de la familia responsable del funcionamiento de Sutton International, una empresa matriz de una cadena hotelera, una línea de cruceros por río y tres compañías de autobuses turísticos. Incluida la empresa con la que estoy viajando.

Disponemos de oficinas en los seis continentes y ofrecemos vacaciones en más de doscientos destinos por todo el mundo. Rhys dirige el proyecto de Las Vegas mientras que otro primo lleva las riendas del negocio en Canadá. Un tío está al frente de la división de cruceros por río en una oficina de Suiza. ¿Y yo? Yo soy el responsable de supervisarlos todo.

—A todo esto, ¿qué necesitas? —inquire Rhys, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Quieres su número de teléfono? ¿Su fecha de nacimiento? ¿Su dirección? Porque podrías ahorrarnos a todos un montón de problemas si simplemente le preguntas a ella.

—Tengo curiosidad. Necesito más información.

—Que no puedes conseguir de ella.

—Exacto. —La grava bajo mis pies cruje mientras camino y sonrío por el pequeño interrogatorio al que me está sometiendo Rhys.

—¿Estás seguro de que esta chica está interesada en ti?

—Sí.

—¿Qué le pasa?

—No le pasa nada. Es encantadora. Probablemente una mentirosa patológica, pero encantadora.

Levanto la vista y me la encuentro a unos tres metros. También está hablando por teléfono y me ve justo cuando yo la veo a ella. Da medio paso atrás sin apartar la vista de mí mientras habla. Doy un paso a la izquierda para apartarme de un niño que corre a toda velocidad por el jardín y añado otro paso entre Daisy y yo.

—Suenas interesante —me dice Rhys al oído en tono divertido.

—Oh, lo es —coincido mientras Daisy y yo seguimos mirándonos en el jardín. Claramente, ninguno de los dos quiere que el otro escuche su conversación. Se gira y camina por el sendero de gravilla hasta que quedamos separados por una gran plantación llena de arbustos de diseño ornamental y seguimos con nuestra conversación sin perdernos de vista—. Sin duda, lo es.

—Te gusta —afirma Rhys lentamente, arrastrando las palabras como si el concepto fuera nuevo para él.

—Me estoy divirtiendo. Eso es todo.

Una brisa recorre el jardín y levanta el vestido de Daisy. Es amarillo claro y le queda por encima de las rodillas. Recorro con la mirada las bronceadas pantorrillas y las sandalias que lleva puestas. Cuando alzo la vista, se aparta un mechón de pelo de los labios y me ignora.

—Bien. Ya era hora.

—¿Qué se supone que significa eso? —Dejo de caminar y observo un árbol ornamental con flores mientras no pierdo de vista a Daisy.

—La movilidad de los espermatozoides disminuyen con la edad. Puede que sea tarde para ti.

—Dios santo —murmuro.

—El legado familiar depende de ti.

—Deja de joderme, primo. Solo eres dos años más joven que yo y no te veo organizando tu propia guardería.

—¿Organizando mi propia guardería? —Se ríe—. Esta mierda británica no pasa de moda y eso que te conozco de toda la vida.

—Sí, tus coloquialismos americanos también me siguen deleitando, Rhys.

—Estoy seguro. Entonces, ¿vuelves directamente a Londres después del viaje o puedes pasar por Las Vegas?

—Primero dejaré a la abuela con tu madre, en Bethany, y luego, sí, vuelvo a Londres. Voy justo de tiempo con todo lo que está pasando en la oficina.

—Tú siempre vas justo de tiempo —señala Rhys.

Es cierto. Siempre estoy de aquí para allá. Pero eso me gusta, ¿no?

La empresa me mantiene ocupado. Aunque tengas el privilegio de conseguir trabajo gracias a las conexiones familiares y esto también te ayude a ascender en la empresa de forma más rápida, tienes que esforzarte. Ganarte tu puesto. O no habrá empresa para las próximas generaciones y los diez mil empleados de todo el mundo se quedarán sin trabajo.

Teniendo en cuenta mi ritmo de vida actual, puede que no tenga hijos. Sobre todo si Rhys está en lo cierto sobre la disminución de la virilidad.

Así que nada de presión. En absoluto. El pasillo que va a mi oficina está lleno de fotos que evidencian los más de cincuenta años de la empresa. Cincuenta años de crecimiento y adquisiciones. De éxito y creación de nuevo empleo. De bonificaciones pagadas y aumento de beneficios. De antepasados que me observan desde esas fotografías y me imploran sin palabras que no lo mande todo al infierno ahora.

Tranquilidad, Jennings.

Al principio, mi padre se escaqueó del negocio familiar. Su pasión era el derecho y se dedicó a ello. Tuvo una carrera muy exitosa en derecho penal antes de cambiar a derecho de sociedades al unirse al negocio familiar. Ahora está al mando del departamento legal, pero quiere jubilarse en un par de años. Mi prima Mila está lista para hacerse con el cargo cuando llegue el momento.

—Hemos progresado mucho desde la última vez que estuviste aquí. Ya disponemos de las plantas residenciales y los empleados de nivel directivo ya se han trasladado aquí. Te instalaré en una *suite* de la propiedad para que puedas ver el progreso con tus propios ojos. También podemos asistir al ensayo de las coristas para la inauguración —bromea Rhys.

—Ya veremos —replico.

Vuelvo a centrarme en la belleza que se encuentra al otro lado del jardín.

—Tengo que dejarte. Tengo una reunión con el alcalde en diez minutos. Pero considéralo, Jennings. Puedes traerte a tu nueva amiga. Me encantaría conocerla.

—Apuesto a que sí. Sospecho que Daisy y tú os llevaríais muy bien. — Los dos disfrutarían criticándome.

—Tal vez quieras decirle antes quién eres—añade.

—Tal vez —reconozco—. Solo necesito investigarla antes.

—Claro, sigue mintiendo. Eso normalmente funciona con las mujeres.

Joder. Me detengo un instante pensando en lo que acaba de decir. Tiene razón.

—Estoy hasta el cuello, ¿no?

—Así es —añade entre risas—. Mantenme informado. Te reenviaré su expediente en cuanto lo tenga.

—Gracias, Rhys.

Cuelgo y me guardo el teléfono en el bolsillo. Daisy todavía sigue en el mismo sitio.

Realicé alguno de estos viajes cuando empecé en la empresa, justo después de acabar la carrera. No en Estados Unidos, los guías deben ser expertos en la zona y nativos del país. La mayoría de los miembros de mi familia empezaron del mismo modo (o como guías turísticos o en cargos de nivel inicial en uno de los hoteles). Así que trabajé durante seis meses en el viaje de «La gloriosa Gran Bretaña» y otros seis en el viaje de los «Lugares más destacados de Reino Unido» antes de conseguir mi primer trabajo en la oficina de Londres. De eso hace más años de los que quiero recordar. Las palabras de Rhys en cuanto a mi plan hacen eco en mi mente. He oído palabras similares por boca de mi padre.

Nunca he tenido razones para echar el freno. Ninguna razón convincente.

Otra ráfaga de aire atraviesa el jardín y, como consecuencia, el vestido de Daisy se hincha de una manera que la hace parecer embarazada.

Se me pone dura.

Dios santo, ¿estoy perturbado o estoy reaccionando de forma primitiva al pensar en ella con un bebé en el vientre? Esto es una mierda. Nunca había reaccionado así ante la idea de una mujer embarazada. ¿O es la idea de dejarla embarazada? Santo cielo.

Rhys me está volviendo paranoico con lo de la jodida movilidad de los espermatozoides, eso es todo. Niego con la cabeza y sonrío. Qué gilipollas. Saco el móvil del bolsillo, abro la lista de contactos hasta encontrar a quien busco y lo selecciono.

Al otro lado del jardín, Daisy se aparta otro mechón de pelo de la boca. Se detiene cerca de un banco y deja la libreta antes de sentarse en el borde. La observo gesticular con la mano libre un instante, luego coloca el teléfono boca arriba en el banco, se saca un coiletero de la muñeca y se recoge el cabello oscuro y largo. Los movimientos me recuerdan a cuando estaba de rodillas ante mí mientras se hacía una coleta para chuparme la polla.

El recuerdo no ayuda con el bulto de mis pantalones. Me pregunto si me pondré duro cada vez que se recoja el pelo, y no sé si es una bendición o una maldición. Un poco de cada, quizá.

—Hola, Jennings, ¿qué tal el viaje? —Priscilla, de la oficina de Londres, ha descolgado el teléfono.

—Muy bien. Escucha, necesito que me hagas un favor.

Me giro, dándole la espalda a Daisy mientras hablo, y observo las ventanas del majestuoso invernadero en tanto que procedo a resumir lo que necesito de Priscilla. Me pregunto qué piensa Daisy cuando mira este edificio. Si el ladrillo es de su agrado, si le fascina la ingenuidad del diseño. Si piensa en cómo lo convertiría en apartamentos o en un supermercado pequeño.

—¿Vas a pasarme el proyecto Leo? ¿En su totalidad? —pregunta Priscilla cuando dejo de hablar. Se supone que sí, aunque delegar no es mi fuerte. O no lo ha sido hasta ahora.

—Sí. Estás más que preparada para liderar un proyecto de esta envergadura sin mí. Tengo confianza ciega en ti. —Es cierto. No recuerdo una recomendación que haya hecho con la que no haya estado de acuerdo. Es más que apta para la tarea. Y es hora de empezar a delegar porque ese es el objetivo, ¿no? Contratar y desarrollar el mejor talento para que ellos puedan hacer el trabajo para el que los has contratado. Es parte de nuestra filosofía de empresa, algo que yo podría mejorar. Cultivar el talento existente para que los buenos empleados se conviertan en geniales y los geniales en los mejores.

Finalizo la llamada satisfecho de haberlo solucionado y pienso en el siguiente paso.

Entonces, me acerco a Daisy, que inclina la cabeza a un lado mientras camino, todavía al teléfono, con una expresión de escepticismo en su rostro, que ya me es familiar. Creo que reserva esa expresión para mí y eso me gusta. Me gusta que no sea educada conmigo, es honesta. Lo que ves es lo que hay. A excepción de todas las mentiras que salen de su boca, claro. Pero pronto sabré la verdad. Me detengo frente a ella y sonrío de forma burlona con el plan establecido.

Daisy me mira sin decir nada. Doy por hecho que todavía está hablando con alguien porque no ha separado el teléfono de su oreja y me evalúa silenciosamente mientras escucha.

—Tengo que colgar —dice al teléfono sin dejar de mirarme. Escucha un instante más y luego, si no me equivoco, dice—: Tú eres mi galletita. —Y cuelga—. Se supone que deberías estar de excursión con los demás.

No parece encantada con mi presencia y me observa con cautela mientras tapa el bolígrafo y lo guarda en el bolso junto con la libreta.

—¿Es obligatorio?

—Bueno, es preferible. —Cruza las piernas y, por un instante, me distrae el movimiento. Una esbelta pantorrilla descansa sobre la otra y se le ve la rodilla, ya que el vestido queda unos centímetros por encima. Apoya la espalda contra el respaldo del banco y mueve el pie—. Así puedo controlarte. Eres como un gato; siempre apareces cuando menos me lo espero.

Me río. Estoy seguro de que nadie me ha descrito así antes.

—En realidad, no es cierto. —Frunce el ceño—. Me gustan los gatos y casi nunca son escurridizos. La mayor parte del tiempo son demasiado apáticos como para serlo.

—Entonces, ¿no te gusto?

—Sí, me gustas. Ha sido una mala analogía. —Niega con la cabeza y luego se detiene—. Espera. —Sonríe de forma burlona y chasquea los dedos—. Lo tengo. ¡Un espía! —Se ríe y parece impresionada de sí misma—. Eres más bien como un espía. Se te daría genial ser un agente infiltrado. Muy sigiloso. Deberías tenerlo en cuenta.

—Lo consideraré seriamente.

Se inclina hacia adelante en el banco y levanta una mano realizando el gesto universal que significa «alto», como si fuera importante hacer esta distinción.



—No me malinterpretes. Un espía *buenorro*. Más James Bond que Austin Powers. Me parecería *sexy* si me gustara que me espíen.

Vale. El comentario del *jefe infiltrado* de Rhys resuena en mi cabeza y me siento avergonzado por mentirle. Pero ¿qué esconde ella? ¿No es esa la verdadera cuestión? Sé que me miente en algo. Esta preciosa chica es un desastre lleno de contradicciones e incoherencias. Si tuviera sentido común, haría exactamente lo contrario de lo que estoy a punto de hacer, pero los malditos sentimientos se oponen a la razón.

Mi teléfono suena. Es una llamada de Londres. Echo un vistazo a la pantalla antes de desviarla al buzón de voz para poder centrarme en la tarea que tengo entre manos.

—Normalmente te preguntaría si tienes la noche libre, pero ambos sabemos que sí, así que iré directamente al grano. Me gustaría tener una cita contigo esta noche.

—¿Una cita? —El escepticismo que he llegado a asociar con ella vuelve en un abrir y cerrar de ojos, cuando un atisbo de confusión se apodera de su rostro.

—Una cena —aclaro, ya que parece que no me entiende—. Una cita decente.

—Ah. —Arquea una ceja mientras sus labios forman la palabra y el escepticismo de su rostro se transforma en curiosidad.

Espero a que diga algo. Algo como «sí», pero guarda silencio. No sé en qué demonios está pensando. Tiene la cabeza inclinada a un lado mientras me mira y reflexiona. Joder, es preciosa. Es impresionante. Pero son estos instantes los que me encantan. Cuando baja la guardia sin preocuparse por impresionarme. Cuando arruga la nariz o pone los ojos en blanco o me hace esperar una respuesta durante mucho tiempo.

—¿A las ocho en punto, entonces? —digo, porque, joder, vendrá a cenar conmigo. No voy a aceptar un no por respuesta.

—¿Por qué? —pregunta sin una pizca de inocencia.

—¿Por qué? —Me río y niego con la cabeza. ¿Qué quiere decir con «por qué»? Me recuerdo que es un poco más joven que yo y me pregunto si tener una cita se ha pasado de moda en la década que nos separa o si este tipo de respuesta es típica de Daisy.

Mi teléfono vuelve a sonar. Ni siquiera lo miro, lo pongo en silencio y me

pregunto cómo he podido vivir hasta ahora sin el desconcierto de que una mujer me pida explicaciones sobre por qué quiero tener una cita con ella.

—Porque nos gustamos y será divertido. Porque no hemos tenido una primera cita decente y mereces una. Porque me gusta pasar tiempo contigo.

—Vale. —Asiente con la cabeza en señal de aceptación, y pienso que ya está todo arreglado. Pero, entonces, abre la boca de nuevo para soltarme una lista de razones de por qué no debería recogerla en la puerta de su habitación.

Me gusta, me gusta de verdad.

# Capítulo 18

## Violet

Una cita.

Me ha pedido una cita. Después de follarme con la mirada desde el otro lado del jardín y distraerme de mi llamada (que ha sido una absoluta pifia), me ha pedido una cita.

Lo observé con recelo sin saber lo que tramaba, porque ¿quién pide una cita a una chica de las que no se andan con rodeos? ¿Cuál es el objetivo? No andarse con rodeos significa que te comes un bocadillo rápido, te lavas los dientes y luego quedas con alguien en algún sitio para echar un polvo. Al menos eso es lo que creo que significa. Esta es la primera vez que lo hago, pero cenar parece innecesario. Estaba mirándolo para tratar de averiguar si lo que quería decir era «cena», o si en Gran Bretaña llaman «cita» al sexo, cuando sonrió y soltó la frase: «Una cita decente».

Por el amor de Dios, ¿por qué la palabra «decente» me excita? Sí, al menos cuando la pronuncia el señor Voz Sexy. Entonces, empecé a pensar en cómo arreglármelas para conseguir una grabación de su voz que dijese «decente» antes de que terminara la semana para reproducirla en bucle cuando se fuera. Eso condujo a la magnífica idea de inventar vibradores que reprodujeran palabras obscenas con acento británico, pero Jennings interrumpió el rumbo de mis pensamientos.

«Tierra a Daisy» me sacó de mis pensamientos sobre lo que costaría desarrollar algo así.

Una vez que captó mi atención, me volvió a preguntar si quería ir a cenar con él. «Una cita decente, cielo. Te llevaré a cenar y luego te acompañaré a tu puerta. Esta noche», añadió mientras me volvía a penetrar con la mirada.

Creo que se refería tanto a ir a cenar como a acostarnos.

Hoy tengo la noche libre. Algo que Jennings señaló porque se había tomado la molestia de revisar el itinerario y confirmar que esta noche no había cena organizada para el grupo.

¿Sabes para qué son buenos los amantes que uno tiene por despecho? Para recuperarse. Se supone que no van a hacer que te enamores de ellos antes de marcharse a casa. A un lugar al que ni siquiera podrías ir en coche si hipotéticamente quisieras verlos otra vez porque un océano separa vuestros países. Los vuelos internacionales para los ligues parecen muy poco prácticos.

Con un gruñido, retiro el edredón que cubre la cama para poder desplomarme en el colchón. Hemos llegado a Williamsburg hace aproximadamente una hora, pero no he podido subir a la habitación hasta ahora. El proceso de registro de entrada es bastante sencillo, ya que tenemos una reserva en todos los hoteles realizada por la compañía de viajes, pero soy la responsable de obtener las llaves en la recepción y dárselas a los huéspedes mientras se agolpan a mi alrededor ansiosos por irse a su habitación. Y, entonces, empiezan las preguntas: ¿El hotel tiene piscina? ¿A qué hora es el desayuno? ¿Cuándo sale el autobús por la mañana? ¿Dónde puedo comprar un imán con la inscripción «Williamsburg, Virginia»? ¿Dónde puedo cenar esta noche? ¿Es seguro ir a dar un paseo? ¿Hay conexión wifi gratuita en este hotel? ¿Hay algún Walmart cerca?

¿Quién demonios viene a Estados Unidos para ir a un Walmart?

En cualquier caso, por fin he acabado de hacer el trabajo de Daisy por hoy y me encuentro felizmente sola. Lo que me da tiempo para pensar.

Parece que la cena implica sentimientos. Mis sentimientos.

Miro al techo un minuto más y luego cojo el móvil y hago una llamada.

—Por favor, dime que me llamas para hablarme de tu nuevo amante británico porque no puedo soportar más quejas sobre el viaje —dice Daisy a modo de saludo.

—Hola a ti también —contesto de forma inexpresiva.

—Hola, chica, hola —responde—. ¿Eso está mejor? —Escucho un

zumbido o algún ruido de fondo que no puedo identificar.

—¿Qué es ese ruido? ¿Tu vibrador?

—¿Qué? No, bicho raro —dice lentamente—. Es el microondas.

—Lo siento —me disculpo—. Parecía un vibrador.

—Me alegra saber que pienses que soy incapaz de dejar de vibrar el tiempo suficiente como para responder el teléfono.

—¿Vibrar? ¿Esa palabra tiene un nuevo significado?

—Ahora sí. Entonces, ¿qué pasa?

—Eh, te llamo para hablarte de mi nuevo amante británico.

—¿De verdad acabamos de dar todo ese rodeo cuando tenía razón desde el principio?

—Sí —admito—. Aunque el viaje ha ido bien hoy, gracias por preguntar.

—Me alegra oírlo —dice de forma relajada mientras el microondas pita.

—Aunque sigo pensando que no voy a volver a hacer esto. Nunca, nunca jamás —repito porque no estoy segura de que me esté tomando en serio—. Así que sería mejor que dejases lo que quiera que estés haciendo y volvieras a tiempo para el próximo viaje. Lo digo en serio.

—Nunca jamás —acepta—. No más viajes. Ahora háblame de tu chico.

—Dime dónde estás. Porque eso no es tu microondas. El tuyo suena distinto —añado con un dedo triunfante señalando el techo. Sé que no me ve, pero aun así me satisface haberlo descubierto.

—Elemental, querido Watson —bromea—. Estoy en casa de un amigo.

—¿Un amigo? ¿Qué amigo?

Eso no es una respuesta. Todo el mundo es amigo de Daisy. Un amigo podría ser un tío que ha conocido hace veintisiete minutos o un compañero de clase de primaria.

—Vale. Es más un *amienemigo* —admite mientras se mete algo en la boca.

—¿Un *amienemigo* con derecho a roce? —pregunto.

—Es complicado —murmura con la boca llena, y sonrío. Definitivamente, somos gemelas—. Te hablaré de ello más tarde, cuando cobre más sentido —añade.

—Entonces, ¿llevas tirándote toda la semana a un tío al que odias mientras yo hago tu trabajo? ¿Es eso lo que está pasando aquí?

—No estás sufriendo, precisamente, Vi. ¿Por qué mejor no me hablas del señor alto, moreno y británico y dejas de acosarme?

—De acuerdo. —Suspiro dramática y profundamente—. Es amable —digo al fin tras una larga pausa.

—¿Es amable? —repite Daisy con un tono que deja claro lo que piensa de ese resumen—. ¿Me llamas para decirme eso? ¿Qué es amable?

—Algo así —admito. Suena muy estúpido cuando lo digo en voz alta.

—¿No pensabas alardear de lo bueno que es el sexo? ¿Como la última vez que hablé contigo que fue hace seis horas? ¿Qué demonios ha pasado en las últimas seis horas?

—¡Yo no he alardeado!

—Claro que sí —responde sin inmutarse—. Sinceramente, estaba orgullosa de ti.

—Oh, bueno, gracias. O eso creo.

—De nada. Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Es aburrido?

—*Mmm...* —Veo que esto es confuso—. No, no es aburrido. En absoluto. Me hace reír.

—¿Eres bipolar o algo? ¿Eso es hereditario? No puedo lidiar con esto ahora —murmura, y escucho el sonido de lo que sea que está comiendo al caer en el plato—. A ver, está bueno, es amable y te hace reír. ¿Es tonto? ¿Ese es el problema? A veces los guapos no son los más inteligentes. Sé que no es políticamente correcto decir eso, pero es la verdad. Pero solo es una semana, no vas a tener un hijo con él, así que déjate llevar y pásalo bien.

—Me gusta —reconozco—. ¿Vale? El problema es que me gusta.

—Oh. —Daisy se queda en silencio un instante mientras lo asimila—. ¿Y te preocupa enamorarte de él y tener niños tontos? Acabo de ver a un monstruito de niño en el programa Target que estaba pidiendo pegamento a pleno pulmón. ¡Pegamento! ¿Qué tipo de niño pide pegamento? Sospecho...

—Daisy —la interrumpo—. No es tonto. ¿Puedes centrarte, por favor? No es tonto y no vamos a tener hijos tontos.

—Nunca se sabe —resopla—. Toda esa mierda pasa.

—Céntrate —repito.

—Vale, vale. Entonces, ¿cuál es el problema, exactamente? Está bueno, es bueno en la cama, inteligente y amable. Te hace reír y te gusta. Estás

viviendo tu mejor momento.

—Me ha pedido que vaya a cenar con él.

—Sí, eso suena a un gran problema. Ponte mi vestido azul marino. El del dobladillo de encaje. Lo metí en la maleta.

—Es solo que... —Me detengo para tratar de expresar con palabras lo que siento—. Es solo que se suponía que iba a ser un rollo de una noche, no que me iba a enamorar de él.

—Escúchame, en la vida pasan muchas cosas que no deberían ocurrir.

—¿Se supone que eso era para tranquilizarme?

—Escúchame, Vi. He salido con muchos tíos, la mayoría de ellos gilipollas.

Cierto.

—Así que cuando la vida te ofrece uno bueno, quédatelo.

Tiene razón.

—Y luego ponle un microchip para tenerlo siempre controlado.

—Daisy —gruño.

—Violet —dice suavemente—. Nada de esto es un problema, créeme. Esta es la parte divertida. Ve a cenar, pásalo bien y fóllatelo como una loca. Ya tendrás tiempo de preocuparte por lo demás, luego. O él la cagará antes de que termine la semana y lo demás ya no importará.

—Sabio consejo —comento, pero estoy sonriendo. Siempre puedo contar con ella para llamar a las cosas por su nombre.

—Lo sé —reconoce—. Deberían contratarme para escribir tarjetas de felicitación.

—Así es.

—Recuerda, lo mejor de la vida no sucede de forma planeada.

—Como los gemelos. Te quiero. Eres mi magdalena.

—Yo también te quiero, chispita. Ahora ve a pasarlo bien. ¡Y ponte el vestido azul marino!

# Capítulo 19

## Violet

Cuelgo el teléfono y voy directa a la ducha porque si tengo una cita, debería arreglarme. Pienso en lo que me ha dicho Daisy mientras me seco con la toalla. Tiene razón en algunas cosas. Durante mi vida lo he planificado todo y, ¿a dónde me ha llevado eso? A que me rompan el corazón y a quedarme sin hogar.

Por el contrario, Daisy improvisa sobre la marcha y siempre se las apaña para caer de pie. Más que eso, se recompone totalmente. Me deja tirada para verse con un tío al que odia, pero que le resulta irresistible.

La llamada de la mujer de la agencia de empleo fue un fracaso total. Pensaba que iba a ofrecerme un puesto de trabajo, pero solo quería comprobar si he hecho un curso de Revit (no, no lo he hecho). Solo tengo experiencia con AutoCAD Design, que está bien porque Revit es para los cerebritos que no hacen más que gritar a la gente cuando usan el encabezado incorrecto.

Pero me jodió hacerme ilusiones. Durante la hora aproximadamente que pasó hasta que pude hablar con la mujer, tuve esperanza; esperanza de que esto pudiera ser el pase que estaba deseando. Incluso fantaseé con que el trabajo implicara viajes a Londres, donde Jennings me invitaría a quedarme en su casa, pediríamos comida y nos acostaríamos. Obviamente, eso era muy específico y una fantasía poco probable, pero las fantasías son, por definición, improbables.



Saco el vestido azul marino de la maleta, porque Daisy también tiene razón en eso. Es un vestido fantástico y a ella le queda genial, lo que por defecto significa que a mí también me quedará genial. Una de las mayores ventajas de tener una gemela es que cuentas con tu propio maniquí personalizado.

Me sorprende un poco que me lo haya prestado, ya que es uno de sus favoritos. Metió muchos conjuntos bonitos para esta semana en la maleta, algo muy amable por su parte. Yo tengo ropa, pero mi guardarropa tiende a lo profesional, mientras que el de ella, a objetivos de tablero de Pinterest.

Pero fue un gesto bonito, ya que en una relación entre hermanas no hay nada como prestar tu vestido favorito para decir «te quiero».

Me seco el pelo y uso el rizador para añadir algunas ondas que den un aspecto despeinado, de esas que te esfuerzas en realizar. Cuando termino, echo un vistazo al reloj, ya que Jennings va a recogerme. Propuse que quedásemos en el vestíbulo, pero insistió en que en una primera cita decente me recogería en la puerta.

Le dije que en una primera cita de verdad nunca dejaría que me recogiese en la puerta por si era un asesino en serie, o simplemente un gilipollas al que no quisiera darle mi dirección; o por si la cita fuese tan desastrosa que, para marcharme pronto, tuviera que mandar un mensaje a una amiga para que me llamase con alguna urgencia falsa y, luego, necesitara mi coche para salir de allí como alma que lleva el diablo.

Él me observó sin decir una palabra durante un instante, con la cabeza inclinada hacia un lado mientras se rascaba la mandíbula. Entonces, acordamos que pasaría por alto el protocolo de una primera cita normal por esta vez, solo porque no me acuesto con nadie en la primera cita ni tengo la intención de seguir esta norma esta noche.

Me calzo mi par de sandalias favoritas y, cuando me estoy poniendo los pendientes, Jennings llama a la puerta. De repente, sonrío de forma burlona, estúpidamente excitada por lo que me espera esta noche. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve una cita con alguien nuevo y, cuando abro la puerta, siento el estómago lleno de inesperadas mariposas. Mariposas que no desaparecen cuando lo veo. Él también se ha duchado: tiene el pelo un poco húmedo. Lleva otra camisa de botones, no lo he visto con una desde la primera noche. Esta es blanca, con las mangas enrolladas a la altura del codo,

algo que veo de inmediato porque tiene un brazo apoyado en la puerta y en la otra mano lleva unas flores.

—Rosas —dice mientras las sostiene—. Iba a traerte margaritas, pero entonces supuse que todos los tíos te regalan margaritas. Pero ¿a cuántos hombres les has podido decir que te llamas Rose? —Me guiña un ojo al mencionar eso, seguro de que Rose es algo nuestro, de que no voy por ahí poniendo motes a los hombres. Tiene razón.

—Me alegra que no sean margaritas —contesto mientras las cojo. Pensar en todos los tíos trayéndome flores me dan ganas de reír.

El novio que tuve en el instituto me compró una rosa en una jornada de recaudación de fondos del centro. El consejo de estudiantes las repartió por las aulas a segunda hora y las chicas las llevaron de clase en clase durante el resto de la jornada. Estoy segura de que si abriese un anuario antiguo, encontraría una rosa seca todavía en su interior. Una vez recibí flores en el trabajo de parte de mi ex. Era mi cumpleaños y estoy convencida de que se le había olvidado y las pidió esa mañana en una floristería de la zona para que me las entregaran el mismo día; aun así, fue bonito. Pero ¿un desfile de flores? No.

También tiene razón en lo de las margaritas. A Daisy se las han regalado un número indecoroso de veces y le encantan, pero son sus flores, no las mías. Por supuesto que Jennings no lo sabe, pero agradezco que pensara en las rosas. Que eligiera algo nuestro. Lo último que hubiese querido es un *bouquet* de margaritas que me recordase mi gran mentira cuando lo mirara.

—Son perfectas, gracias —digo mientras agarro la cubitera del hotel y le echo unos dedos de agua en el lavabo del baño. La coloco cerca de la televisión y meto las flores dentro. No es el recipiente más adecuado, ya que caen hacia un lado, pero es perfecto. Perfectamente imperfecto.

—¿Preparada? —pregunta. Está justo detrás de mí y, con un dedo, me acaricia la parte expuesta del cuello.

Me estremezco y me giro hacia él.

—Lista.

—Estás impresionante, cielo —dice en tono suave mientras me mira fijamente a la cara.

Pienso que va a besarme (está tan cerca que siento el calor de su cuerpo), pero solo me agarra de la mano y me lleva hacia la puerta. Vamos así hasta el

ascensor, con los dedos entrelazados y el corazón a mil por hora. No estoy muy segura de por qué. No es exactamente alguien nuevo para mí y esto no es una primera cita de verdad. Por lo menos es una tercera o cuarta cita, ¿no? Dios, ¿cuántos días hace de la primera noche? ¿Por qué me siento como si lo conociera desde siempre? ¿Cómo he olvidado el mundo antes de Jennings en menos de una semana? Estoy cayendo de cabeza, como un perrito cuando tropieza con sus propias patas.

O como una estúpida que se enamora cuando la relación tiene una fecha de caducidad más corta que la de un cartón de leche.

¿Esto es real? ¿O es una ilusión provocada por un espacio reducido y una química explosiva? Lo nuestro es tan fácil..., pero ¿es fácil porque es temporal? Una excursión a un parque de atracciones es estimulante durante uno o dos días, pero sería una pesadilla ir todos y cada uno de los días durante un año, ¿no? Me muerdo el labio inferior y le echo un vistazo con los ojos entrecerrados. Las puertas del ascensor se abren. Al entrar, nos soltamos las manos y Jennings presiona el botón para bajar al vestíbulo.

—¿En qué piensas, cielo? —Tiene la cabeza inclinada y una ceja arqueada. ¿Cómo sabe que estoy dándole vueltas a algo si solo hemos recorrido en silencio el pasillo?

—Solo me preguntaba si te gustan los parques de atracciones. —Eso se acerca bastante a lo que estaba pensando.

—¿Es fundamental para ti? ¿Que a tus citas les guste o no el «remolino chino»? —Su respuesta es desenfadada, pero el modo en que parpadea me confirma que no se ha tragado mi respuesta a su pregunta.

—Me gustan, pero suelo marearme tras un par de vueltas —admito y me encojo de hombros. ¿Esto también es una metáfora sobre la vida amorosa? ¿Subirse y bajarse antes de que alguien se maree?—. Aunque nunca me mareo en los recreativos ni en el puesto de algodón de azúcar.

—Si no es estrictamente necesario, tengo que admitir que los parques temáticos no son mi primera elección para unas vacaciones. Aunque jamás habría elegido un viaje por los lugares históricos de Estados Unidos y está resultando ser mucho más... —Se detiene y me recorre con la mirada lentamente—. Animado de lo que esperaba.

Me sonrojo. Tiene la habilidad de hacer que una simple respuesta suene indecente. Me aclaro la garganta antes de hablar.

—¿Y a dónde habrías ido?

—¿Si tengo tiempo? A esquiar.

—Nunca he ido a esquiar.

—¿No? —Me mira y empieza a decir algo, pero se detiene. Me pregunto si está evitando hacer un comentario sobre el futuro, como: «Deberíamos ir algún día».

Salimos del hotel y pienso que vamos a tomar un taxi, pero me lleva hacia un SUV negro que nos espera, así que deduzco que ha llamado a un Uber. Supongo que esto significa que no iremos al local de tortitas de enfrente, lo que me hace reír con nerviosismo.

Jennings se monta en el asiento trasero del SUV después de mí, me agarra la mano y la besa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Doy toquitos con el dedo en la ventanilla y señalo el International House of Pancakes que hay al otro lado de la calle.

—IHOP —comento—. Es una cadena de restaurantes. Cuando éramos pequeñas, mi hermana la llamó «Ay ho» hasta que tuvimos unos... —Me detengo. No puedo decirle que tenemos la misma edad, eso sería darle demasiada información—... hasta que tuvo unos siete años —termino de decir—. Es una tontería. No sé por qué te lo he contado.

—No es una tontería. Me ha gustado saberlo. ¿Tienes buena relación con tu hermana?

Se podría decir que sí, ya que somos gemelas idénticas, llevo su vestido y vivo en su apartamento.

—Es mi otra mitad. ¿Tienes hermanos?

—Dos medio hermanas. No las conozco. Crecimos en distintos hogares y ellas son mucho más pequeñas que yo. Crecieron en Escocia. Solo las he visto unas pocas veces.

—Lo siento.

—¿Por qué? Escocia es preciosa. No es una situación trágica.

—No. —Me río—. Sin ofender a Escocia. Me refería a que siento que no estuvieras más cerca de tus hermanas. No me imagino la vida sin la mía.

—Sí, bueno. Así es la vida. —Se pasa una mano por la mandíbula, pero no parece que el tema lo moleste—. Tengo un primo con el que me llevo muy

bien. Es como un hermano para mí. Creo que te gustaría. Tiene tu sentido del humor estadounidense.

—¿Tu primo es de Estados Unidos? —Me giro en el asiento para mirarlo—. ¿Y eso?

Se echa a reír mientras el coche se detiene en Richmond y acelera cuando el semáforo se pone en verde.

—¿Necesitas que te explique lo básico, cielo? Pareces una chica lista.

—No. —Le doy un golpe en el pecho—. A lo que me refería es que toda mi familia vive en Illinois. Mis padres, mi hermana, mis tíos, tías y abuelos. Un primo se mudó a Pittsburgh y otro a Orlando, pero los demás viven cerca. No tengo ningún primo alemán.

—Guau. Dejas que te recoja en la puerta y me revelas en qué estado vives. Estoy entusiasmado.

—No te hagas ilusiones. Todavía puedo fingir una emergencia y pedir a un taxi que me lleve al hotel.

—Tomo nota. Me esforzaré por entretenerte lo bastante como para que no quieras marcharte.

—Naperville, Illinois —confieso, porque eso no puede hacer mucho daño—. Soy de una ciudad llamada Naperville. Es un suburbio de Chicago muy... suburbano —comento, a falta de una descripción mejor.

Trato de imaginarme a un tío como Jennings viviendo en Naperville, pero no puedo. Si encontrara a un tío como Jennings en Naperville, seguro que tendría mujer y dos hijos. Tendrían un carrito Bugaboo para el mayor y el pequeño iría en una mochila Tula. Además, vivirían en una bonita casa a poca distancia de la ribera del río y los odiaría un poco.

—Mi tía Poppy se casó con un estadounidense. Sus hijos nacieron y crecieron en los Estados Unidos —explica—. Aunque tengo familiares por todo el mundo. Supongo que es bastante normal en nuestra familia.

—Pero ¿tienes buena relación con tu primo? —pregunto—. ¿A pesar de haber crecido tan lejos?

—Pasamos los veranos juntos. Alternamos el Reino Unido y los Estados Unidos.

—Ah —contesto sin intentar disimular.

El coche vuelve a girar y me pregunto a dónde vamos. Miro por la

ventanilla con los ojos entrecerrados mientras trato de ubicarnos. Creo que el autobús turístico ha pasado por esta calle antes.

—¿Me atrevo a preguntar? —Sueno divertido, por lo que lo miro a los ojos.

—Solo estaba imaginando las visitas a Estados Unidos durante tu adolescencia... —Me detengo mientras apoyo una mano en su rodilla.

—¿Y?

—Y estoy pensando en todas esas chicas estadounidenses que no sabían lo que hacer con eso —digo en voz baja y neutra, dado que no estamos solos en el coche. Sin embargo, deslizo la mano hacia arriba mientras hablo.

En retrospectiva, podría haber sido más efectivo si hubiera sido lo bastante valiente como para ir más allá de la mitad del muslo, porque en lugar de sentirse seducido, Jennings se echa a reír.

—¿Todavía estás pensando en eso?

Coloca la mano encima de la mía y pasa el pulgar suavemente sobre el dorso de mi mano. Ese simple gesto espontáneo es más seductor que el movimiento intencionado que hice antes.

—No... —respondo arrastrando la palabra. Tal vez. Un poco. Sí. La respuesta es sí.

—¿Estás celosa, cielo?

—¡No! —me burlo—. Claro que no. —Niego con la cabeza levemente—. Pero ¿cuál es el número exacto? ¿Cuántas mujeres no sabrían qué hacer con eso? Porque supongo que el número de mujeres que sí lo sabrían es mucho mayor que el de mujeres que no. Así que el número de mujeres que no sabría qué hacer con eso no puede ser muy alto. Vaya, pura estadística.

—Guau. —Por un instante, su rostro es ilegible mientras me observa—. Qué celosa —dice lentamente y, luego, comienza a reír otra vez.

—Entonces, ¿dónde vive tu primo? —comento para desviar la atención del extraño ataque posesivo. También porque me pregunto con qué frecuencia visita a su primo y si querría visitarme a mí también.

¿Qué? Soy previsor. Y O'Hare es un aeropuerto grande. Podría quedar con él allí para hacer una escala rápida en el Hilton.

—Creció en Connecticut —comienza a decir, y casi gimo en voz alta. Qué mala suerte. Es imposible que haya vuelos de Londres a Connecticut que

pasen por O'Hare. Ni siquiera esos vuelos baratos con escalas—. Pero ahora está en Las Vegas —añade—. Vive allí, por trabajo.

Alabado sea el Señor.

—¿Lo visitas a menudo?

En mi cabeza, imagino que lo estoy preguntando como si nada, pero Jennings sonrío con una ceja arqueada, por lo que estoy bastante segura de que esta vez no ha colado.

—Eres una fanática de Las Vegas, ¿no? ¿Te gusta jugar al *blackjack*? ¿Al póquer? ¿A la ruleta, tal vez?

—En realidad, nunca he estado allí. —Retiro la mano de la suya y me quito una pelusa del vestido de forma despreocupada—. Pero creo que podría ser una fantástica jugadora en las máquinas tragaperras.

—Eres buena apretando botones, eso seguro.

Vuelvo a mirarlo y coloco de nuevo la mano en su pierna. Esta vez más arriba. Estoy sentada casi de lado para observarlo mientras hablamos, y esto me da la ventaja de poder deslizar mi pantorrilla sobre la suya ligeramente. Muevo la mano unos centímetros más arriba, lo miro a los ojos durante tres segundos y sonrío, porque si funcionó en un bar, lo más probable es que funcione en el asiento trasero de un coche. Aun así, no estoy muy segura de lo que estoy haciendo, ya que apostaría dinero en Las Vegas a que no me iré a la cama sola esta noche y ya soy demasiado mayor para hacerlo en un asiento trasero mientras alguien conduce el coche. Aunque esta semana esté fingiendo ser otra persona, una chica tiene sus límites.

Jennings acerca su cabeza a la mía y me besa. Con una mano, me agarra de la nuca con firmeza mientras nuestras bocas se rozan suavemente. Con la otra, sube la mía desde su muslo hasta su entrepierna. Me aprieta la mano para hacerme sentir su erección a través de la tela de sus vaqueros.

Gimoteo en una especie de ronroneo gutural y sonrío mientras me besa con los labios curvados, antes de separarse y apoyar su frente contra la mía.

—Más tarde —promete con una sonrisa maliciosa y voz suave.

Entonces, cuando el automóvil se detiene en señal de que ya hemos llegado a nuestro destino, abre la puerta. Dejo escapar un suspiro para calmarme porque ha logrado excitarme en un nanosegundo a pesar de que era yo la que trataba de seducirlo a él. Por así decirlo, me ha restregado por la cara lo bien que se le da, ¿no?

Mi puerta se abre y Jennings me ofrece la mano para ayudarme a salir.  
Qué caballero. Un obsceno y lascivo caballero.



## Capítulo 20

### Jennings

—¿Dónde estamos? —Ha aceptado mi mano para bajar del coche y, una vez en el exterior, se ha quedado observando el edificio situado frente a nosotros. Durante el trayecto, no se ha percatado del viñedo porque estaba ocupada tratando de seducirme.

Esta chica es un enigma. Rebosa pasión pero es tan ingenua que no sabe explotarla. Es una mezcla de dulzura y descarado que me provoca una erección instantánea. En su rostro se lee claramente lo que piensa, algo que me parece mucho más cautivador. No me canso de ella. Me fascina cuando me mira y pone los ojos en blanco cuando digo algo que le molesta, la manera en que se muerde el labio inferior y aparta la mirada mientras piensa cuánto está dispuesta a decirme, cómo arruga la nariz y entrecierra los ojos cuando me paso de la raya y el modo en que se le dilatan las pupilas cuando le susurro algo inesperadamente lascivo al oído.

Dios, podría correrme solo con su olor, la suavidad de su piel, su cabello sedoso y la curva de su trasero y sus magníficos pechos.

Estoy jodido.

—El viñedo de la zona —contesto—. Tienen un restaurante francés. Dicen que es bonito.

Se gira dibujando un pequeño círculo mientras echa un vistazo a su alrededor. Nos han dejado en la entrada del lugar, un edificio con encanto que parece una casa escondida en la campiña. El viñedo se extiende frente a

nosotros, filas y filas de emparrados cubiertos de vides salpicados por un gran número de árboles y cielo abierto.

—Guau, veo que lo das todo en las primeras citas —dice Daisy cuando acaba de mirar a su alrededor y se gira hacia mí—. Estoy impresionada —continúa, y me pregunto qué expresión tendría si la hubiera llevado a un viñedo francés, o a uno español. O, mejor todavía, a un remoto viñedo italiano en la campiña, con piscina y personal que se marchara durante el día. Nos dedicaríamos a comer, follar y tendernos desnudos bajo el sol. Exprimiría por su piel las mejores uvas que el dinero pueda comprar y lamería gota a gota su jugo con la lengua.

—No te lo creas demasiado. Todavía podría pedirte que pagáramos a medias —comento de forma socarrona.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe. No recuerdo la última vez que disfruté tanto con alguien.

—Nunca he probado la comida francesa —admite cuando estamos en el interior y sentados a la mesa. Da unos toquecitos con los dedos en el lateral de la carta mientras baraja las opciones con el ceño fruncido.

—¿No? Si no te gusta podemos pararnos en el «Ay ho» de camino al hotel.

Me mira y sonrío de forma burlona.

—Se te da muy bien escuchar, Jennings.

—También aprendo rápido. Ya conozco tres formas distintas para que te corras en menos de diez minutos.

—Dios mío. —Abre mucho los ojos y se sonroja. ¿Podría dirigir una empresa internacional de viajes desde Naperville, Illinois? O, joder, tal vez puedo jubilarme a los treinta y seis y dedicarme profesionalmente a encontrar el resto de formas en que Daisy llega al orgasmo.

¿Cómo demonios era mi vida antes de conocer a esta mujer? Casi no lo recuerdo.

El camarero toma nota de las bebidas. Pido un Manhattan, mientras que Daisy pide uno de los Rieslings hechos en la bodega del establecimiento. Examina el interior del restaurante, dirige la vista brevemente al techo de vigas de madera, las sillas revestidas de toile de Jouy francés y las lámparas de araña suspendidas cuyos cables cuelgan de unos ganchos que hay en el techo. No pronuncia palabra hasta que llegan las bebidas.

Al tomar un sorbo de vino, abre mucho los ojos de placer.

—Guau. Sabe tan bien que podría bebérmelo de un trago.

Dios bendito.

No acaba de decir eso. Gruño y niego con la cabeza para dejar de imaginármela de rodillas, *tragándosela*.

—¿Comes en restaurantes como este a menudo? —dice de forma despreocupada, pero su cara la delata. La pregunta subyacente se refleja en sus ojos mientras da otro sorbo.

—De vez en cuando —contesto. Qué respuesta tan detallada, Jennings.

Examina el mantel situado frente a ella mientras espero. Los manteles son de un color azul oscuro, a juego con el estampado de las sillas.

—¿A qué te dedicas exactamente?

He aquí la pregunta que sabía que formularía. Debería decírselo ya. Pero... algo me frena. He llegado demasiado lejos con esta mentira por omisión y ahora no parece ser el momento adecuado. Además, necesito investigarla un poco antes de mostrar todas mis cartas. Hay algo que me oculta y no creo que comentarle que soy el jefe del jefe de su jefe vaya a hacer que se sincere. Más bien lo contrario. De hecho, creo que saldría corriendo.

—Trabajo en el departamento de operaciones de una empresa con sede en Londres.

—¿Qué significa eso? —Me observa desde el otro lado de la mesa con expresión curiosa y relajada.

Maldita sea su curiosidad.

—Básicamente, se trata de analizar estrategias y procedimientos. Garantizar eficiencia, minimizar recursos, estimar tendencias, etc., etc. — Suelto un montón de sandeces y espero que haya sido una respuesta lo bastante aburrida como para evitar cualquier pregunta adicional.

—Espera un momento —dice lentamente con los ojos entrecerrados—. Creo que te he descubierto.

Mierda.

—¿En serio?

Tomo un sorbo de mi copa y finjo indiferencia.

—*Sip*. No me puedes engañar. —Da golpecitos con el vaso de agua en el

mantel mientras habla y me pregunto si va a tirármelo a la cara.

Al menos no tiene el cuchillo de mantequilla en la mano. Todavía.

Joder. Debería habérselo contado antes. Pero no he mentido, ¿no? Una omisión no es exactamente una mentira. Tomo una nota mental para no decir eso en voz alta. Dudo que ganara algún punto con ello.

—Tú —dice, señalándome con el dedo y una expresión severa—, tienes trabajo.

—Correcto. Y no vivo con mi madre. Lo dejamos claro cuando accediste a seguir acostándote conmigo. —Le guiño el ojo con la esperanza de haber terminado esta conversación.

—Lo que quiero decir es que tienes un buen trabajo. —Ladea la cabeza y me examina como si se le estuviera ocurriendo algo—. Y tienes tu propia casa. Hasta las casas en los distritos chungos de Londres son exageradamente caras.

—¿Chungos? —Me río de ella. Su expresión es tan seria que parece que esté a punto de ganar un juego de pistas—. Los estadounidenses no utilizan la palabra «chungo» para describir barrios.

—Ya te dije que tengo un fetiche por lo *anglo*. Deja de distraerme. —Endereza los cubiertos y echo un vistazo al cuchillo—. No creo que tu abuela te haya pagado el viaje.

—¿No?

—No. Creo que tú se lo has pagado a ella. ¿Estoy en lo cierto? —Se vuelve a sentar en la silla con la seguridad de que ha resuelto el rompecabezas de mi vida—. Me dejaste pensar que eras el señor Viva la vida, pero lo tienes todo muy bien organizado, ¿no?

No, todo no. Pero sonrío y le explico que es una tradición familiar llevar a la abuela de vacaciones por turnos. Entonces, llega el camarero con los entrantes y doy gracias al cielo por la interrupción.

Esta mentira tiene los días contados. Normalmente, me las arreglo bien para permanecer relativamente en el anonimato, ya que a nadie le importa quién dirige un conglomerado de empresas de viajes y no me apellido Sutton, pero tampoco es imposible descubrirlo.

La página web de la empresa es poco más que una sofisticada página de aterrizaje para dirigir a los usuarios a cada compañía. La sección «acerca de» de la página solo hace una breve mención sobre que la corporación es de

gestión familiar, pero no se dan nombres, solo un apunte de cuatro generaciones de servicio. Al ser una empleada, eso lo tiene que saber, pero mi apellido no está en su nómina. Hay que profundizar mucho para encontrarme y dudo que un empleado de un departamento se moleste en hacerlo.

Necesito ser claro con ella.

—Yo también creo que te he descubierto.

Nos han traído una tabla de quesos. Daisy se detiene antes de untar mermelada de frambuesa en una pequeña tostada crujiente y pestañea dos veces.

—¿Sí?

—Creo... —Hago una pausa para dejar que se palpe la tensión mientras una mirada de inquietud brilla en sus ojos—. Creo que eres como yo.

Coloca la tostada en el plato de pan y se inclina unos centímetros antes de hablar.

—Yo pienso que soy adicta a tener sexo contigo —susurra sin un ápice de tono seductor por su parte. Lo comenta como si simplemente fuera algo que la confunde un poco—. Es muy bueno, ¿verdad? Seguro que tengo menos experiencia que tú, así que tal vez simplemente es que soy novata. O tal vez necesito practicar más. O puede que seas tú, que eres muy bueno en la cama y para ti es así con todas. ¿Siempre es igual para ti? Tal vez tú eres el denominador común.

Qué inocente es esta chica. No lo ha dicho con intención de juzgar, sino desde la curiosidad. Y eso es entrañable y erótico al mismo tiempo y muy típico de Daisy.

—¿Cómo se supone que tengo que comerme esto? —pregunta, señalando la tabla de quesos—. No sé lo que estoy haciendo.

—Extiende el suave queso en la tostada y cómetela con las manos.

Hace lo que le digo, se mete la comida en la boca y, cuando el sabor le explota en la lengua, emite un suave ronroneo. Mi pene responde como si acabara de metérselo en la boca.

—Esto es divertido —dice mientras se mueve levemente en el asiento—. Eres divertido, Jennings.

¿Divertido? ¿Cuándo fue la última vez que alguien me acusó de ser

divertido?

—Entonces, ¿siempre te parece bueno? Hablo del sexo, no del queso. El queso siempre está bueno, ¿verdad? No hay nada como disfrutar de un romance con queso mientras se funde en la boca. —Está balbuceando y agarra la copa de vino antes de añadir—: Sí, queso. —Entonces, toma un largo sorbo y aparta la mirada.

Dios mío, no sabe seducir.

Me froto la mandíbula mientras pienso qué decir a continuación. Tengo que andar con pies de plomo porque, sin quererlo, podría decir algo que me llevase a acostarme solo esta noche. Lo último que necesito es que piense en otra mujer que no sea ella.

—Daisy —digo suavemente mientras espero que vuelva a mirarme—. Eres la más divertida con la que he estado.

Agacha la cabeza y sonrío. Al pillar el doble sentido de la frase, se sonroja.

—La diversión nunca ha sido mi fuerte.

—¿Por qué? —pregunto, cuando lo que quiero decir es: *bien*.

Se encoge de hombros y empieza a prepararse otra tostada.

—Me he centrado en mi carrera. He perdido el tiempo con los tíos equivocados. Ya sabes, lo típico.

—Háblame del chico.

—¿Cuál?

—El que te llevó a elegir a un extraño en el bar de un hotel. —*El idiota que te guio hasta mí*.

Hace un leve movimiento de nariz mientras piensa en lo poco o mucho que quiere compartir. Por mi parte, me centro en no pedir la cuenta y sacarla a rastras de aquí como un cavernícola para sacarle las respuestas con sexo.

—Está relacionado de alguna forma con mi antiguo trabajo.

Maldita sea. Creo que no me gusta el cariz que está tomando esta conversación.

—¿El trabajo de diseño? ¿Dónde trabajaste antes de Sutton Travel?

—Exacto. —Se mueve inquieta en el asiento—. Hace mucho tiempo.

Me pregunto qué significa «mucho tiempo» para una chica de veintiséis años.

—Entonces, ¿qué pasó? —pregunto.

—Me da vergüenza —dice mientras examina las migajas de su plato.

—¿Y eso? ¿Erais compañeros de trabajo? ¿Salías con el jefe?

Joder, ninguna de esas opciones me gusta. No es de extrañar que se pusiera quisquillosa con la política de empresa.

—Sí, éramos compañeros de trabajo. —Se detiene—. Y su padre era el dueño de la empresa.

Joder.

—Sueno como una desvergonzada cuando lo cuento, ¿no? Te prometo que no tuve ningún trato especial. ¡Ninguno! —El viejo dolor se refleja en su mirada y deseo poder borrarlo—. No fue así para nada. En absoluto —repite.

—Por supuesto que no.

—De hecho, fue una desventaja. No me esforzaba lo bastante para conseguir los proyectos que me interesaban porque no quería que nadie pensara que los obtenía por favoritismo.

—Lo entiendo —contesto, y lo entiendo de verdad. Comprendo el conflicto, aunque no sé por qué se frenaba. Si trabajas en un negocio de gestión familiar, sabes que te van a vigilar más que a nadie. Sabes que tienes que trabajar el doble de duro para probarte a ti mismo que eres digno de los ascensos que te has ganado, aunque sepas que los vas a obtener debido a tu condición.

—Luego vendieron la empresa y despidieron a la mayoría del personal, yo incluida. Reubicaron a Mark en la nueva empresa, así que perdí el trabajo, el novio y la casa en la misma semana.

—¿Vivíais juntos? —Odio esa idea.

—No. —Niega con la cabeza—. No. Había iniciado los trámites para comprarme una casa, pero no pudo ser al quedarme en paro. Los bancos te miran con mala cara si no tienes trabajo.

Maldito gilipollas.

—Nunca más, ¿sabes? Nunca debería haber salido con él. ¿Qué es lo que se dice? «¿No mezcles negocios y placer?». Sí, nunca más.

—Prefiero el dicho de «nunca digas de esta agua no beberé».

—¿Sí? ¿Por qué?

«Porque ahora mismo tienes algo con un compañero de trabajo y todavía

no lo sabes. Porque no quiero alejarme de ti cuando termine la semana y necesito que me perdones por no decírtelo antes».

El camarero llega con los platos principales y aprovecho para evitar la pregunta. Cuando se va, Daisy continúa.

—Si no hubiera mezclado el trabajo con la vida personal, no lo habría perdido todo al mismo tiempo —dice.

—A veces un revulsivo es justo lo que necesitas —argumento.

Frunce el ceño cuando digo eso y me doy cuenta de que puede que haya exagerado.

—¿Consideraste la opción de marcharte con él? —Demonios, ahí voy de nuevo. Haciéndole preguntas fuera de contexto, porque lo que quiero saber es: «¿Es Naperville, en Illinois, una frontera infranqueable para ti?».

Parpadea varias veces y pincha su comida.

—No sé —dice al fin—. Porque no me lo pidió, aunque pensando ahora, diría que no, no me habría ido. Sabiendo lo que sé ahora, diría que ni de coña. Pero realmente no lo sé, ¿no? Él no compartió ninguno de sus planes conmigo —continúa—. No esperaba que me dijera que habían vendido la empresa. Sinceramente, no lo esperaba, pero podría haber encontrado una forma de decirme algo. Podría haberme dicho que estaba pensando en trasladarse, que lo habían contratado en otra empresa. Podría haberme dicho muchas cosas, pero no lo hizo. El fin de semana que pensé que se había ido a jugar al golf con sus amigos estaba en California firmando un contrato de alquiler de un apartamento. Solo dijo mentiras y medias verdades.

—Obviamente es idiota y sospecho que también es horrible en la cama.

Sonríe. La sonrisa le ilumina el rostro y el atisbo de tristeza de su mirada desaparece.

—Ni de lejos tan divertido como tú —dice. Entonces, se ríe, deleitada por su sensual juego de palabras, y yo aprovecho para añadir esta expresión de su rostro a las otras de las que no me canso.



# Capítulo 21

## Jennings

—¿Y qué hay de ti? —pregunta Daisy—. Yo te he contado mi historia, ahora te toca a ti. Dime algo embarazoso.

—No creo que esas sean las reglas del juego, cielo, pero si luego quieres jugar a algo pervertido estoy más que dispuesto. —Literalmente—. Tú no me has contado nada embarazoso. Me has hablado de un idiota con el que salías. Una historia embarazosa sería algo así como que te pillen bañándote desnudo en la adolescencia o ir al baño del sexo opuesto en primaria.

—¿Te ha pasado algo de eso? —Tiene los ojos como platos y está levemente inclinada hacia delante, ansiosa por escuchar las mortificantes historias de mi juventud.

—Puede.

—Cuéntame —dice mientras vuelve a apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

Ha pedido *risotto* y mientras se lleva el tenedor a la boca, deja caer los hombros y cierra los ojos de placer. Cuando los vuelve a abrir, levanta la ceja para instarme a que empiece a hablar.

—Comenzaré yo, dado que tu confesión no cuenta. —La observo con una expresión de seriedad fingida—. Y porque soy un caballero. —Pincho con el tenedor una verdura de mi plato mientras pienso en algo embarazoso que pueda compartir—. Una vez, cuando estaba en primaria, llamé a una maestra «mamá» de forma accidental. Se burlaron de mí sin piedad durante el resto

del curso.

—En tercero de primaria, vomité en el autobús. Encima del que era mi primer amor. Nunca volvió a dirigirme la palabra.

—En el instituto, pronuncié la palabra «orgasmo» en vez de «organismo» en una exposición oral en clase.

—Una vez le envié por error a mi consejero de campamento un mensaje de texto con la frase «te quiero» en lugar de a mi madre.

—En el instituto, el director me pilló nadando desnudo con Melissa Peterson en la piscina del centro. Era su padre.

Se me queda mirando con los labios fruncidos en una mueca lateral mientras da toquecitos al mantel. Creo que está intentando recordar algo más embarazoso, así que espero pacientemente.

—Cuando era niña, salí de la bañera y crucé la casa gritando «nena desnuda y con frío» mientras que mi madre iba corriendo tras de mí con una toalla.

—No me lo creo.

—Sí. Te lo prometo.

—Eso casi no cuenta, eras una renacuaja.

—Lo seguí haciendo hasta segundo de primaria.

Nos miramos en silencio antes de estallar en risas.

—No tengo ni idea de por qué lo hacía —dice riéndose con nerviosismo—. Pero en aquella época, parecía una parte muy necesaria del baño.

—Te llevaré a una playa donde se pueda hacer *topless* si estás tan ansiosa.

—¡No! ¡Ni de coña! Nunca.

—¿Ya has superado tu etapa exhibicionista?

—Sí. Definitivamente.

—Cuéntame algo más reciente. Tal vez una situación incómoda de la universidad.

—En el primer año —dice sin perder tiempo. Coge la copa de vino y toma un trago, como si necesitara coger fuerzas para contar esta historia. Por mi parte, ya estoy tratando de no sonreír—. Casi dejo la universidad por esto, me sentí muy mortificada.

—Cuenta. —Cuando el rubor le empieza a subir por las mejillas, me

siento cautivado.

—Por la tarde, tenía una clase en el campus. No tenía prisa porque era la típica empollona que siempre llegaba diez minutos antes y se sentaba en la primera fila. —Niega con la cabeza y pone los ojos en blanco. Inmediatamente, me imagino a una Daisy remilgada y formal de unos dieciocho años, con gafas y una descarada coleta. Es una imagen que me gusta mucho—. Pero ese día había nevado, así que salí antes de lo normal.

—Te tomaste en serio lo de ser empollona.

—Mucho. —Asiente con la cabeza—. Entonces, salí de la residencia a mediodía. A esa hora hay niños por todos lados. —Dibuja un semicírculo con la mano para dar énfasis a sus últimas palabras—. Tras unos metros, decidí coger un atajo atravesando el césped porque me encanta escuchar el crujir del césped helado al caminar. —Cierra los ojos y suspira. A continuación, niega con la cabeza ligeramente para coger impulso antes de abrir los ojos y proseguir—. Y ahí fue cuando me caí de culo, ¡pumba! Frente a un montón de niños. —Vuelve a negar con la cabeza—. Lo sé, lo sé. Antes de que digas nada, sé que la gente se cae constantemente, bla, bla, bla. —Exhala y toma otro sorbo de vino—. Pero hay más.

—Vale. —Sonríe encantado porque ahora no puede ni mirarme a los ojos.

—Cuando estoy en el suelo, escucho un desgarró.

Me río y entonces me mira.

—Se pone peor. Un chico superguapo de la residencia se detuvo para ayudarme a levantarme, pero no quise que lo hiciera porque sospechaba que se me veía el culo, así que traté de hacerle gestos para que se fuera, pero él pensó que le estaba ofreciendo una mano para que me ayudara a ponerme en pie. Cuando lo estuve, me toqué el culo para comprobar los daños y creí que parecía que me estaba limpiando los pantalones, pero él pensó que estaba herida, por lo que me preguntó si estaba bien y se puso a mirarme el culo. Literalmente, porque era el primer año de carrera. El año en el que decidí reafirmar mi nueva independencia usando tanga.

—Eso es bastante malo —afirmo mientras asiento en señal de comprensión.

—No lo volví a mirar durante el resto del semestre.

—Pero ¿llegaste a tiempo a clase? —pregunto con rostro serio, pero se me escapa la risa.

—Ja, ja —dice bruscamente y aparta la mirada rápidamente, pero un instante más tarde murmura—: Sí.

—¿Fuiste a clase después de eso? Eras una empollona en toda regla.

—Sí. Lo peor de todo es que llevaba las botas para la nieve, pero no evitaron que me cayera de culo.

—Menudo desastre, ¿no?

—*Sip.*

—¿Echaste algún polvo durante tu etapa universitaria?

—No hasta el tercer año de carrera.

Me río a carcajadas. Qué tía.

—Todavía estoy traumatizada por el sonido de los vaqueros al rasgarse.

—Me lo imagino, cielo. Me lo imagino.

## Capítulo 22

### Violet

De regreso al hotel, la tensión sexual en el asiento trasero del coche es notable. Al menos, en lo que se refiere a mí, pero estoy segura de que él también la siente. Es como si hubiera una atracción magnética entre ambos. Jennings me pasa el brazo por encima del hombro y con un dedo roza la curva externa de mi pecho, mientras yo le acaricio lentamente el muslo. Los suaves besos no dejan lugar a dudas de cómo va a terminar la noche.

El coche (un servicio de automóviles, no un Uber, me di cuenta cuando el mismo SUV nos esperaba después de la cena) nos deja en la puerta principal del hotel. Jennings me coge de la mano para entrar y las puertas se activan cuando perciben movimiento y se cierran rápidamente tras nosotros. Nos dirigimos a los ascensores en silencio, con las manos entrelazadas, e imagino que parecemos una pareja feliz en vez de una que se acaba de conocer. Me siento cómoda con él.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, se detiene, se gira hacia mí, se inclina y me besa. Sus labios presionan suavemente los míos. Me acaricia el cuello con una mano y apoya la otra en mi cadera. A continuación, me muerde el labio inferior antes de romper el beso y dar medio paso atrás, mientras se pasa una mano por la barbilla y la boca.

—Buenas noches —dice con una chispa de excitación en los ojos. Entonces, se da la vuelta y comienza a caminar hacia los ascensores.

¿Qué diantres hace?

—¿A dónde vas? —le grito en un susurro (porque es tarde y estamos en un hotel familiar) mientras se bate en retirada.

Se detiene, se gira, pero no regresa. Un metro de distancia nos separa cuando deberíamos estar desnudos, sin nada más entre ambos que la fina capa de látex alrededor de su pene.

—A mi habitación. —Señala con el pulgar sobre el hombro en dirección a los ascensores—. Esto ha sido una primera cita. Y, como corresponde, te he acompañado a tu puerta, te he besado y te he dado las buenas noches.

—¿Me estás tomando el pelo?

Estoy segura de que la mandíbula me llega al suelo.

—¿No? —Levanta una ceja desafiante—. Supuse que entrar estaba descartado en la primera cita. Creo recordar que lo mencionaste en la ristra de normas sobre la primera cita.

—Eso es para tíos normales. Tú no eres normal.

—Entonces, ¿soy especial? ¿O raro? —Se muerde el labio inferior y ladea la cabeza. Tampoco se me escapa la sonrisa burlona que aparece en su rostro.

—¿Pretendes que te suplique? Además, eran directrices, no normas —añado mientras me enderezo y levanto la barbilla en gesto desafiante, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ah, directrices. Entonces, ¿son opcionales?

—Son directrices, vaya, a modo de guía. Como una sugerencia, no una norma.

—Ahh. Ya veo. —Asiente con la cabeza, pero sigue sin moverse—. Ahora que lo mencionas, me gusta bastante la idea de que me supliques, cielo. —Da un paso hacia mí y se detiene—. Invítame a entrar.

Se está haciendo el duro.

—¿Te gustaría entrar? —Las palabras salen más suaves de lo que pretendía, más seductoras, lo que provoca que me sonroje por el doble sentido. Me doy toquecitos en la frente con la tarjeta magnética que tengo en la mano con un leve gemido.

Jennings sonrío, me observa con una mirada cargada de entusiasmo, da un paso delante y coge la llave de mi mano.

—Desnúdate —ordena en cuanto se cierra la puerta tras nosotros.

—¿Así, sin más?

—Puedo hacerlo yo si lo prefieres.

—De acuerdo. —Me encojo de hombros—. Hazlo.

Se detiene. Por un instante, parece sorprendido. A continuación, dibuja una lenta sonrisa. Deja de desabrocharse la camisa y me mira a los ojos. Creo que me está robando el truco de mirar fijamente durante tres segundos y, déjame decirte, que es muy, pero que muy efectivo cuando eres la receptora. Se me corta la respiración y siento que estoy a punto de ponerme a temblar cuando reduce la distancia que nos separa y se detiene. Recorre mi clavícula con un solo dedo, pero lo siento por todas partes. Se me acelera el pulso, se me endurecen los pezones y estoy tan húmeda que podría follarme ahora mismo con facilidad.

—No dejas de sorprenderme, cielo.

—¿Yo?

—Sí, tú. —Sustituye el dedo por los labios y me estremezco. Entonces, pasa al lóbulo de la oreja y lo muerde con los dientes antes de quitarme los pendientes, primero el de una oreja y después el de la otra. No sabría decir por qué eso me parece erótico, pero el suave tacto de sus dedos mientras libera los aros de mis orejas consigue ese efecto.

—Me gusta. —Me detengo por un instante sin saber si decirlo en voz alta—. Me gusta cuando llevas la iniciativa. Cuando te pones algo mandón. — Por el simple hecho de escucharme decir esto, siento que el calor inunda mi centro. Me muevo nerviosamente tanto de alivio como de incomodidad. ¿Es raro admitirlo?

—Lo sé —contesta en tono divertido, por lo que lo miro juguetona.

Me guiña un ojo.

Santo cielo, eso me excita.

—¿Sería vergonzoso correrme antes de estar desnuda?

Porque es una gran posibilidad.

—No, para ti no. Aunque lo sería si yo me corriese antes de que estuvieras desnuda, ¿no?

—Sí. Por cierto, lo siento por ti.

—¿Por qué lo dices? —pregunta mientras roza el dobladillo de mi vestido con la mano y me acaricia con los dedos la parte exterior del muslo.

—Siento que solo puedas correrme una vez mientras que yo lo hago varias.

No es nada justo, ¿no? No sabía que eso fuera posible. Es decir, sabía que algunas mujeres lo conseguían, como las actrices porno y las fogosas que tienen ese don, o simplemente, suerte, pero no sabía que yo podía hacerlo. —«Dios mío, deja de hablar».

No le veo el rostro, pero oigo su suave risa en mi oído y siento su cálido aliento contra el cuello.

—Me alegra proporcionarte nuevas experiencias. —Besa el lugar donde el cuello y el hombro se unen y me estremezco—. Date la vuelta.

Me giro de cara a la ventana; cuenta con un visillo que ofrece privacidad, pero la cortina opaca está abierta, por lo que las luces del aparcamiento penetran en la habitación.

Jennings me baja la cremallera del vestido con un movimiento sensual y lento por la espalda. Centímetro a centímetro, de forma pausada. Soy muy consciente de que está detrás de mí. El descenso de la cremallera y el calor de su cuerpo me están volviendo loca lentamente.

Entonces, desliza la tela por mis hombros y resbala por los brazos y las caderas hasta caer al suelo. Jennings se agacha detrás de mí y me ordena que dé un paso al frente antes de levantarse con el vestido en la mano. Emite un susurro casi imperceptible cuando aterriza en el vestidor. A continuación, Jennings regresa, me recoge el cabello, lo coloca sobre un hombro y roza el otro con sus labios.

El broche del sujetador cede bajo sus dedos y cae rápidamente encima del vestido, todo ello sin apartar la boca de mi cuello. Siento su pecho contra mi espalda mientras me pellizca un pezón. Jadeo y dejo caer la cabeza hacia delante para observar cómo ahueca la mano en mi pecho y retuerce el pezón entre sus dedos. Con la otra mano, me agarra con firmeza el vientre y me pega a él. Noto los botones de su camisa en la espalda y, para asegurarme de que está tan afectado como yo, froto el trasero contra él.

Entonces, mete la mano por la parte delantera de mis bragas y jadeo. No lo esperaba y, al sentir el simple roce de sus dedos sobre mi piel, le envío una plegaria silenciosa para que me ofrezca el alivio que ansío.

—Me encanta lo húmeda que estás para mí —murmura en mi oído mientras desliza los dedos por mi hendidura y arrastra la humedad hacia el clítoris.

Parece un poco obsceno observar su mano por debajo de mi ropa interior.



De alguna forma es más erótico que si estuviera desnuda. No logro apartar la vista de ese pulgar por encima de la cinturilla mientras hunde los dedos más abajo.

Froto el trasero, esta vez más fuerte, contra su erección y me recompensa agarrándome más fuerte, pegándome más a él. Como resultado, consigo una mayor fricción en el lugar exacto donde la necesito y muevo las caderas contra su mano todo lo que puedo porque quiero más. Más presión, más contacto, más Jennings.

Siento su erección contra mi trasero. Me imagino su miembro luchando contra los calzoncillos, ansioso por estar en mi interior, y emito algo parecido a un gemido. Estoy muy cerca de la liberación.

Desliza dos dedos en mi interior y me muerdo el labio. Muy cerca.

—Eres bastante autoritaria para ser la mujer que me acaba de decir que le gusta ceder el mando.

Sonrío, sé que no puede verlo.

—Lo sé. Lo que ocurre es que soy muy fan de tu mano.

—Ya veo. Estás montándola de forma tan descarada que mi polla se está poniendo celosa. —Vuelve a pellizcarme el pezón y me contraigo bajo sus dedos—. Tengo la mano empapada, cielo. Tendré que chuparme los dedos para limpiarlos cuando hayamos terminado.

—Jennings. —Exhalo su nombre deprisa. Tenso los muslos y la presión crece hasta el punto en que no puedo pensar en nada. Me siento muy desinhibida con él, como si lo único que importara fuera disfrutar el uno del otro. Nunca me había puesto tan increíblemente cachonda.

Con la cabeza todavía inclinada hacia delante, sigo observando el movimiento que hace con su mano en lo más profundo de mí. Veo cómo desliza el pulgar por debajo de la cinturilla de las braguitas y ejerce una ligera presión contra el clítoris mientras curva los dedos en mi interior y me muerde el lóbulo de la oreja con los dientes. Todo ello hace que explote en mil pedazos.

Estaría en el suelo si no fuera porque Jennings me sostiene con fuerza contra él, ya que las piernas no me responden. Me sujeta con un brazo por la cintura para que no me caiga y, al mismo tiempo, me lleva a un orgasmo tan largo que no imaginaba que fuera posible.

Cuando las oleadas de placer remiten, trato de apoyarme sobre las piernas

antes de dar un traspie, debido a la embriaguez orgásmica, y me libero de su agarre mientras me giro hacia él.

—Santo cielo, ¿todavía estás totalmente vestido? —Parpadeo varias veces tratando de recordar cómo hemos llegado aquí—. ¿Cómo es posible que acabe de tener este extraordinario orgasmo si solo estoy desnuda yo?

—Ahora puedes quitarte las braguitas.

Me mira fijamente a los ojos mientras se desabrocha la camisa sin pausa pero sin prisa.

Está bien. Ni siquiera yo estoy completamente desnuda. Engancho los pulgares en la tela y la deslizo por las caderas hasta que caen al suelo.

—Pásamelas —ordena.

Las cojo del suelo y me sonrojo mientras se las doy, algo ridículo después de lo que me acaba de hacer. Pero es un poco mortificante pasarle unas bragas que, gracias a él, están muy mojadas.

—Tumbate en la cama —dice al mismo tiempo que libera el último botón de su camisa. Le hago caso mientras observo el movimiento de sus manos en su cinturón. ¿Qué tiene observar a un hombre quitarse el cinturón que es tan excitante?

—Boca abajo.

Eso no me lo esperaba. Parpadeo un momento mientras observo al cuero liberarse de la hebilla y, lentamente, me doy la vuelta con los brazos flexionados a los lados.

—Con el culo en pompa.

Oh, mierda. Vale. Me pregunto si tendré el culo tan rojo como la cara. ¿Es eso posible? Estoy tan excitada ahora mismo que siento que podría sonrojarme por todos lados. Subo las rodillas y me apoyo en los codos para que el culo esté más alto que la cabeza, suponiendo que se refiere a eso, ya que sus instrucciones han sido bastante limitadas.

Entonces, espero.

El susurro que produce al despojarse de los pantalones y el sutil golpe sordo de la hebilla del cinturón al caer al suelo me bastan para adivinar dónde se encuentra mientras se desviste. A continuación, noto sus manos en mis caderas y tira de mí hasta que tengo las rodillas y el culo en el borde de la cama.

En seguida noto la punta de su pene abriéndose paso por mi entrada. Cuando se hunde en mi interior de un solo empujón, agarro las sábanas con fuerza. Jennings gruñe; yo, jadeo, agacho la cabeza y me centro en apoyarme en los brazos para no terminar apoyada en la cara.

Jennings me agarra de las caderas y hunde los dedos en la carne mientras empuja con dureza. Solo se escucha el sonido de la piel contra piel y la respiración agitada. Me encanta ser su objeto de placer. Me rebotan los pechos por la fuerza de sus acometidas y sus testículos chocan contra el clítoris. Está hundido profundamente en mí y esta posición es una gozada.

Necesito verlo ahora.

Necesito ver la expresión de su cara que acompaña al gruñido que deja escapar, su mirada mientras susurra obscenidades sobre mi culo y su mandíbula apretada mientras flexiona mis caderas y me embiste. Necesito guardar su imagen en mi mente para el recuerdo.

Miro por encima del hombro y aunque tengo el cabello por la espalda y por la cara, es suficiente para verlo de forma fugaz.

Jennings clava su mirada en la mía con los ojos entrecerrados y atentos. Tiene la boca levemente abierta y desliza la lengua por el labio inferior mientras lo observo. Inmediatamente, pienso en esa lengua en mi clítoris, lo que hace que me contraiga en torno a su miembro. No puedo creerme que esté tan cerca de tener otro orgasmo. Me giro con un gemido, hundo la frente en la cama, arqueo la espalda y levanto el culo.

Esta postura no dura mucho porque un segundo más tarde, Jennings me tira del pelo, me pone de rodillas frente a él y me roza el cuello con los labios. Antes de que pronuncie las palabras: «¿Querías mirar, cielo?», ya he tenido un fuerte orgasmo alrededor de su polla.

Es demasiado, demasiada estimulación en tan poco tiempo. Podría desmoronarme de placer, no creo que pueda soportarlo, pero Jennings me sostiene contra él y se queda quieto mientras mi sexo se contrae de forma dolorosa a su alrededor. Dejo caer la cabeza en su hombro y trato de empujarlo porque es demasiado; estoy muy sensible, en una caída libre orgásmica.

Cuando me derrumbo, Jennings se desliza fuera de mí y coloca la mano en mi sexo mientras pronuncia suaves palabras casi imperceptibles al oído sobre lo hermosa que soy y lo impresionado que está conmigo. A

continuación, ahueca la mano en mi vagina de forma íntima, pero no erótica. No me frota el clítoris, ni me penetra con los dedos. Simplemente, presiona el pene, todavía erecto, contra mi culo y me acaricia la vagina. Es una sensación cálida, suave y cariñosa.

Me acuesta en la cama, ahora boca arriba, y se apoya en el colchón sobre mí, con un brazo a cada lado de mi cabeza para no aplastarme. Vuelve a hundir el pene en mí como si fuera ahí donde siempre debería estar.

Ahora realiza acometidas lentas, profundas y medidas. Le rodeo el cuello con los brazos y flexiono una pierna hasta apoyar el pie en su trasero. Nos besamos al ritmo de las embestidas, deliberadas pero suaves. Tengo el corazón a mil por hora, pero no es solo por la adrenalina.

—¿Esto es real? —Susurro más para mí misma que para él, pero sus ojos responden a mi pregunta.

Me recorre el rostro con una mirada tierna antes de esbozar un «sí» sobre mis labios. Tiro de él para poder enterrar mi rostro en su cuello y frotar mis pezones contra su pecho. Huele a sexo y a jabón, y puede que a un toque de clavo o nuez moscada (no sabría decir exactamente qué es, pero es algo único de Jennings).

La sensación de su pene, grande y grueso, al deslizarse en mi hendidura es puro éxtasis. Cada penetración me llena de calidez y plenitud y con cada retirada, doy un respingo de caderas en señal de protesta. La intensidad se incrementa con cada empuje, pero esta vez de una forma lenta. Hemos dejado atrás el ritmo frenético para reemplazarlo por una pasión distinta. Una pasión tierna y cariñosa. Lo único que importa somos nosotros, aquí y ahora.

—Qué cita tan increíble —digo con suavidad.

—La mejor de todas —coincide mientras me roza la frente con la suya.

Le paso la mano por la mandíbula y aprovecha para darme un beso en la palma antes de echarme a sus brazos de nuevo y recolocar la pierna con la que lo rodeo. Engancha un brazo en una de mis corvas y empuja profundamente. Cuando me penetra, grito su nombre mientras alcanzo otro orgasmo. Su pene palpita al unirse a mí y me embiste dos veces más antes de permanecer inmóvil en mi interior.

Nos hace rodar hasta que soy yo la que está encima. Todavía lo tengo dentro de mí mientras nuestro ritmo cardíaco disminuye.

—No puedo moverme —digo, aunque soy la que está arriba.

Estoy tumbada sobre él con todo mi peso ya que siento las extremidades blandas como fideos y tengo la cabeza apoyada sobre su pecho como si fuera una almohada.

Si alguna vez he estado tan saciada como ahora, no lo recuerdo.

Jennings me sostiene la cabeza con las manos delicadamente, me gira para ponerme de espaldas y me da un beso en la frente antes de levantarse. Gruño por el movimiento y gimoteo por la pérdida de su calor corporal.

—No te muevas —dice.

—Acabo de decirte que no puedo, maníaco sexual. —Dejo caer la mano con poco entusiasmo en el colchón—. Puede que no me recupere nunca. Probablemente me despidan mañana porque no podré moverme. Señalaré los lugares de interés turístico cuando los pasemos y diré: «Lo siento, amigos, no podemos bajar del autobús porque soy incapaz de caminar debido al maratón sexual que tuve anoche». Seguro que lo entienden.

—No te despedirán —grita de camino al baño. Joder, qué culo más bonito. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Creo que soy tonta del culo. Espera. Eso no ha sonado bien ni en mi cabeza. Su culo, no el mío. No, sigue sin sonar bien.

—Eso no lo sabes. Todavía podría joder este viaje.

«No tienes ni idea de lo cierto que es».

—Intercederé por ti. —Su voz resuena desde el baño. La puerta está abierta y corre el agua, pero no puedo verlo desde la cama.

—¿Cómo? Tú eres el que me distrae. Dudo que tuvieras voz ni voto. — Hombres. Siempre piensan que pueden solucionarlo todo.

El agua deja de correr y Jennings sale del baño. Desde este ángulo, la vista también es buena, que Dios me ayude. Cuando lo miro, se me corta la respiración. Es todo un hombre (sé que suena estúpido, claro que es un hombre). Pero no es un hombre cualquiera, es más bien como: santo cielo, ¡qué hombre! Tiene un físico inmejorable, alto, con un abdomen esculpido y una mandíbula fuerte. Se le marcan las venas de una forma muy *sexy*, ¡por Dios! Las del dorso de la mano me vuelven loca. La forma en que trepan por sus brazos es perfecta. ¿Y la vena larga que le recorre el pene? Soy muy fan de esa. Muy, muy fan.

Cuando se acerca a la cama, me doy cuenta de que lleva una toalla en la mano. La levanta, ¿va a...?

Sí.

—Dios mío.

Me tapo la cara con las manos y trato de cerrar las piernas mientras desciende la toalla hasta mi sexo desnudo. Está mojada y caliente (y, madre mía, yo también) y esto es muy, pero que muy embarazoso. Jennings no parece tener ningún reparo en limpiarme. Es más, con la otra mano me empuja la rodilla para abrirme las piernas mientras yo chilló tapándome la cara.

—Has dicho que estabas demasiado cansada como para levantarte.

—Esto es muy obsceno.

—¿Esto es obsceno? —dice entre risas—. Correrme en mi mano ha sido obsceno. Colocarte en la cama con el culo en pompa ha sido obsceno. Follar hasta dejarte tan exhausta como para caminar ha sido obsceno. Esto no es obsceno. Esto es reverenciar tu vagina.

Le echo un vistazo por el espacio entre los dedos.

—¿Reverenciar? ¿En serio?

La presión de su mano a través de la toalla aumenta. La arrastra por la parte interior de un muslo y luego del otro. Me hormiguea la piel a su paso mientras se hunde en mi centro y termina la tarea. Otra vez estoy cachonda y más que nerviosa. Esta es la primera vez que alguien hace eso por mí. Lo máximo que me han hecho hasta ahora es pasarme una toallita de papel.

—Como una experiencia religiosa, cielo.

—¿Con mi vagina?

—Tengo a tu vagina en la más alta estima —dice con expresión seria.

Jadeo y se echa a reír.

Este tío es un gran problema.

## Capítulo 23

### Violet

Los dos siguientes días pasan volando. Me siento en una nube, gracias a la mejor cita (y al mejor sexo) que he tenido en mi vida. Voy dando saltitos, con una sonrisa pintada en la cara, y mi corazón magullado está lleno de esperanza.

Compagino bien el papel de guía turística y la relación con Jennings. De hecho, creo que voy a añadir la multitarea en el apartado de habilidades de mi currículum.

En Williamsburg, mientras que el grupo observa alegremente a los herreros forjar hierro hasta convertirlo en herramientas al estilo tradicional, Jennings me arrastra a un rincón y me besa hasta dejarme sin aliento.

En Jamestown, cuando el grupo hace una excursión a una recreación de las tres naves en las que llegaron a Estados Unidos (a Virginia, en 1607, para ser exactos) los primeros colonos ingleses, Jennings me lleva a una estancia situada más allá de la taquilla, desliza una mano por debajo de mi falda y me provoca un orgasmo, mientras que con la otra mano me tapa la boca con fuerza para evitar que nos descubran.

En Richmond (oh, Richmond. La parada en Richmond es para visitar la iglesia de St. John, el lugar donde se inició la Revolución Americana cuando Patrick Henry pronunció la famosa frase de: «Dadme la libertad o dadme la muerte»), mientras que el grupo disfruta de una excursión guiada a la iglesia y se sienta en los bancos originales (bancos en los que George Washington y

Thomas Jefferson podrían haberse sentado), Jennings y yo estamos en el baño echando un polvo.

No sé si alguna vez podré pensar en Richmond sin sonrojarme.

Pasamos por el Parque Nacional Shenandoah y la cordillera Azul de camino a Gettysburg. Las vistas son espectaculares y el tiempo que paso sentada junto a Jennings charlando sobre todo y nada es, bueno, lo es todo.

En una parada, encontramos un recreativo y le doy una paliza al sky-ball. En otra, me lleva a cenar a un IHOP y lo torturo con mis gemidos al meterme las tortitas en la boca. Se le oscurecen los ojos mientras trato de no reírme con la boca llena.

Intercambiamos historias de nuestra infancia; las mías, editadas con cuidado para no mencionar a Daisy. Le pregunto sobre su vida en Londres y le hago pronunciar palabras que encuentro especialmente atractivas con su acento.

Se preocupa por mis planes. Nunca he estado con un hombre tan interesado en lo que deseo para el futuro. Hasta se ofreció a echar un vistazo a mi currículum (mencionó que se encarga de una parte de la contratación de su empresa y no le importaría revisarlo para darme algunos consejos). Lo único es que él lo llamó CV, así que al principio no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Teniendo en cuenta la conversación que manteníamos en ese momento, supuse que no me estaba ofreciendo un favor sexual, pero tardé un momento en pillarlo.

Obviamente, decliné la oferta. Aunque hubiera podido cambiar rápidamente mi nombre por el de Daisy, habría tenido que añadir Sutton Travel en algún lugar y he estado evitando cualquier respuesta concreta sobre el tiempo que llevo trabajando como guía turística.

Lo importante es que se ha preocupado lo suficiente como para ofrecerse.

Pero aun así todavía no le he dicho que me llamo Violet, y no Daisy. Apenas recuerdo la mentira durante la mayor parte del tiempo. Me siento más yo con él de lo que me he sentido en muchísimo tiempo.

De algún modo, he logrado justificarlo en mi cabeza. Ni siquiera me parece raro que los viajeros me llamen Daisy. He oído el nombre durante toda mi vida. Me han llamado Daisy por equivocación un montón de veces. En la escuela, con los amigos, incluso mis propios padres. Respondo a ese nombre sin pensar, como si fuera el mío. La única persona que sí me importa



que me llame así es Jennings, y la mayor parte del tiempo me dice «cielo». Frente a otros viajeros, me llama Daisy o señorita Hayden. Pero cuando estamos solos, «cielo». Y me convengo a mí misma de que es un tecnicismo sin importancia (como si mi nombre real fuera insignificante). Él está pasando tiempo conmigo, no con Daisy.

Se lo contaré cuando todo esto acabe, si es que lo vuelvo a ver. No hemos hablado del futuro (al menos, de un modo específico). Le he comentado mi experiencia en diseño, procurando ser lo más imprecisa posible en los detalles. He mencionado que estoy buscando trabajo en ese campo y me ha preguntado si estoy dispuesta a trasladarme por trabajo. ¿Trasladarme a Londres? No estoy completamente segura de si eso es lo que preguntaba. Tal vez quería decir si me mudaría a Nueva York, Los Ángeles o Detroit si me ofrecieran el trabajo correcto.

Pero lo preguntó.

Mencionó una reunión que tiene en Nueva York dentro de un par de meses y otra con su primo en Las Vegas. ¿Eran invitaciones? ¿Estaba tanteándome?

Sugirió que podría buscar trabajo en la empresa matriz de Sutton Travel, que está en Londres. De hecho, lo mencionó dos veces. Me recordó lo anglófila que soy (y no creo que me estuviera imaginando la mirada que me dedicó cuando lo dijo, toda una declaración de intenciones sin mediar palabra).

Y...

Lo hice. Solicité un puesto de trabajo en Londres. De hecho, dos. A la mierda, he soñado con vivir en el extranjero durante toda mi vida. Si ahora no es el momento, entonces ¿cuándo? Guardé en un almacén casi todas mis posesiones cuando me mudé con Daisy y, honestamente, ni siquiera echo en falta mis cosas, ni un poquito. Solo son cosas. Podría vender la mayor parte sin pensármelo dos veces. Hacer varias maletas y mudarme a cualquier lugar. ¿Qué necesito, además del portátil, el móvil y algunos objetos personales?

A Jennings.

Necesito a Jennings.

Pero no solo me mudaría por él, también lo haría por mí. Porque, a largo plazo, ¿qué es más importante? ¿Ir a lo seguro o asumir riesgos? No he conseguido nada de lo que esperaba yendo a lo seguro. En todo caso, si me

arrepiento de algo es de las elecciones seguras.

Tanto en el ámbito laboral como en el personal.

Así que, ¿por qué demonios no alcanzar las estrellas? ¿Hacer alguna locura? Algo más disparatado que una aventura de una noche. Algo arriesgado.

A ver cómo evoluciona todo.

Mientras tanto, estoy en el séptimo cielo.

Atolondrada por las posibilidades, optimista por el trabajo y encantada con Jennings.

Aunque lo bueno dura poco.

## Capítulo 24

### Violet

La parada en Gettysburg se desarrolló sin problemas. Recorrimos el campo de batalla donde finalizó la Guerra Civil de los Estados Unidos y el lugar en el que Abraham Lincoln pronunció el famoso discurso de Gettysburg. Por la tarde, el grupo realizó una excursión a pie con el guía local mientras yo me dediqué a devolver las llamadas a la mujer del portal de empleo y a enviar unos cuantos currículums.

Esa noche teníamos otra cena de grupo. Estaban incluidas en el viaje y son divertidas, aunque interminables. Jennings se sentó con su abuela y observaba la mesa que yo compartía con George y una pareja de Canadá. También me guiñaba un ojo cuando nadie miraba.

Luego subimos a su habitación y vimos una película mientras esperábamos a que el servicio de habitaciones trajera el postre. No tengo ni idea de cómo acabó la película, pero seguro que la terminaré de ver algún día en la tele por cable. Vale la pena.

Y, sin apenas darme cuenta, hemos comenzado el último tramo del viaje. Ahora desearía que la semana en la que entré a trancas y barrancas durara solo un poquito más. Echaré de menos este grupo. Es increíble lo rápido que puedes crear vínculos cuando viajas con otras personas. Lo pronto que se intercambian bromas y encuentras excentricidades en personas que se ganan tu cariño. Echaré de menos las paradas de la señora Jarvis para tomar una foto de cada puerta interesante por la que pasamos; que el señor Boero no

pueda marcharse de una parada sin un imán de recuerdo; que la señora Delaine comparta el café de cada parada con el de Tim Hortons y que Isaac (un joven africano que viaja solo) insista en contar al grupo acertijos mientras viajamos de ciudad en ciudad, aunque nunca tienen sentido.

«Una mujer nada por un río lleno de cocodrilos para llegar a una fiesta, pero no muere. ¿Por qué?».

¿Sabes cuál es la respuesta? Porque estaba en la fiesta.

Muy estúpido. Aun así, causó sensación y ahora nunca volveré a verlo. No sé cómo mi hermana puede hacer esto. Soy una persona empática. Me encariño muy pronto con la gente. Ya estoy triste por tener que despedirme de este grupo y todavía no se ha acabado el viaje.

\*\*\*

Nuestra última parada es Filadelfia, algo que me alegra mucho. Fui a la Universidad de Pensilvania y me encanta venir de visita. El mero hecho de volver a la ciudad ya me llena de nostalgia. Ahora que estoy aquí, me arrepiento de no haber quedado para tomar café con mis viejas amigas de la universidad. No he visto a las chicas desde la boda de Chloe, pero estaba tan centrada en interpretar bien el papel de guía turística que ni siquiera se me había ocurrido hasta ahora. Puede que luego envíe un mensaje al grupo para ver si alguien está disponible.

Hemos reservado el alojamiento en un hotel del centro, en el barrio de Society Hill, en una calle arbolada que todavía está pavimentada con ladrillos (es parte del encanto que adoro en una ciudad antigua). El río Delaware está a una calle de distancia y mi antigua residencia, a menos de ocho kilómetros de aquí, justo al otro lado del río Schuylkill. Cuando pienso en ella, recuerdo la ilusión con la que me gradué, cuando se abría ante mí un mundo de posibilidades infinitas y lo único que tenía que hacer era ir a por ellas.

Perdí esa sensación en algún momento de los cuatro años siguientes.

No voy a perderla de nuevo.

Mi intento de volver al ruedo con un desconocido *sexy* se ha convertido en mucho más de lo que esperaba. Más que un impulso, más que una afirmación. En cierto sentido, me ha devuelto a la vida (me ha recordado que lo incierto puede ser excitante). El puro gozo de una pizarra en blanco y

opciones infinitas.

Hoy vamos a realizar una excursión a pie por Filadelfia. Es el último día del viaje y un experto de la zona guiará el paseo. Lo único que tengo que hacer es quedarme detrás y asegurarme de que no se pierde nadie. Mañana, el autobús dará dos viajes al aeropuerto para dejar a los viajeros y se acabó. Si llego al final del día, lo habré conseguido. Y debería ser fácil, ya que conozco Filadelfia. Claro que no solía visitar los lugares históricos mientras estudiaba, pero estoy lo bastante familiarizada con cada una de las paradas de hoy como para responder sin el cuaderno de Daisy cualquier cosa que esperen que conozca de esta ciudad.

Estoy en la recta final.

Voy andando a saltitos cuando llego al vestíbulo a saludar al grupo. Literalmente a saltitos. Lo he conseguido (bueno, casi). Pero hoy será pan comido, así que sí, lo he conseguido.

Excepto una cosa.

Todavía no sé cómo decirle a Jennings que me llamo Violet.

En realidad, es un detalle sin importancia.

Me muerdo el labio y me pregunto si él debería saberlo. «Por supuesto que debería saberlo», me reprendo. Si esto va a continuar (si vamos a continuar), tengo que contárselo todo. Por mucho que sienta que lo que está pasando entre nosotros es real, solo uno de los dos conoce la verdad.

Se lo diré cuando esto acabe. El viaje termina pronto, así que no tiene sentido mencionarlo hoy, ni esta noche.

Mañana. Se lo diré mañana.

Probablemente piense que es gracioso.

Es algo gracioso, ¿no?

Mierda.

—¡Daisy!

Alguien grita el nombre de mi hermana mientras cruzo el vestíbulo. No reconozco la voz, así que me giro y me encuentro a un hombre de unos treinta y pico o cuarenta y pocos años que se me acerca con una amplia sonrisa. Es muy guapo. Jamás lo he visto antes, pero como me está llamando Daisy, doy por hecho que Daisy sí (y me preparo para fingir hasta que averigüe si se conocen). Ruego en silencio que no se «conozcan» de esa

forma.

Lleva un polo con el logo de la excursión a pie que vamos a realizar hoy y me ofrece un pequeño sobre blanco.

—Hola. —Sonríó al chico.

Parece que se llama Gary, según la placa que lleva en la camiseta. Cojo el sobre. El nombre de Daisy está escrito a mano en la parte delantera del sobre con letras grandes en una caligrafía que parece de una niña menor de diez años. La tinta rosa con brillo me ayuda a deducirlo.

—Esto..., gracias —comento. «Por favor, por favor, dime de qué va todo esto», pienso mientras Jennings llega al vestíbulo y se detiene junto a nosotros. Echo un vistazo al sobre y se lo devuelvo a Gary—. Es muy bonito. —Al menos eso creo.

Quizá el chico es un psicópata que le escribe cartas a Daisy con caligrafía infantil. ¿Por qué no me advirtió de un potencial problema con un tal Gary en Filadelfia? Está claro que han trabajado juntos en este viaje; definitivamente, parece conocerla. Aunque a ella nunca se le ha dado bien organizar un buen plan. «Daisy es mi pantera», dice siempre mamá. «Violet, la organizadora».

—De parte de mi hija —dice Gary, y me esfuerzo al máximo para no soltar un suspiro de alivio—. Muchas gracias por ayudarla a hacerse el blog. Me ha dicho que ya tiene más de trescientos seguidores. Está muy emocionada. —Se ríe y niega con la cabeza.

—Oh, ha sido muy amable por... —Estoy a punto de decir «su parte», como en «ha sido muy amable por parte de Daisy ayudar a esta niña». Excepto que ahora yo soy Daisy, así que estaría haciéndome un cumplido a mí misma—. Qué amable por su parte que me escriba una nota de agradecimiento. —Improviso esa respuesta como una profesional. Ha estado cerca. Es hora de terminar con esto antes de que vaya a peor.

—También le han encantado tus consejos sobre fotografía.

—Consejos sobre fotografía —murmura Jennings para sí mismo en voz baja.

—Me ha dicho que la forma en la que se los explicaste, moviéndote por el plano para buscar la variedad y centrándote en los ángulos semisubjetivos, ha cambiado su forma de hacer fotos. Si es que eso significa algo —añade Gary entre risas.

Yo también me echo a reír, aunque de manera falsa.

—Sí, esos son mis mejores consejos.

—Es toda una fan de tu blog.

—¿Tienes un blog? —Jennings parece interesado en ese detalle.

—Esto..., ¡gracias! —Le sonrío a Gary y doy medio paso en dirección al grupo que nos espera en el vestíbulo—. Es un encanto.

No tengo ni idea de si esto es cierto, pero todo el mundo piensa que sus hijos son fantásticos, así que estoy segura de que cualquier cumplido será de su agrado.

—Deberíamos seguir para no retrasarnos —añado señalando con un dedo hacia la puerta—. Gracias por el agradecimiento. —Ondeo la tarjeta en el aire y doy otro medio paso—. Dale recuerdos de mi parte. —¿Recuerdos? Es una niña—. Es decir, dile «¡hola!» de mi parte —corrijo rápidamente.

—Claro. Kaia te adora. Quería acompañarnos hoy de nuevo, pero tenía que viajar con su equipo de fútbol.

Doy gracias a Dios en silencio porque, ¿sabes a quién se le da bien diferenciar a los gemelos? A los niños. Son como pequeños detectores.

—El fútbol es importante —comento. No tengo ni idea de lo que estoy diciendo—. Entonces, ¿preparado para que comience la excursión? —No espero a que me responda, sino que me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia el grupo que nos espera a las puertas del vestíbulo.

Doy dos pasos antes de que Jennings empiece a preguntar.

—¿De qué es tu blog?

—Es un blog de viajes.

—Un blog de viajes —repite—. Pero pensaba que el diseño era tu pasión.

—Lo es. Solo tengo el blog de viajes como *hobby*.

—Vale —dice lentamente, como si no le encontrara sentido.

Y así es, porque ¿quién hace algo que no le interesa solo como *hobby*?

—Bueno, me encantaría verlo —dice.

—Claro.

Demonios, no. Como si necesitara que me hiciera más preguntas que no puedo contestar. Claro que no.

—Luego te lo enseño —miento. Para entonces, hemos alcanzado al grupo, así que hago lo que cualquier mentiroso que se precie haría, cambiar de tema.

—¿Estáis todos preparados? —Centro mi atención en el grupo y hago un recuento mental rápidamente—. ¡Parece que estamos todos! —gorjeo con excitación fingida.

Normalmente no soy tan alegre. Necesito bajar el tono porque Jennings me mira con suspicacia.



## Capítulo 25

### Jennings

Salimos del hotel y Daisy se queda detrás del grupo para asegurarse de que nadie se despista. Meto los auriculares en el bolsillo y camino a su lado, ambos permanecemos en silencio. Daisy parece nerviosa pero no sé por qué.

Esta noche tenemos que hablar porque mañana vuelo hacia Connecticut para dejar a la abuela con mi tía y luego regreso a Londres.

Y no pienso marcharme sin saber cuándo voy a volver a verla.

O a llevármela conmigo.

—Así que ¿te gusta la fotografía? —pregunto para romper el hielo.

Se encoge de hombros y murmura algo de ayudarla con el blog. ¿Cómo no sabía esto de ella? Hay muchas cosas que desconozco.

Todavía.

Pero las sabré.

Puede que parezca engreído, pero sé lo suficiente.

La conozco lo bastante como para saber que podríamos estar juntos.

Tenemos una conexión especial y, a veces, la atracción entre dos personas es más fuerte que la razón. Más fuerte que el tiempo y la lógica. Más fuerte que saber cosas como cuáles son sus patatas fritas preferidas o su programa favorito, o si cuelga el rollo de papel higiénico de alguna forma en concreto.

Espera, sé una de estas cosas. Dijo que le encantaban las patatas fritas barbacoa. Sé que se marea en las atracciones. Sé que no es buena en escoger

a los hombres. Sé que quiere tener un perro algún día, pero que tiene que ser de una protectora. Sé que es excéntrica en cuanto a los gérmenes de las habitaciones de hotel.

Sé que es inteligente, que tiene un gran sentido del humor. Sé que soy más feliz cuando estoy a su lado. Sé que ella marca un antes y un después.

Sin embargo...

A veces es como si no la conociera en absoluto. Por momentos, es cautelosa, levanta un muro y se pone nerviosa cuando le hago demasiadas preguntas.

En ocasiones, es como si fuera una persona totalmente distinta.

Sé que todavía me miente en algo.

¿En qué?

Puede que se haya vuelto desconfiada después de su última relación o puede que le preocupe el rumbo de lo nuestro.

Pero hay algo más que eso. Otra cosa. Algo que no pillo.

Tal vez tenga un montón de deudas o la hayan despedido muchas veces. La verdad es que es una guía turística mediocre. No ha puesto ninguno de los vídeos programados de la empresa, que se supone que tenían que reproducirse en los trayectos en autobús. No ha sabido contestar algunas preguntas básicas de los viajeros. Ha estado más nerviosa que confiada en la mayor parte del viaje (en realidad, siempre que estaba a cargo).

Pero dijo que era nueva, ¿no? Normalmente trabaja en el ámbito del diseño, o eso es lo que quiere.

¿Tal vez cambie de opinión a menudo?

Tiene veintiséis años. Puede que no esté lista para lo que yo quiero.

No me importa nada toda esa mierda.

No hay deuda en el mundo que ella pudiera tener que yo no pagara sin pensármelo dos veces. Puede tomarse todo el tiempo del mundo en decidir lo que quiere hacer con su carrera profesional. Por lo que a mí respecta, puede dedicarse al diseño, tener un blog o abrir una maldita panadería.

Puedo estar ahí para ella mientras lo averigüe.

Si quiere que esté.

Estoy segurísimo de que yo, a su edad, no estaba preparado para tener una relación. Diablos, no lo estaba la semana pasada.

Podría venirse a vivir conmigo. Claro que podría; mi casa es lo bastante grande como para alojar a doce personas. La mera idea de pasar otra noche solo, sin Daisy, es intolerable.

El hecho de que todavía no la haya reformado parece cosa del destino. Le apasiona el diseño... querría supervisarlos por sí misma, ¿no? Es nuestro destino. Y en lo que concierne a Daisy, puede hacer lo que quiera con la casa.

La contrataré para que la reforme. Le ofreceré un motivo para ir a Londres. Tardará un año en hacer el trabajo. Un año por lo menos, o incluso más.

Ni siquiera me importará si tiene un estilo horroroso o si insiste en colocar un frigorífico americano enorme. Ni que convierta los dormitorios en vestidores y monte una tele en la pared de cada habitación.

Lo solucionaremos esta noche.

Sabes lo que pasa con los planes mejor diseñados, ¿verdad?

## Capítulo 26

### Jennings

La abuela empieza a estar cansada cuando nos encontramos en la Campana de la Libertad. No dice nada, pero lo noto porque normalmente cuenta con tanta energía que tienes que asegurarte de que no se aleje sin ti. Pero como me promete que está bien, continuamos. Lleva toda la semana a un ritmo altísimo y estoy seguro de que está deseando relajarse en casa de la tía Poppy.

Daisy está inquieta. Recibió una llamada cuando estábamos visitando el Independence Hall y salió para atenderla. No volví a verla hasta que terminamos la visita y cruzábamos Chesnut Street.

Esta noche tenemos la última cena de grupo. Promete ser tan tediosa como las anteriores, aunque Daisy me ha asegurado que la de hoy tiene la cubertería adecuada, así que algo es algo. Preferiría tenerla para mí solo esta noche, pero la guía está obligada a asistir a la cena de despedida.

La llevaré a tomar algo después. Puede pedirse ese ridículo cóctel de champán y decirme que ella no es de andarse con rodeos.

Me río.

¿Cómo demonios pasó eso hace tan solo una semana?

Tengo que averiguar cuánto tiempo tardará en hacer las maletas para venir conmigo a Londres. Si le tiene cariño a sus cosas, puedo encargarme de que se lo embalen todo y enviarlo por barco. Yo me conformaría con meterla en un avión con lo puesto, pero las mujeres son unas criaturas quisquillosas.

Recibo un correo electrónico de Rhys con el expediente laboral de Daisy

cuando la excursión está a punto de terminar. El guía local, Gary, nos ha traído a Franklin Square, que es nuestra última parada. Nos ha reunido en una fuente del centro del parque para explicarnos brevemente la historia del lugar. El grupo escucha atentamente a través de sus auriculares. Daisy se ha alejado unos cinco o seis metros para coger otra llamada.

Escucho a Gary a medias cuando habla de la gran reforma necesaria para que la fuente vuelva a funcionar después de estropearse en los años setenta. Es un gran guía, le pone entusiasmo y se encuentra cómodo hablando en público. Está captando el nivel de interés del grupo y adaptando su enfoque en cada parada. Está seguro de lo que hace.

A diferencia de Daisy.

Cuando mañana vea a la tía Poppy, tengo que preguntarle quién está a cargo de la formación de esta división. Algo falla aquí. Se han recortado gastos en algún lugar.

Daisy es una chica perspicaz y encantadora en el trato de tú a tú, pero carece de habilidades de exposición y conocimientos turísticos. Me molesta no haberle proporcionado una mayor formación antes de dejarla sola a cargo de un viaje. Debería haber prestado más atención a ello esta semana, pero, joder, estaba demasiado distraído gracias a ella.

Normalmente no asignamos estos viajes a guías tan jóvenes. A menos que sean excepcionales. Pero no en viajes como este, donde la mayoría son personas mayores. Los guías novatos y con menos experiencia normalmente empezarían en los viajes de aventuras, que cuentan con mucha actividad y un público más joven.

Daisy cuelga y toma el relevo a Gary cuando este se despide. Le recuerda al grupo la ruta de regreso al hotel y la hora de la cena. Indica tiendas de regalos y un carrusel situado en el parque, lugares para tomarse un café o hacer una comida ligera. Parece que Filadelfia le entusiasma bastante. ¿Tal vez se siente cómoda? ¿O aliviada porque ya está acabando la semana de trabajo?

Abro el correo electrónico con un toque del pulgar. Hay un archivo adjunto con el nombre de Daisy y una nota de Rhys que ojeo.

Una dirección que la ubica en Naperville, Illinois.

Según la fecha de nacimiento, tiene veintiséis años. La fecha de contratación es de... ¿Hace cinco años?

¿Lleva trabajando en Sutton Travel cinco años?

¿Cómo?

¿No dijo que era un trabajo nuevo? ¿Que empezó a trabajar aquí cuando la echaron del trabajo de diseño? ¿No es eso lo que dijo? La miro mientras habla al grupo. Hoy no lleva el cuaderno. Es la primera vez que la veo sin él.

Me paso una mano por la nuca para aliviar la tensión creciente mientras camino. Dijo que era un viaje nuevo. Sabía que era una mentira en cuanto salió de su boca. Este viaje lleva años en el programa. ¿Un nuevo viaje para ella, tal vez?

¿Cómo demonios la contrataron con veintiún años?

Vuelvo a centrarme en el correo electrónico de Rhys.

«Empleada ejemplar», dice. «Calificaciones altas de forma consistente por parte de los viajeros. Solicitudes de reservas repetidas con ella específicamente como guía».

Honestamente, no me lo creo. Y eso que me estoy acostando con ella. Leo con creciente inquietud. Comenzó como interna, señala Rhys. Un trabajo que no existía, pero ella le envió una carta de presentación al director de la división vendiéndose muy bien. Se creó sus propias prácticas no remuneradas y convenció a la empresa para que la contratara. Pasó un verano a la sombra de los mejores guías turísticos que tenemos y el director de división quedó tan impresionado con ella que cuando terminó la carrera, tenía una oferta de trabajo esperándola.

Eso explica el tiempo. En parte. Explica cómo alguien a su edad lleva cinco años en la empresa, pero ¿y el resto? ¿Quién pone tanto empeño en conseguir un trabajo que no le apasiona? Eso no cuadra con la Daisy con la que acabo de pasar una semana.

Entonces, algo más llama mi atención.

Universidad Estatal de Arizona.

Se graduó en la Universidad Estatal de Arizona. Estudió un grado de Hostelería, no Planificación Urbanística. Y no soy tan jodidamente británico como para saber que en Arizona no nieva. Está en el maldito desierto.

Nieve, dijo. Escarcha, hielo. Algo de eso. Salió temprano para llegar a tiempo a clase por la nevada. Se cayó y se le rompieron los pantalones.

Disgustado, dejo de leer y guardo el móvil en el bolsillo.

Daisy se está riendo de algo que la señora Delaine ha dicho. Detrás de ella, el viento atrapa uno de los chorros de agua de la fuente y las gotas de agua se dispersan por el aire como diminutos cristales.

Es hermosa. Una pequeña mentirosa muy hermosa.

O posiblemente está loca.

¿Quién miente así? ¿Con qué objetivo? ¿Todo esto era una broma para ella? ¿Soy una broma para ella? ¿O era una mentira que comenzó en el bar de un hotel y decidió mantenerla? ¿O es algo que hace de forma cotidiana para entretenerse?

¿Quién demonios es esta chica? ¿Qué es cierto y qué no? No puede haber ido a una universidad en el desierto donde nieva. No puede haberse especializado en Hostelería y Planificación Urbanística al mismo tiempo. No puede haber trabajado como guía turística y como diseñadora en el mismo período de tiempo.

Sabía que mentía sobre algo. Sabía que algo andaba mal, pero ignoré mi buen olfato. Pensé que tal vez era una mentirijilla o una tontería, como un historial de despidos o posiblemente un arresto por embriaguez pública en la universidad. Ese tipo de cosas.

Mentiras sin importancia, no una tergiversación completa de su persona.

Me pilla mirándola y me guiña un ojo. Maldita sea, me guiña a mí. Asiento con la cabeza una vez en respuesta y siento cómo se me tensa la mandíbula por responder con un simple asentimiento. Necesito tiempo para pensar antes de hablar con ella.

## Capítulo 27

### Jennings

—¿Dónde te gustaría almorzar?

La abuela y yo vamos paseando tranquilamente de regreso al hotel. Le ofrecí tomar un taxi, pero no quiso. Insistió en que hace un día magnífico para caminar.

Es un bonito día y parece que ha recuperado su energía habitual, así que a pasear se ha dicho. Estamos a un kilómetro y medio aproximadamente del hotel y la abuela ha comentado que le gustaría dar una vuelta por los parques por los que pasamos en la excursión a pie.

—Me da igual, Jennings. Donde quieras.

Eso no es realmente cierto, pues la abuela es bastante especial, pero asiento con la cabeza sin dejar de buscar con la mirada algún restaurante de su gusto.

—Espera, hay algo que me gustaría hacer. —Se detiene y mira a su alrededor como para determinar en qué dirección vamos.

—Claro —comento mientras saco el móvil para ubicar con el GPS lo que está buscando—. ¿El qué?

—Me apetece un *cheesesteak*.

—¿Un *cheesesteak*? —Seguro que no lo he entendido bien. La abuela no es de comer *cheesesteaks*.

—Sí. Me gustaría ir al Reading Terminal a comerme un *cheesesteak* decente.



Sonrío como acto reflejo porque inmediatamente pienso en lo mucho que le gustaría a Daisy la frase «*cheesesteak* decente». Pero luego recuerdo que, en lo que a Daisy se refiere, debería huir, no pensar en lo que le sacaría una sonrisa.

—Está bien, entonces un *cheesesteak* decente —concedo mientras consulto el móvil—. ¿El Reading Terminal es un mercado o algo así? —pregunto mientras abro la aplicación Maps—. Ya has estado antes, ¿no?

—Así es. Creo que fue antes de que nacieras.

—Hace mucho tiempo de eso, ¿no? Ya es hora de que te comas otro.

Tomamos la calle de la derecha, Arch Street, mientras la abuela me habla del viaje que hizo con mi abuelo a los Estados Unidos algunas décadas atrás. Viajaban bastante y lo echa de menos, y también a él, estoy seguro. Cuando murió, mis primos y yo comenzamos la tradición de llevarla de viaje todos los años. Esta es la segunda vez que me toca, por así decirlo.

—Cuéntame cómo os conocisteis el abuelo y tú. Creo que no conozco la historia.

—¿No? —Nos detenemos en el paso de peatones de la octava con Arch a la espera de que el semáforo se ponga en verde. Se gira hacia mí y me mira con aprecio—. Bueno, supongo que ya eres bastante mayor —dice finalmente.

No puedo evitar reírme.

—¿Por qué, abuela? ¿Tu noviazgo fue un escándalo?

—¿Noviazgo? No hubo. Sabía que mis padres se opondrían, así que nos fugamos antes de que tuvieran oportunidad de hacerlo.

—¿Cómo es que nunca he escuchado esta historia?

—Creo que ni siquiera tu padre la ha escuchado.

—Bueno, cuéntamela, entonces. Quedaré destrozado si ahora no sigues.

Mientras caminamos, la abuela me cuenta que conoció al abuelo cuando era una chica de dieciocho años protegida por sus padres y él era un hermoso canalla de veintipico. Se enamoró perdidamente de él, pero sabía que sus padres no lo aprobarían, así que lo convenció para que se fugaran juntos.

—¿Tú a él? —pregunto.

—Sí, era bastante convincente en mi juventud.

Sonrío y la dejo continuar, seguro de que quiero ahondar en el tema para

obtener todos los detalles.

Me dice que, a su regreso, su madre estaba desconsolada por haberse perdido la boda de su única hija, así que su padre insistió en que fingieran estar comprometidos, no casados. Prometió que le ofrecería a su nuevo yerno un puesto de trabajo en la compañía de viajes que acababa de fundar. Les ofreció un buen comienzo para su vida de casados si seguían la corriente.

—¿Y lo hicisteis? ¿Le seguisteis la corriente?

—Sí —dice con un suspiro—. Parecía lo sensato.

—Bien hecho, entonces. Un final feliz para todos.

—Al final, sí. Pero me obligaron a vivir en casa durante cuatro meses mientras organizábamos la falsa boda. Obviamente, tu abuelo no era bienvenido a alojarse en casa. Tenía un marido magnífico, pero tuvimos que escondernos durante los primeros cuatro meses de matrimonio.

Me coloco un puño en la boca y toso para disimular la risa mientras le sujeto la puerta del Reading Terminal, un caótico mercado cubierto con una hilera de puestos. Comida, flores, café, dulces... Y eso es solo lo que veo desde la entrada.

—¿Aquí es donde querías almorzar? —vuelvo a preguntar para asegurarme. Tal vez el lugar haya cambiado en los cuarenta años que han pasado desde que vino por primera vez.

Pero está radiante y ahora no parece que tenga intención de dar media vuelta. Así que buscamos una mesa de madera vacía (algo nada fácil). La abuela toma asiento mientras cojo dos *cheesesteaks* al estilo de Filadelfia y todas las servilletas que puedo. Entonces, nos comemos los desagradables *cheesesteaks* con las manos y esto la hace tan feliz que ni siquiera me importa no tener ni los cubiertos adecuados ni un plato.

Cuando terminamos de comer, paseamos por el mercado. La abuela se detiene a comprar algunas baratijas mientras repaso mentalmente una y otra vez la información del correo electrónico de Rhys y la comparo con todo lo que sé (o pensaba que sabía) de Daisy.

No tiene sentido.

Es como si fueran dos personas distintas.

¿Puede que esté mentalmente perturbada? ¿Que no se esté tomando la medicación o algo? Me froto el labio inferior mientras pienso. No parece que esté loca. Al menos, no más que la mayoría de personas.

Compruebo la hora en el móvil mientras salimos del mercado en dirección a la calle 12, preguntándome si tendré tiempo de hablar con Daisy antes de la maldita cena de grupo de esta noche. Tengo muchas preguntas que hacerle. E intuyo, aunque no sé por qué, que obtendré respuestas sinceras.

—¿A qué distancia crees que está el hotel, Jennings?

La abuela está mirando la calle 12 de arriba abajo, tratando de medir la distancia que hay desde donde nos encontramos hasta el hotel.

—Déjame echar un vistazo —respondo mientras abro la aplicación Maps del móvil—. ¿Estás lista para reconocer que estás cansada? ¿Pido un taxi?

Hago la pregunta con la cabeza agachada mientras escribo el nombre del hotel en el móvil. En ese momento, escucho un rechinar de ruedas antes de ver el coche. Levanto la vista a tiempo para captar el impacto, pero ya es demasiado tarde.

## Capítulo 28

### Violet

¿Dónde demonios están? Todo el grupo (excepto Jennings y su abuela) están en el autobús. Estamos a punto de salir para la cena de despedida y llegan tarde. Me dirijo hacia el vestíbulo y echo otro vistazo. Cuando las puertas del ascensor se abren, aguardo con la esperanza de que sean ellos.

Pero no lo son.

Se suponía que teníamos que habernos marchado hace cinco minutos. Lo he estado retrasando para esperar a Jennings, pero no aparece. No han llegado tarde en toda la semana, así que supongo que no van a venir.

¿Puede que haya malentendido algo? ¿Puede que esta noche vaya a llevar a su abuela a una cena especial? Sé que Jennings odia las cenas de grupo. Debe ser eso. Dijo que luego tomaríamos el postre (que, honestamente, podría referirse a algo dulce o a sexo, no estoy segura. Pero lo mencionó). Así que, ¿puede que quisiera decir que no me vería para la cena?

Debe de ser eso.

Seguro que sí.

Entonces, ¿por qué tengo esta sensación de malestar?

Echo un vistazo mientras salgo del vestíbulo. George se encuentra junto a las puertas abiertas del autobús y me sonrío cuando me aproximo. Lleva toda la semana tratando de acercarse a mí. Bueno, a Daisy. Me siento como una gilipollas por rechazarle. Sé que tiene que estar confundido por lo fría que he estado con él cuando, a su entender, estaba en buenos términos con Daisy.

Odio estar en medio (aunque solo hubiera algo casual entre ellos). Me siento responsable por su confusión cuando no lo soy. O tal vez sí, ya que soy la que lo estoy rechazando. Daisy dijo que solo había sexo entre ellos, pero él se intercambió el viaje con otro para estar aquí (para verla).

Así que tal vez le guste más de lo que ella cree. O puede que solo quiera echar un polvo. ¿Qué sé yo?

¿Tal vez Jennings solo quería echar un polvo?

«Dios, Violet», me sermoneo. Soy yo la que solo quería echar un polvo. Así fue como comenzó todo este lío. Quería un rollo de una noche sin ataduras. Yo soy la que le sonrió a Jennings y le dijo que no era de andarme con rodeos. Yo soy la que salió huyendo de su habitación a la mañana siguiente.

No puedo molestarme si ahora desaparece.

No puedo.

Eso es lo que quería al principio.

Aunque...

Ya no lo quiero. Me muerdo el labio inferior mientras tomo asiento en el autobús. Para cuando se pone en marcha (menos de un minuto después), ya he entrado en pánico. Salí huyendo esa mañana (a la mañana siguiente de conocernos). ¿Puede que ahora se lo esté cobrando?

Santo cielo, estoy loca.

Lo-ca.

Me recuerdo que lo vi hace cinco horas y todo estaba bien. Me lo recuerdo durante todo el camino hasta el restaurante. Y en la cena. Y en el camino de regreso al hotel.

Para cuando el último de los viajeros se despide y se marcha del vestíbulo, no estoy tan segura de que mis temores sean infundados y cuando la puerta de mi habitación del hotel se cierra tras de mí, el corazón me late oficialmente más rápido de lo normal.

¿Conoces esa sensación de malestar que se tiene cuando sabes que alguien te ha dejado tirada? No tienes pruebas irrefutables de ello, pero te lo dice el corazón, por lo que pierdes mucho tiempo dándole vueltas al coco. ¿Deberías prepararte para lo inevitable? ¿O mantener la esperanza hasta que no quede un ápice de esta y dejar que la decepción te aplaste como si fuera

una tonelada de ladrillos?

Escucho el ruido del exterior, pero el silencio de la habitación es ensordecedor.

O quizás el silencio esté en mi cabeza.

¿Por qué soy tan *dejable*? ¿De verdad me están volviendo a dejar con una insinuación? ¿Ni siquiera vamos a tener una conversación? ¿Se ha marchado sin más?

Lo peor es que esta vez me duele más que cuando Mark lo hizo. Estuve dos años con Mark y esta vez duele más.

Mucho más.

Solo por una vez habría sido agradable que me dijeran eso de «no eres tú, soy yo».

«No. Basta», me reprendo. Mañana veré a Jennings en el desayuno. Esto es un malentendido. No me imaginé lo que ocurriría esta semana. No imaginé que me enamoraría de él. Para nada.

Una oleada de alivio me inunda y siento que todo me da vueltas cuando pegan en la puerta. Al instante, el alivio se transforma en remordimiento, por dudar de él, y en una pizca de vergüenza por mis desvaríos. Sabía que vendría.

Entonces, abro la puerta.

Pero no es Jennings.

## Capítulo 29

### Jennings

Lo primero de lo que me percaté fue el chirrido de los frenos mientras las ruedas del coche patinaban sobre el asfalto. Lo siguiente fueron los gritos. Qué curiosa es la mente, nos hace verlo todo a cámara lenta cuando en realidad sucede jodidamente rápido.

El coche impactó en una farola y terminó deteniéndose justo sobre el bordillo. La farola, sin embargo, no soportó el impacto y se derrumbó sobre un andamio que cubría la parte delantera del mercado, que, a su vez, se desplomó.

Uno de los tubos de metal del andamio golpeó a la abuela en la cabeza al caer. El resto es un caos de sirenas y luces. Metieron a la abuela en una ambulancia aunque ella insistía en que estaba bien mientras la sangre empapaba la gasa con la que los paramédicos le presionaban la herida. Se desmayó un instante de camino al hospital; fue el único momento en el que no insistió en que estaba bien.

El recuerdo que me llevé del incidente fueron ocho puntos de sutura en el antebrazo mientras que a la abuela le hacían un TAC. Y ahora estamos discutiendo sobre si pasará la noche en el hospital o no.

—Va a pasar la noche aquí —afirma el doctor mientras la abuela emite chasquidos con la lengua para mostrar su disconformidad.

—Pero tenemos que coger un vuelo mañana por la mañana —dice la abuela mientras el doctor y yo la miramos, nada impresionados por sus

objeciones.

—Señora Anderson, ha sufrido una hemorragia en la cabeza y le hemos recetado un anticoagulante. Tiene que pasar la noche en observación.

—Claro que te quedas —digo. Es una mujer obstinada, pero esta vez no va a salirse con la suya. Para cerrarle la herida, han tenido que ponerle dos grapas. Si el doctor cree que debe quedarse, eso es lo que va a hacer—. Prolongaré la estancia en el hotel y cancelaré el vuelo. Alquilaré un coche y te llevaré a Connecticut cuando te den el alta. No creo que Bethany esté a más de tres horas de aquí. Será menos agotador para ti que un vuelo.

El doctor está de mi parte, así que la abuela cesa en su empeño, gracias a Dios. Para cuando la ingresan y la llevan a una habitación individual, el horario de visitas ya ha terminado. Una vez que me aseguro de que está instalada y no necesita nada, le informo de que volveré por la mañana, y me marcho.

La adrenalina de las últimas horas me ha permitido sacar a Daisy de mi mente durante un rato. Sin embargo, ahora me dirijo al hotel y estoy preocupado por lo que pensará.

Obviamente, no hemos acudido a la cena de despedida. Estoy seguro de que Daisy se estará preguntando qué me habrá pasado. Y yo sigo preguntándome qué cojones hacer con ella.

La tarde ha sido jodida, ya que perdí el móvil cuando el andamio se desplomó, pero al menos no puedo torturarme leyendo el correo electrónico de Rhys una y otra vez.

Aunque poco importa, porque estoy seguro de que ya he memorizado todas las mentiras.

Afortunadamente, tengo el portátil en el hotel. Le enviaré un correo electrónico a mi asistente en Londres y le pediré que cancele los vuelos a Connecticut y me reserve otro vuelo de regreso a Londres. Alquilaré un coche y le mandaré un mensaje a la tía Poppy para que no nos recoja en el aeropuerto.

Cambio de planes.

Pero lo primero es lo primero.

Daisy.

Estoy loco por volver con ella. Hablar, darle sentido a esto. La chica con la que he pasado la semana es real; sé que es real. Sé que la conexión que



tenemos es real.

Sé que me estoy enamorando de ella.

Al menos, de la versión de ella con la que he pasado esta semana.

Sin embargo, estoy muy confundido porque esto no pinta bien. Las incongruencias, las mentiras, no tienen sentido, y eso me deja con una sensación de malestar. Me aterra pensar que Daisy no pueda aclararlo todo.

Pero, no hay que empezar la casa por el tejado, ¿no? He llegado al hotel. Simplemente hablaré con ella y aclararé la situación de una forma u otra.

Espero en la recepción para solicitar prolongar mi estancia y la de la abuela, y luego evito el ascensor para subir por las escaleras, ya que así es más rápido llegar a la segunda planta donde se aloja Daisy.

Una decisión de la que me arrepiento después.

Aunque tal vez no debería.

Quizá debería agradecer haberlos descubierto mientras doblaba la esquina. Tendría que sentirme afortunado por haberlos pillado por los pelos. Si hubiera llegado unos segundos más tarde, no los habría visto. Habría llamado a la puerta, sin sospechar nada.

¿Me habría abierto?

¿Lo habría metido en el armario, tal vez? ¿Habría abierto la puerta y me habría sonreído como si nada? ¿O simplemente habría ignorado el golpe en la puerta?

Nunca lo sabré.

Menos mal.

Porque George se me ha adelantado para ir a la habitación de Daisy con un ramo de flores en la mano. La puerta se abre y ella sale, le agarra del brazo y lo mete en la habitación de un tirón. La puerta se cierra y, al escuchar el «clic» de la cerradura, siento como si me hubieran disparado al corazón.

Era demasiado bueno para ser verdad, ¿no? Me extralimité al pensar que era algo que no era. Que ella era alguien que no era.

## Capítulo 30

### Violet

Estoy segura de que mi expresión es de sorpresa. Algo estúpido, pues debería haber sabido que pasaría esto. Debería haber hecho algo más para evitar que esto ocurriese. Relajo los hombros, alargo la mano y lo meto en la habitación de un tirón para cerrar la puerta tras él de un empujón.

La farsa ha terminado. La semana ha acabado. Tendré que confiar en que George no denuncie a Daisy por esta estafa, porque tengo que decírselo. Sobre todo cuando me ha venido a mi habitación con un ramo de flores.

Margaritas.

Cierro la puerta con el pestillo y pienso en una disculpa. Cuando me giro para dársela, está más cerca de lo que esperaba. Demasiado cerca. Trata de besarme y lo empujo de forma inmediata.

—¡Oye! Te dije que podías entrar, no que podías besarme.

—Ah. —Parece sorprendido y levanta la mano a modo de disculpa mientras da un paso atrás—. Lo siento.

Nos miramos con la tensión del rechazo palpable en el ambiente.

—Estoy confuso, Daisy. Pensaba que nos lo pasábamos bien juntos.

—Sí, así era —afirmo, aunque no sé por qué esas palabras salen de mi boca. No sé qué ocurrió entre George y Daisy, no a ciencia cierta. Ella me dijo que no tenían nada serio, pero ¿y si lo era para él?

No creo, no me mira como lo hace Jennings. Ni de cerca. Puede que se lo pasasen bien juntos, y era dulce por su parte traerle flores, pero solo es un tío

que se pregunta qué ha pasado con su amiga con derecho a roce.

Un tío muy, pero que muy guapo, eso sí. Pero ya está.

Mi hermana se merece a alguien que la mire como Jennings me mira a mí, así que cambio de planes: no voy a decirle la verdad a George, sino que voy a cortar con él. Si esto le molesta a Daisy, peor para ella. Que no me hubiera pedido que la sustituyera.

Lo habría hecho aunque no hubiera conocido a Jennings. El recuerdo me golpea en pleno estómago, igual que no saber por qué no ha aparecido esta noche, ni en qué punto estamos.

—Estuvo bien, pero ahora estoy saliendo con otra persona —digo con lo que espero que sea una sonrisa compasiva de «Vete a la mierda»—. Debería haber sido más clara contigo —añado y me detengo, suponiendo que él puede deducir lo obvio. «Estoy viendo a alguien, así que no voy a acostarme contigo. Buenas noches».

—¿El británico?

Asiento con la cabeza.

—Lo acabas de conocer.

George no está impresionado.

—Cuando lo sabes, lo sabes —bromeo, pero me doy cuenta de que es cierto.

—Pensaba que no te iba eso.

—¿El qué? ¿El amor?

Se encoge de hombros.

—Sí.

—Gracias. —Mi tono es sarcástico—. Bueno, pues sí. Siento poner fin a tu ligue del viaje por los lugares históricos de la costa este —replico en tono algo brusco. Que le den.

La culpa que sentía por interferir se ha evaporado. Daisy se merece algo mejor.

—Simplemente creía que no eras de las que iban en serio. —Tiene la decencia de parecer triste cuando lo dice.

Eso me hace preguntarme si es más complicado ser Daisy. Ser la gemela divertida. Siempre pensé que sería más fácil, pero puede que no. No es tan prudente como yo. Se sumerge de lleno en todo, tanto en sus cosas como en

las relaciones. Se arriesga y solo ve el lado bueno de la gente. Pero eso no significa que sea más fácil para ella.

No significa que no duela cuando no la toman en serio. No significa que no se merezca algo más. Algo real.

Acompañé a George a la puerta y paso el resto de la noche convenciéndome de que veré a Jennings por la mañana.

Aunque no me lo creo.

# Capítulo 31

## Jennings

—Gracias por recogerme —le digo a Rhys mientras tiro el equipaje al maletero del Tesla. Mi primo cierra la puerta y me da el típico abrazo de oso americano mientras me da palmadas en la espalda con entusiasmo. Le devuelvo el gesto sin ánimo y miro el coche—. ¿Es nuevo?

—Sí. Me lo compré cuando me mudé a Las Vegas. ¿Quieres conducirlo?

—No, Rhys. Estoy borracho.

—¿En el avión? —Niega con la cabeza a modo reprobatorio—. Ni siquiera tienen alcohol decente a bordo.

Lleva razón. Pero me las arreglé con lo que había.

—No son ni las tres y ya te has emborrachado con alcohol barato —resume Rhys mientras me echa un vistazo—. Y no te has traído a tu nueva amiguita.

—¿Mi amiguita? —Miro en su dirección, pero probablemente él no se da cuenta, ya que cuando las puertas automáticas se abrieron y salimos al exterior, la luz nos cegó. El maldito desierto es más brillante que el sol—. Eres un capullo.

—Daisy —comenta Rhys como si necesitara aclararlo. Como si tuviera muchas amiguitas, Dios.

—¿Tienes *bourbon* en la *suite*? Mejor aún, ¿los bares del hotel ya tienen comida y bebida? —pregunto mientras abro la puerta del copiloto.

Hay tres filas de coches para recoger pasajeros en el

McCarran y los estridentes toques de silbato del agente de seguridad que intenta controlar el caos no ayudan a mi estado de ánimo.

—Hay un montón de alcohol, te lo prometo —responde Rhys mientras se coloca frente al volante—. ¿Cómo está la abuela?

—Bien. —Me recuesto en el asiento, me pongo cómodo y bajo el parasol para evitar que el sol me deslumbre—. Pasó una noche en observación en el hospital por precaución, pero está tan en forma como siempre. La dejé en casa de tu madre ayer. Dormí en tu antiguo dormitorio y tu madre me ha hecho tortitas para desayunar.

—Cabrón con suerte.

—Te ha hecho galletas. Las traigo en la maleta.

—¿Galletas *shortbread*?

—Las mismas. Creo que está preocupada por ti.

—¿Preocupada? ¿Por qué?

—Creo que le preocupa que vivas en un casino y te tires a mujeres de moral cuestionable.

Rhys se ríe.

—Mi madre no ha dicho «tirar».

—*Nah*, creo que solo quiere que la llames más. En cualquier caso, le garanticé que todavía eres virgen y que la llamarás este fin de semana.

—Gracias. Te debo una.

Nos quedamos en silencio mientras Rhys se incorpora a la carretera. En cuanto pasamos el circuito del aeropuerto y entramos a Swenson, me vuelve a preguntar por Daisy.

—Qué entrometidos sois los malditos americanos —gruño.

—Puedo hablarte de la bailarina de moral cuestionable que me follé anoche, si lo prefieres.

—Dios, Rhys.

Cierro los ojos tras las gafas de sol y me froto las sienes. Me empieza a doler la cabeza.

—Entonces, ¿qué ha pasado? Cuéntame, colega. Pensé que esta chica haría de ti un hombre honesto.

—Al parecer, la honestidad no era su punto fuerte.

—Ay.

—Sí.

Se vuelve a quedar en silencio y espero que este sea el final del interrogatorio. Pero no lo es, por supuesto. Porque las expectativas no tienen nada que ver con la realidad.

—Según parece, necesitas más alcohol para soltar prenda. —Rhys da toquitos en el volante mientras nos detenemos en un semáforo en rojo.

—¿Por dónde quieres que empiece, jodido entrometido?

—Por el principio. Y deja de refunfuñar como un viejo cascarrabias.

—De acuerdo —afirmo. Entonces trato de recordar en qué momento se torció la semana—. Me escondía algo. Me escondía algo desde la primera noche.

—Igual que tú —suelta Rhys.

—¿De qué lado estás?

—Tío, no seas ridículo. Esta chica te tiene pillado de verdad.

—Tienes razón. —El semáforo se pone en verde y cruzamos Tropical Avenue. Las Vegas Strip está a unas calles a la izquierda, pero es imposible perderlo de vista. Como a Daisy—. Caminemos hasta el alojamiento para ver los avances desde mi última visita. Te contaré el resto cuando me haya tomado otra copa.

Pasamos casi dos horas paseando por el nuevo hotel. Las Vegas es todo lo opuesto a lo que estoy acostumbrado. Para mi gusto, todo es enorme y ostentoso, pero provechoso, y eso lo aprecio. El Windsor está listo para inaugurarse en menos de un mes. Con algo menos de dos mil habitaciones, se considera pequeño para los estándares de Las Vegas. Un hotel *boutique* gigante. Qué ridícula contradicción.

Adquirimos la propiedad hace menos de dos años.

Otro promotor inmobiliario había abandonado el proyecto a medias, quedó casi terminado, pero vacío. Era una estampa espeluznante; un pueblo fantasma abandonado con un gran potencial sin explotar. Hoy en día, es de todo menos silenciosa. Hay trabajadores por todos lados. Las mesas de casino ya están colocadas en su sitio y, mientras Rhys me enseña los avances, vemos cómo descargan máquinas tragaperras.

Rhys encontró esta oportunidad, nos convenció al consejo y a mí del potencial y aquí estamos. El plan original se reconfiguró para adaptarse a

nuestra imagen y nuestra marca corporativa. Pudimos transformar la propiedad mucho más rápido reformando lo que el anterior propietario había comenzado que empezando a construir desde cero.

—Bien hecho, Rhys —le felicito mientras nos dirigimos hacia los apartamentos ejecutivos. Hay una planta independiente con viviendas para los altos cargos de la empresa si eligen vivir en el establecimiento.

—Gracias.

Me explica la tasa de ocupación proyectada para el resto del año. Los números son perfectamente viables. Ya he hecho la cuenta y preveo que esta empresa se va a convertir en la mayor fuente de ingresos de nuestra compañía en dieciocho meses.

Pero en este momento no me interesan los negocios. En este viaje, ese tema sobra. He venido a ahogar mis penas, la verdad sea dicha.

—Enséñame lo que tiene Las Vegas para distraerme.

A Rhys se le iluminan los ojos y me da una palmada en la espalda mientras se abren las puertas del ascensor frente a nosotros.

—Sé exactamente lo que necesitas.

La típica frase.

Cuatro copas después, se lo cuento todo. Me lleva a un bar de un colega suyo. En Henderson, por el amor de Dios, pero por lo menos no es un club de *striptease*. Aunque me lo propuso. También me sugirió ir de putas después de que pasara de las *strippers* y pensé que probablemente su madre tuviera razón al estar preocupada por él.

—Así que vuelvo corriendo al hotel como alma que lleva el diablo —le comento—. No fuimos a la cena de despedida por el accidente. Cuando ingresaron a la abuela ya era tarde, por lo que regresé a toda prisa al hotel. Estaba desesperado por ver a Daisy, a pesar de que claramente está un poco chalada. —Estamos sentados junto a la barra y me pido otra copa.

—Claramente. —Rhys se esfuerza por seguir mis divagaciones étlicas. Es un magnífico amigo.

—Y el imbécil del conductor se presenta en su habitación.

—Ah. —Se estremece ante mi desgracia.

—¡Exacto! El tío, con el que se suponía que no tenía nada, entra en su habitación a las diez y cuarto de la noche.



—Putas mentirosas. —Rhys niega con la cabeza de manera empática.

—No la llames así. —Frunzo el ceño y me acerco el chupito.

—Lo siento. —Rhys levanta una mano a modo de disculpa—. Pensaba que la odiabas. Lo pillo. Todavía no hemos llegado a eso.

—Tal vez era al conductor al que trataba de recuperar al elegirme a mí esa noche. ¿Tú crees que es eso?

—Puede. —Se encoge de hombros, porque no hay mucho más que decir, ¿no?

—Aunque no creo que lo de escoger a un tío en un bar fuera un comportamiento habitual en ella. Estaba bastante incómoda.

Le doy un sorbo al *bourbon* que me estoy tomando entre chupito y chupito y trato de volver a repasar mentalmente los acontecimientos, aunque los recuerdos son borrosos.

—Su coño era el jodido nirvana. —No sé qué tiene que ver eso con lo otro, pero en mi estado de embriaguez parece importante mencionarlo—. Y su boca, maldita sea. —Dejo caer la cabeza entre mis manos, apoyadas en la barra.

—No voy a decir una palabra —murmura Rhys antes de llevarse el vaso a los labios.

Le arrojó las llaves al camarero hace una hora y se sentó en el taburete para verme emborracharme y escuchar mis divagaciones durante un largo rato.

—Creo que me ha engañado.

—¿Con su coño mágico?

—Sí, exacto. —Echo un vistazo a mi alrededor—. ¿Este bar sirve comida? Creo que deberíamos comer.

—*Nah*. Pasaremos por el In-N-Out Burger de regreso.

—No tenemos las llaves, Rhys. Y no puedes conducir un Tesla borracho. Sé que esa maldita máquina se conduce sola, pero eso no puede estar permitido. Si se permite, ¡lo próximo será que la gente ate a sus niños y los envíe a la guardería en un coche sin conductor! La sociedad se ha ido a la mierda. —Niego con la cabeza y pienso en mover un puño en el aire como hacen los viejos. Porque soy un puto viejo.

—El servicio de automóviles nos recogerá —responde mientras levanta el

móvil—. Cuando estés preparado.

—Joder —gimo—. Ni siquiera tengo teléfono. Lo perdí en el accidente. Tengo la polla seca y no tengo móvil.

Vuelvo a echar un vistazo al bar, me bebo el resto de la copa de un trago y me levanto, aunque algo tembloroso.

—Vale, supongo que ya estás listo.

Rhys selecciona un contacto de su móvil con una mano y le hace señales al camarero con la otra.

## Capítulo 32

### Violet

Dejo la maleta de Daisy en el vestíbulo con un suspiro de alivio. Hogar, dulce hogar. O, en mi caso, hogar, dulce sofá de Daisy. Viajar es un asco, pero viajar cuando sientes pena por ti misma es todavía peor.

Se acabó.

El viaje.

Y Jennings.

Me gustaría odiarlo, pero no puedo. Quisiera estar enfadada con él por mostrarme algo maravilloso para arrebatármelo después.

Vale, estoy algo enfadada. Me quito los zapatos y cojo un refresco dietético de la nevera antes de tirarme al sofá.

De todos modos, fue una gran mentira.

Porque yo soy una mentirosa y tuve mi merecido, ¿no? Aunque me esforcé por contarle la verdad hasta donde pude.

Mis sentimientos eran reales.

Hay tanto silencio en el apartamento de Daisy que oigo el tic tac del reloj de pared. Tic, tac, tic, tac.

Jennings se marchó sin despedirse. Estoy impresionada por ello. ¿Cómo cojones le pasa eso a una chica dos veces? Al menos a Mark pude decirle a la cara lo gilipollas que era. Sin embargo, a Jennings tuve que dejarle una nota, ya que no lo encontré. Pregunté en la recepción si había hecho los trámites de

salida. Normalmente no están autorizados para divulgar ese tipo de información, pero sabían que era la guía turística. Además, para que me dijeran si ya se había ido, fingí estar preocupada porque pudiese perder el vuelo.

No. De hecho, amplió su estancia y la de su abuela.

Así que de camino al aeropuerto, le dejé una nota en la recepción. Quién sabe si se la dieron, pero por lo menos me quedé más tranquila al escribirla.

Sin embargo, aquí sentada, me siento confusa. Quiero excusarlo por todos los medios, entender lo que ha ocurrido. ¿Quizá le pasó algo? ¿Una emergencia? ¿Tal vez no lo entendí bien y se suponía que tenía que verlo en algún sitio y soy yo la que no apareció?

A todas esas locas divagaciones les siguen rápidamente otras racionales. Las que señalan que nada de eso es probable. Que sabía en qué habitación me alojaba. Que no me dejó ningún mensaje en la recepción. Que nunca contestó al teléfono. Que no me debía nada.

No tengo derecho a estar molesta.

Pedí una aventura de una noche y eso es lo que tuve.

Me estremezco al recordar que le dije que lo contaba como rollo de una noche. Soy una imbécil.

Abro el refresco y muevo la anilla de la lata hacia adelante y hacia atrás hasta que la arranco. No sé por qué lo he hecho. No me gusta beber de la lata si no tiene la chapa. No sentirla contra mis labios es una sensación rara, es extraño. El sabor del refresco no cambia, pero lo estropea todo.

Como yo, que también lo estropeo todo.

¿Puede que él también mintiera? ¿Quizá tampoco tiene trabajo y vive en el sofá de su abuela? Dijo que tenía casa propia, pero joder, yo dije que era guía turística. Tal vez lo busca la justicia o tiene una enfermedad terminal y no quería hacerme pasar por el dolor de perderlo lentamente.

Vale, está bien. Eso es improbable.

No habría pasado por la aduana si fuera un delincuente buscado por la justicia y nadie con una enfermedad terminal tiene ese tipo de resistencia.

¿Esta semana solo ha significado para él una vía de escape del mundo real? Eso es lo que se suponía que él era para mí cuando todo empezó. Una noche en la que fingí ser alguien que no era. Alguien más parecido a mí

hermana. Extrovertida, espontánea y, bueno, promiscua.

Puede que simplemente fuera un ligue práctico, como Daisy para George, y soy una idiota por pensar que fue algo que no es.

Aunque... lo que sea que tuvimos se hizo real para mí, y muy rápido. Pensé que también le había pasado a él. Sé que así fue. Por tanto, o es un gran actor o un cobarde.

¡Bah! Probablemente sea eso, que le tiene fobia al compromiso. Un hombre de treinta y seis años con trabajo y casa propia no está soltero a menos que le pase algo.

Apuesto a que ni siquiera tiene treinta y seis. Apuesto a que tiene *casi* treinta y siete. *Ja*.

Guau, qué mal se me da criticar. Además, no estoy segura de si cuenta como crítica si no lo digo en voz alta. Doy asco.

Para más inri, tengo una entrevista de trabajo.

La semana que viene.

En Londres.

Cuando el teléfono sonó, estábamos en mitad de la excursión a pie por Filadelfia. Me aparté para coger la llamada mientras el grupo visitaba el Independence Hall, y me quedé fuera con el teléfono pegado a la oreja y una gran sonrisa en la cara. Es el trabajo ideal. Si Jennings no lo hubiera sugerido ni me hubiera animado, nunca habría soñado con ello.

La entrevista es con Sutton International, la empresa matriz de la compañía de viajes para la que trabaja Daisy, en las oficinas de Londres. Solicité el trabajo a principios de semana, cuando Jennings sugirió que ascendiera en la empresa. Evidentemente, lo hice como candidata externa, ya que yo no trabajo para la empresa. Pero me hizo pensar en ello al sugerirlo y me dije ¿por qué no? No había ninguna razón por la que no pudiese solicitar el puesto como Violet. Así que lo hice y se pusieron en contacto conmigo.

Cuando respondí y me di cuenta de que llamaban de

Sutton International preguntando por Violet, casi pensé que me habían pillado. Como si fueran a llamarme al móvil para preguntarme si había suplantado a Daisy. Qué tonta.

El puesto de trabajo es para el departamento de diseño y desarrollo, para trabajar con el equipo que reforma y rediseña los hoteles que compran en el

mercado europeo. En algunos casos se trata de propiedades históricas. Imágenes de detalles de época con encanto recorren mi mente. Casi me puse a dar saltos de alegría mientras hablaba con el representante de recursos humanos.

Pasé el resto del día con la sensación de que guardaba el mayor secreto del mundo. Un secreto que estaba deseando compartir con Jennings, pero había demasiada gente. «Después de cenar», pensé. Se lo diría tras la cena. Se pondría muy contento. ¡La próxima semana estaría en Londres! ¡Podría volver a verlo en unos días! Y si consigo el trabajo, ¡podría verlo siempre!

Pero nunca tuve la oportunidad de contárselo.

Es curioso cómo los sentimientos pueden ser fuertes y quebrarse en cuestión de segundos. Estaba dispuesta, totalmente dispuesta a hacer las maletas y mudarme a Londres. Por Jennings y también por mí. Siempre he soñado con vivir en el extranjero.

La entrevista estaba programada para el lunes. Eso si es que me molesto en ir. Me pagan el vuelo y dos noches de hotel. Sería mi primer viaje a Londres. No dispongo de mucho tiempo más aparte de la entrevista, así que probaré unos *fish and chips* y me compraré un imán de recuerdo en el aeropuerto. Pero ya no me hace tanta ilusión. No es exactamente como me lo había imaginado. ¿Sería una pérdida de tiempo? No me gusta perder el tiempo. Y no estoy cien por cien segura de que vaya a aceptar el trabajo en caso de que me lo ofrezcan.

Además, tengo una alternativa. Tengo una entrevista el viernes con una empresa de aquí. Es una buena opción para mí. Está lejos, pero bueno, como no tengo, casa supongo que la distancia es irrelevante. El lugar de trabajo está a una media hora de la casa de Daisy. El sueldo es fantástico (sobre un diez por ciento más de lo que ganaba antes, más un plan de incentivos). Podría rehacer mi vida rápidamente con este trabajo y, con ello, tener mi propia casa de nuevo.

Hace dos semanas habría dado saltos de alegría ante la posibilidad de conseguir este trabajo. Es una buena opción. Lo que estaba buscando. Es un acierto en lo profesional. Una elección segura.

Pero ¿ahora? Ahora quiero más. Quiero una aventura, quiero dar un salto, arriesgarme. Desplegar las alas y volar más de cincuenta kilómetros a la redonda de donde nací. Pero ¿puedo? ¿Sin el amor como incentivo añadido?

¿Tengo las agallas de mudarme al otro lado del mundo sola? Es una locura. Una completa locura. «Es una idea típica de Daisy», pienso con una sonrisa. Cojo el teléfono para llamarla, pero mientras la busco en la agenda de contactos, suena el móvil. Es ella.

—Estaba a punto de llamarte —digo a modo de saludo.

—¡La gemela gana! —contesta—. Me he adelantado.

—Así es. Por unos tres segundos.

—¿Estás en casa?

—*Sip*. Sentada en tu sofá y bebiéndome tu refresco.

—Bien. ¿El resto del viaje fue bien? ¿Sobreviviste? ¿No me odiaste por ponerte en esa situación?

—Sobreviví. Posiblemente hasta haya sido bueno para mí.

—¿Eso ha sido difícil de admitir?

—Un poco. ¿Y qué me cuentas? ¿Qué pasa con tu *amienemigo*?

—¿Por qué? ¿Qué has oído?

—¿Qué tendría que haber oído? —Hago una mueca aunque sé que no puede verla—. ¿Se suponía que mamá me iba a poner al día de tu vida sexual?

—Ja, ja. No, supongo que no. ¿Qué hay de tu amante británico? ¿Te fugaste con él? No me voy a enfadar si lo hiciste. Solo lo he dicho por decir, para tu información.

—Eh... No. Definitivamente, no nos fuimos. —Trato de sonar despreocupada cuando lo digo, pero fracaso estrepitosamente.

—Presiento que algo va mal. ¿Qué ha pasado?

Respiro profundamente y la pongo al día.

## Capítulo 33

### Jennings

—¿El capullo de tu primo todavía está aquí?

Levanto la vista del portátil situado frente a mí cuando escucho a Canon.

—Todavía estoy aquí —grito, a pesar de está hablando a Rhys—. Y todavía soy tu jefe —añado.

—¿Sigue enfurruñado? —pregunta Canon a Rhys ignorándome, aunque sé muy bien que me ha escuchado—. No puedo ver el partido con ese tipo de energía. —Solo dice gilipolleces. Dobla la esquina del vestíbulo de Rhys con un par de cajas de pizzas y sonrío fingiendo sorpresa al verme—. Oh, *mea culpa*. Estás aquí.

—Que te den.

—Tienes buen aspecto. —Antes de coger una cerveza del frigorífico, deja las cajas de las pizzas, que emiten un ruido sordo al golpear contra la mesa de centro. Es imposible que tenga buen aspecto, así que estoy seguro de que ese comentario es un intento de hacerse el gracioso—. ¿Me he perdido el comienzo? —pregunta mientras arroja la chapa de la cerveza en dirección a la encimera de la cocina de Rhys, donde rebota hasta que golpea el zócalo y se detiene.

Tienen montada una especie de fraternidad a la americana, pero con servicio de habitaciones, servicio de aparcamiento, y a cinco minutos del trabajo. Dudaría seriamente de su habilidad para gestionar este hotel si no los conociera mejor. Si no los hubiera visto en el trabajo con mis propios ojos.



Aun así...

Entrecierro los ojos cuando Canon se deja caer en el sofá y levanta la tapa de una de las cajas. Es difícil creer que estos idiotas sean capaces de cualquier cosa cuando los veo así, y mucho menos que sean el personal ejecutivo integral. De ahí que los alojamientos del establecimiento se hayan convertido en una fiesta de fraternidad.

—¿Le pediste al bar que enviara otra botella de *bourbon*? —pregunta Rhys.

¿Ves lo que quiero decir? Tienen acceso al bar con servicio a domicilio. Un bar con cuenta ilimitada. Por más que el *bourbon* sea para mí.

Debería decirle a la tía Poppy que Rhys no va a volver a Connecticut porque por lo que sé, estos gilipollas van a vivir en este hotel hasta que se les caiga la polla. Estoy seguro de que ayer me crucé en el pasillo con una *stripper* que se dirigía a la *suite* de alguno de los dos. O puede que fuera una puta, pero quiero pensar que era lo primero.

Pregunté a Rhys y a Canon si debería estar preocupado por lo que está pasando aquí, pero me aseguraron que no era necesario. Y ahora yo soy el capullo.

Malditos americanos.

Me sirvo una copa mientras los dos se despatarran en el sofá y suben el volumen del partido.

Paso de ellos y vuelvo a leer el expediente laboral de Daisy en el portátil. Otra vez. Es que no tiene sentido. Ya he leído su evaluación de rendimiento. No encuentro ninguna inconsistencia obvia. Su grado de la Universidad Estatal de Arizona es legal. Así que mintió cuando dijo que fue a la Universidad de Pensilvania. Los puestos de trabajo de guía son por contrato, pero ella ha trabajado de forma constante durante los últimos cuatro años. Así que mintió cuando dijo que había trabajado en diseño. No veo cómo es posible que haya tenido tiempo de hacer las dos cosas.

Pero ¿por qué?

¿Para qué decirme que la acaban de contratar como guía? Esa mentira no tiene sentido. Ninguna lo tiene, pero esta se lleva la palma. A menos que fuera para sentar la base de la mentira de la pérdida de trabajo, de salir con su jefe y de dejarlo marchar. Una persona debería sufrir un brote psicótico para mentir de esa manera.

Aquí hay algo que me estoy perdiendo.

La nota que me dejó decía que yo era un gilipollas. «Eres un gilipollas muy especial», había escrito. No sé si pensaba que si escribía «cabronazo» no me iba a enterar o es que le salió una expresión más elegante, pero en cualquier caso no sé por qué soy yo el culpable.

Está loca de atar.

Con un gruñido, aparto a un lado el portátil.

—Me estás dejando sin energía vital, colega —me dice

Canon.

Me acerca la caja de pizza y cojo una porción, porque combinar *bourbon* de la mejor calidad con pizza de mierda es el menor de mis problemas en este momento.

—No sabrías lo que es la energía vital ni aunque te estuviera chupando la polla —contesto.

Totalmente cierto. Canon no es un puto zen.

—¡Por fin! —Vuelve a arrojar la caja en la mesa y levanta las manos a modo de victoria. Todavía sostiene una cerveza, por lo que temo que puede haber un accidente en cualquier momento, pero, aparentemente, tiene experiencia en gesticular con una copa en la mano, ya que no se le cae ni una gota.

—Sabía que tenías sentido del humor en algún sitio. No. —Niega con la cabeza—. No, eso es mentira. No lo pensaba. Pero Rhys me dijo que sí y lo creí.

—Gracias —contesto de forma seca.

Me importa una mierda si lo estoy jodiendo con mi mal humor.

—¿En qué estás trabajando? —pregunta Rhys mientras aparta la atención del partido ligeramente para mirar de reojo el portátil abierto. Sabe perfectamente lo que estoy haciendo.

—Sigo mirando el expediente laboral que me enviaste. Tratando de darle sentido.

—¿Dar sentido a qué? —pregunta Canon. En el mejor de sus días, es un cabrón entrometido, lo que es excelente para su puesto de jefe de supervisión, pero es molesto tratar con él.

—A mi guía de la semana pasada. Nada de lo que me dijo coincide con su

expediente laboral. Pensé que tal vez el expediente estaba falsificado, pero todo parece ser real.

—Eso un trabajo para el experto en seguridad —responde Canon mientras tira del portátil hasta colocarlo en el sofá y comienza a examinar el archivo abierto—. Daisy Hayden. —Lee en voz alta—. Para empezar, suena *sexy*.

—Un poco de respeto, Canon. Todavía está enamorado de ella —exclama Rhys.

Le lanzo una mirada asesina que no ve porque está prestando atención a la tele.

—Lo único que digo es que una mujer que se llame Daisy tiene que ser divertida.

Me froto la sien con el dedo índice. Creo que me va a empezar a doler la cabeza.

—Vale, veamos qué podemos hacer.

Canon pulsa la almohadilla táctil mientras se desplaza por los archivos. Ahora que lo pienso, debería haberle pedido que lo mirase hace dos días. Sus dedos empiezan a volar por el teclado mientras abre programas a los que no sé si tengo acceso. Demonios, ni siquiera sé si ahora está utilizando la base de datos de la empresa.

—¿Cómo has accedido a eso?

—No preguntes.

No lo hago. En vez de eso, le ofrezco la información que ya sé.

—Su formación cuadra. Sin antecedentes penales. Sin problemas fiscales. Buena calificación crediticia. —Escribe más rápido, entonces se detiene mientras gira el ordenador en mi dirección. En la pantalla se puede observar la tarjeta de identificación de empleada de Daisy—. ¿Es ella?

—Sí.

Vuelve a girar el ordenador y escribe algo más.

—Su dirección cuadra. El contrato de arrendamiento está a su nombre. Apartamento de un dormitorio en Naperville, Illinois. Parece un buen sitio. —Se encoge de hombros.

—Sí, dijo que vivía allí. Esa parte es cierta, creo.

—Excelentes evaluaciones de rendimiento.

—Esa es la parte que no me cuadra. Como mucho es una guía del montón. Estaba nerviosa y se olvidó de algunas cosas.

—Tal vez se está acostando con el jefe —comenta Canon.

—Te has pasado —salta Rhys desde el otro lado del sofá.

Canon asiente con la cabeza y sigue leyendo. Termino de beberme la copa y miro el partido en la tele, aunque lo cierto es que no estoy prestando atención como para saber quién juega.

—¿Quién es Violet Hayden?

—¿Quién?

—El contacto de emergencia del historial laboral es Violet Hayden.

—A saber quién es. Nunca mencionó a ninguna Violet. ¿Su hermana? ¿Tal vez su madre?

¿A quién le importa?

Sigue escribiendo y, entonces, Canon empieza a sonreír. Creo que nunca lo había visto pasándose tan bien.

—Certificado de nacimiento. Estado de Illinois —comenta.

—Dios bendito, ¿mintió sobre su edad? —Una abrumadora sensación de terror me consume—. ¿No será menor de edad, verdad? —pregunto.

Parecía joven, pero no tanto, joder.

—Tiene veintiséis —confirma Canon, mirándome como si fuera un bicho raro.

—Sí, dijo que tenía veintiséis. ¿Qué pasa?

—Fue un parto gemelar —dice lentamente, como si significara algo.

—Vale. —Lo miro un instante mientras lo asimilo.

Así que tiene una hermana. Mencionó a una hermana. Canon parece encontrar esto más fascinante que yo, así que tengo la sensación de que algo se me escapa. Y tal vez no tendría que haberme tomado la última copa.

Canon vuelve a escribir.

—Universidad de Pensilvania, graduada en Planificación Urbanística —me informa y hace un gesto con la mano como si tuviera que responder.

—Sí, eso es lo que dijo.

—Ocupó un puesto de diseñadora júnior hasta hace seis meses cuando la empresa para la que trabajaba fue comprada

—dice esto poco a poco, como si...

Santo cielo.

Se intercambiaron.

Me inclino hacia delante, apoyo los codos en las rodillas y me froto la cara con las manos. No estuve con Daisy. Estuve con Violet. Pronuncio su nombre mentalmente varias veces mientras veo pasar imágenes suyas rápidamente. Todo encaja, ¿no? Me estaba diciendo la verdad. De alguna manera.

—¿Por qué? —balbuceo finalmente—. ¿Por qué demonios harían tal cosa?

—A saber. Ese es tu problema, no el mío.

Recuerdo su cuaderno. Lo nerviosa que estaba en el viaje. No sé por qué lo hicieron, pero no creo que lo hayan hecho a menudo. ¿Por qué no me lo dijo?

Si se intercambiaron, todo lo que me dijo era cierto. Recuerdo cuando le pregunté por el conductor, si estaban liados. La mirada de genuina sorpresa de su rostro seguida de una negación. Recuerdo que se señaló a sí misma y dijo que no, que *ella* no estaba liada con él.

Pero su hermana sí, ¿no? Eso es. Todo cuadra. Tampoco le contó a George lo del intercambio. No me extraña que el chico pareciese confuso cuando estaban en la misma habitación.

Soy un estúpido integral.

—¿Dónde está Violet? —pregunto a Canon después de mandar a la mierda a Rhys—. ¿Tienes su dirección?

Sigue escribiendo.

—No —dice finalmente—. Un segundo. Lo voy a averiguar. Si la gente supiera lo fácil que es hacer esto, se cagaría —dice alegremente, como si le excitara ciberacosar a la gente. Tomo nota de ser menos capullo con él en el futuro.

Me levanto y deambulo por la habitación mientras Canon hace la búsqueda. No puede ser tan difícil de encontrar, me tranquilizo. Sé dónde está la hermana (si no encuentro nada más, puedo acampar en la puerta de su casa y exigirle que me diga dónde está Violet).

—¿Sabe dónde vives? —pregunta con el ceño fruncido mientras observa algo en la pantalla.

—No, no creo. Mencioné la calle donde vivo, pero no concreté. ¿Por qué?

—Está en Londres.

Santo cielo.

Estoy en el lugar equivocado.

Pero no creo que ella esté en Londres por mí.

—Había un puesto vacante en el departamento de diseño. Se lo mencioné. Mira a ver si lo ha solicitado.

—Estoy en ello. —Canon escribe mientras yo camino de un lado a otro—. Así es. Le ofrecieron una entrevista y aceptó ir a Londres para hacerla. Está programada para mañana a las diez.

Mañana a las diez. Antes de que haya terminado de hacer cálculos, Canon ya se ha puesto a ello.

—Hay un vuelo directo dentro de dos horas y veinte minutos. Te dejará en Heathrow mañana a las diez y cuarto de la mañana. Si no hay retrasos, puedes llegar antes de que termine la entrevista.

—Seguro que todo sale muy bien —comenta Rhys—. Teniendo en cuenta que todavía no sabe quién eres.

—Un detalle sin importancia —replico.

Rhys y Canon intercambian una mirada.

—De acuerdo. Te reservaré el vuelo mientras te duchas

—afirma Canon—. Rhys, saca el coche del garaje. Nos vemos abajo.

## Capítulo 34

### Violet

Londres es una ciudad magnífica, mágica. Es todo lo que siempre he imaginado y, aunque solo llevo unas cuantas horas aquí, ya me siento como en casa. Percibo una conexión instantánea con esta ciudad. El mismo tipo de conexión que se tiene con algunas personas, como la que tenía con Jennings.

No. No voy a dejar que pensar en él me arruine la experiencia. No lo haré. Solo tengo una tarde para explorar la ciudad. La entrevista es mañana a las diez y no tengo ni idea de cuánto durará, pero seguro que no me han hecho cruzar el charco para una reunión de cuarenta y cinco minutos.

Daisy me convenció de que sería una locura dejar pasar esta oportunidad y tiene razón. Sigo odiando que la tenga, pero estoy empezando a apreciar que en la vida, a veces, la mejor opción es abandonar la prudencia.

Hoy tengo todo el día para mí. Ocurra lo que ocurra, hoy pasaré el día en Londres y pienso disfrutar de cada minuto. Creo que cogeré el metro, como una verdadera londinense. La estación de St. James está justo enfrente de mi hotel. Ya he visitado la abadía de Westminster y el Big Ben. He parado a tomar café en un Costa, justo al lado de mi hotel. Y he pensado que Mayfair está a solo una parada de metro de aquí. Ahí es donde Jennings dijo que vivía, ¿no? Mayfair. Solo recuerdo ese detalle porque el mes de mi cumpleaños, mayo, empieza por las mismas letras.

Mientras me decido, doy toquitos con el pie en la acera opuesta al hotel. A continuación, miro a un lado y al otro de la calle (dos veces, porque

el modo en que los coches circulan aquí es confuso) y cruzo. Compro una tarjeta Oyster y descifro el mapa del metro como una verdadera londinense. Solo hay una parada hasta Green Park, que está en el extremo de Mayfair, según el mapa. Simplemente pasearé un poco, no hay nada malo en ello. Si es cierto que Green Park es un parque y no el jardín de un castillo, seguro que estará abierto al público para pasear libremente.

Eso es lo que diré si alguien me pregunta por qué estoy paseando por Mayfair. Es poco probable, pero siempre es bueno tener un plan B cuando mientes.

Salgo de la boca del metro en Green Park y subo al trote las escaleras que dan a la calle con una sonrisa en la cara. Cuando llego arriba, tengo que reprimir las ganas de ponerme a dar vueltas en círculos como una friki para recrear una escena de *Sonrisas y lágrimas*.

El parque se encuentra enfrente. La calle está llena de autobuses rojos de dos plantas y de esos taxis negros y extraños que tienen aquí. Todos los coches llevan una placa de matrícula larga y fina y, ¿cómo es que todo esto tiene tanto encanto? ¿Cómo es posible que una ciudad me haga sentir mariposas en el estómago?

Rápidamente, caigo en la cuenta de que no tengo ni idea de dónde puede estar la zona residencial de Mayfair ni dónde se encuentra el apartamento de Jennings, si es que vive aquí. Después de todo, podría haberme mentido. Y esta zona parece bastante elegante incluso para mis ingenuos ojos. Tanto es así que el Ritz Carlton está justo enfrente. Pero no importa. Ni siquiera recuerdo la calle en la que dijo que vivía. Solo quería tener una impresión general de la zona, algún lugar donde situarlo cuando lo recuerde.

Así que continúo caminando, paso por algunas tiendas y compro un imán de recuerdo y una caja de galletas para Daisy. Aunque aquí las llaman *cookies*, lo que las hace incluso mejores. Me subo a un autobús de dos plantas para dar una vuelta por la ciudad. Cuando por fin cedo al *jet lag* y regreso al hotel, mi corazón está lleno de emoción y alegría por haber venido.

Opto por cenar en el *pub* del hotel, el Blue Boar. Es un *pub* británico clásico y sofisticado con suelo de madera con diseño de espiga y sofás Chesterfield de cuero verde. Elijo una pequeña mesa redonda frente a las ventanas y pido el plato obligatorio de *fish and chips*. Cuando me acomodo mientras espero a que me lo traigan, no puedo creer que hace menos de dos



semanas entré en un bar parecido a un océano de distancia con la intención de ligar con un desconocido *sexy*.

Nunca me iría de este bar con un tío. No está en mi naturaleza.

Pero lo hice con Jennings. Prácticamente salí brincando por la puerta con él, ¿no?

Puede que algún día vuelva a intentar ser esa chica despreocupada, pero no esta noche. Esta noche soy la Violet de toda la vida porque no tengo que fingir ser nadie más. Mañana me pondré mi propia ropa (aunque tomé prestados los pendientes perfectos a Daisy) y voy a bordar la entrevista.

## Capítulo 35

### Violet

No sé por qué, pero intuyo que hoy es mi día. Tal vez sea el agua de aquí o el champú del hotel, pero tengo el cabello perfecto. Eso solo pasa unas pocas veces al año y cuando sucede, aprovechas la ocasión para hacerte un montón de *selfies* para colgarlos en los perfiles de las redes sociales.

Llego a las oficinas de Sutton International temprano. Demasiado temprano, así que doy una vuelta para hacer tiempo. Presentarse demasiado pronto a una entrevista es tan malo como aparecer tarde, por lo que me quedaré fuera hasta que falten justo diez minutos para las diez.

Las oficinas están en Berkeley Square, que precisamente se encuentra en Mayfair. No me había dado cuenta al mirar la dirección en el correo electrónico, pero lo descubrí cuando el taxi se abrió paso por las calles de Londres. Además, se lo pregunté al taxista.

Así que aquí estoy, paseando por el jardín de Berkeley Square, justo en medio de Mayfair. ¿Se desvanecería la magia de este lugar si lo viese a diario? Parece poco probable. La arquitectura que me rodea es muy inspiradora. Podría pasarme la vida admirando los tejados desde este lugar del parque. Diablos, hasta el camino de grava bajo mis pies me inspira, así como la cerca de hierro forjado, las farolas, los marcos de las ventanas y la mampostería.

No creo que jamás pasen de moda. Me gustaría pellizcarme para asegurarme de que estoy aquí, de que es real y no un sueño.

Observo los edificios que me rodean y me pregunto si alguno es residencial o todos son oficinas.

Y, justo entonces, siento que el corazón me da un vuelco al pensar en lo cerca que Jennings *podría* estar. Al pensar que vive o trabaja en uno de estos edificios. Podría atajar por este parque para llegar al trabajo.

Claro que son casi las diez, por lo que es improbable que vaya de camino al trabajo a esta hora. Es prácticamente imposible que me lo encuentre hoy, que me lo encuentre *algún día*.

De todas formas, ¿qué le diría? «Hola, soy Violet, ¿te acuerdas de mí? No, probablemente no, porque te dije que me llamaba Daisy. Lo siento. Encantada de conocerte de nuevo. Por cierto, gracias por conseguir que me enamorase de ti para luego dejarme sin ni siquiera despedirte. Nos vemos, imbécil».

Es un completo imbécil.

¿Cómo pudo irse así? ¿Cómo? Sé que solo fue una semana, pero teníamos una conexión de la que no huyes sin mediar palabra. Fue mucho más que sexo. Encajamos, como cuando encuentras la pieza que le falta a un puzle. La pieza que crees que nunca hallarás y, entonces... *¡Bam!* Está justo ahí, delante de ti, esperando a ser colocada en su lugar.

No sé por qué estoy pensando en él otra vez cuando probablemente él no haya pensado en mí ni un segundo. Aunque es bonito soñar, ¿no? Las conversaciones que nos inventamos en nuestra cabeza son muy satisfactorias. Siempre ofreces las mejores réplicas y tienes la última palabra, la ganadora. Jennings se arrastraría y me daría una magnífica explicación de por qué me dejó plantada. Y yo... Bueno, no tengo ni idea de lo que haría. Pero tendría que conseguir el trabajo y encontrarme con él para que esto ocurriese, por lo que tengo mucho tiempo para pensar en mi reacción.

Muchísimo tiempo.

\*\*\*

Estoy bordando la entrevista. He pasado más de una hora con la gerente de recursos humanos, la persona a la que informaría directamente si me contrataran. Hemos sintonizado al instante y cuanto más conversamos, mejor nos llevamos.

También me encanta el ambiente de la oficina. Profesional, pero cómodo. El edificio en sí mismo tiene una energía que me alegra. Parece una locura, pero es cierto. Se parece mucho a cuando buscas casa. A veces, entras en una y sientes que es la tuya.

Me siento así en este edificio y con esta gente.

La gerente de recursos humanos, Elouise, incluso me pidió que me tomase un café con ella antes de presentarme al resto del equipo. Fuimos a la cafetería de al lado y pedimos un café para llevar cuando regresamos a la oficina. Nadie te pide que la acompañes a buscar café si la entrevista no va bien.

Por un momento, en el establecimiento, creí ver a Jennings y se me detuvo el corazón, pero no era él. Solo era un chico británico que estaba buenísimo.

Me encanta Londres.

Y ahora me encuentro en la sala de conferencias con Elouise y tres miembros de su equipo. Estamos revisando una propiedad que se encuentra en proceso de reforma y me han pedido mi opinión. No soy ingenua, esto es parte de la entrevista. Pero estoy en mi salsa, así que no pasa nada. Estamos revisando diseños CAD en un monitor de pared de gran tamaño cuando se abre la puerta.

Lo primero que noto es que se abre rápidamente, no de forma suave, como sería lógico cuando la sala está ocupada y la puerta cerrada. Todo lo contrario. Se abre de forma abrupta, como si fuera una persona que llegaba tarde.

Lo siguiente que noto es la reacción de los miembros de la mesa. Elouise no se inmuta con la interrupción, pero el resto se endereza en el asiento y, en un abrir y cerrar de ojos, el estado de ánimo relajado pasa a ser tenso.

—Estamos en una reunión —dice Elouise tras una pausa cargada de intenciones.

Estoy de espaldas a la entrada y oigo que la puerta se cierra detrás de mí, pero toda la energía de la sala sigue en esa puerta, así que supongo que quienquiera que haya entrado, se ha quedado. Al otro lado de la mesa, un hombre llamado Aaron coloca el boli y el cuaderno frente a sí con precisión milimétrica.

—Quería estar presente en la reunión —dice una voz y, medio segundo

después, me quedo completamente congelada.

De hecho, estoy segura de que podrían confundirme con uno de esos artistas callejeros que fingen ser una estatua. Luego exhalo. Acaba de pasar lo mismo que en la cafetería, estoy segura. Mi imaginación vuela.

—¿Querías estar presente en una entrevista para un puesto de diseñadora?  
—pregunta Elouise con tono poco impresionado.

—Sí —responde cuando entra en mi campo de visión.

Se parece a Jennings.

Porque es Jennings.

## Capítulo 36

### Violet

Santo cielo, está aquí, en Londres. En esta sala de conferencias. La cabeza me da vueltas tan rápido que no puedo procesar la información. Mi corazón late como si estuviera corriendo un maratón.

Está hecho una mierda. Cansado y despeinado, sin afeitarse. Como si se hubiera acostado con lo que lleva puesto. Aun así, es perfecto. Siento que un millón de mariposas revolotean en mi estómago al encontrarme con él en la misma sala. Está aquí. Está aquí de verdad.

Me recuerdo a mí misma que hoy tengo el pelo perfecto. El tipo de cabello que toda mujer quiere tener cuando se encuentra con su ex. Posiblemente es lo más estúpido en lo que puedo pensar ahora mismo, pero la gente reacciona de forma extraña ante el estrés.

—Muy bien —dice Elouise—. Esta es Violet Hayden. La estamos entrevistando para el puesto vacante de diseñadora adjunta de mi equipo.

Espera.

Para.

Si está sentado en una entrevista significa... que trabaja aquí.

¿Ves? Esos son los puntos que debería haber conectado cuando estaba pensando en mi pelo. Trabaja aquí. En la empresa donde me están entrevistando. Y la semana pasada hizo un viaje donde le dije que era guía turística y me llamaba Daisy.

—Violet, este es Jennings Anderson, nuestro director ejecutivo.

Estoy muerta.

Se ha ido al otro extremo de la mesa, frente a Elouise y se ha inclinado con una mano extendida, como si no nos conociéramos. Como si fuera una persona que respira y vive, que espera estrecharle la mano y saludarle cuando claramente estoy *muer-ta*.

—Violet —dice con una mirada divertida.

Le estrecho la mano. Ni siquiera puedo mantenerme en pie. Se la estrecho rápidamente y retiro la mano. La piel me hormiguea por el contacto. ¿Qué demonios está pasando ahora?

—He tenido la oportunidad de revisar el currículum de Violet —comenta mientras me mira directamente—. Impresionante.

Lo sabe.

Sabe que soy Violet. Sabe que me he hecho pasar por Daisy.

Lanza una mirada rápida a Elouise mientras le dice que él seguirá presente en la entrevista y luego vuelve a mirarme. Alguien tose. Se escucha un revuelo de papeles y el «clic» de un bolígrafo, pero Jennings simplemente se sienta sin quitarme los ojos de encima.

¿Qué hace? ¿Por qué no dice nada? ¿Por qué permite que esta farsa continúe? Hecha un manojo de nervios, echo un vistazo a la sala y aguardo para ver cómo termina esto.

¿Ha llamado a la policía y ahora está ganando tiempo mientras espera que lleguen para arrestarme? Me pregunto si me extraditarán a Estados Unidos. ¿Lo prefiero o las cárceles de aquí son mejores? Ojalá lo supiera, pero no creo que pudiese elegir, así que supongo que no importa.

La entrevista continúa, pero no sabría decir una sola pregunta de las que he respondido. Sé que estoy contestándolas. Sé que las palabras salen de mi boca y las personas de la mesa responden con asentimientos de cabeza y más preguntas. Pero no tengo ni idea de lo que se ha dicho. De verdad. Miro a Jennings cada vez que puedo con la mente a mil por hora, tratando de averiguar a qué juega.

Al fin, la entrevista termina. Elouise explica los siguientes pasos del proceso de selección. Sonrío y asiento con la cabeza cada vez que corresponde, cuando no lanzo miradas furtivas a Jennings mientras me pregunto por qué permite que esto continúe. Cuando Elouise se pone en pie, casi se me escapa un suspiro de alivio. Ya tengo una mano en el bolso y estoy

medio levantada del asiento cuando Jennings dice:

—Me gustaría hablar un momento con la señorita Hayden.



## Capítulo 37

### Jennings

—Voy a necesitar la sala —anuncio sin apartar la mirada de Violet.

Los tres diseñadores adjuntos se levantan tan rápido que las sillas se quedan girando. Mi madre no es tan ágil. Ella lo hace lentamente mientras nos observa fijamente a Violet y a mí, comenta que hablaremos luego y, a continuación, cierra la puerta detrás de ella.

—Violet —digo, porque me gusta escuchar su nombre de mis labios. Le pega.

Sonrío al recordar cómo trató de venderme que se llamaba Daisy. Parece que haya pasado una vida de eso.

—Hola —responde con rostro inseguro.

Está nerviosa, tiene el cuerpo tenso, como si estuviera preparada para salir corriendo. Puede correr todo lo que le plazca, pero la voy a seguir.

—Siento haberme perdido la cena —añado, y me doy cuenta de lo estúpido que suena en cuanto las palabras salen de mi boca—. Lo que quería decir es que siento haberme marchado. —Empujo la silla hacia atrás, me levanto y me detengo junto a ella—. Sin hablar contigo. Siento haberme alejado de ti.

—Oh —responde—. Entonces, ¿no me van a detener?

—¿Detener? No. —Sonrío mientras me siento. Ella se gira para estar cara a cara. Eso es un comienzo—. No. A menos que me encierren en la misma celda que a ti. —Una idea tentadora, si es que esto no sale como lo he

planeado—. Además, no he venido a toda prisa desde el aeropuerto para darte caza, sino para retenerte. Para pedirte que te quedes.

Parpadea y la tensión disminuye de su rostro, pero frunce el ceño.

—Se supone que ahora tendría que mandarte a la mierda.

—¿Disculpa?

—¡Te fuiste! Te-fuis-te. Conseguiste que me enamorase de ti y luego te largaste y me rompiste el corazón. —Se le entrecorta la voz cuando lo dice y me hace sentir como un perfecto imbécil—. Había hecho una lista de las mejores formas de mandarte a la mierda por si te volvía a ver.

—Soy un idiota. Pensé... —Dejo la frase en el aire, ya que no estoy seguro de si estoy a punto de hundirme más en el fango.

—¿Pensaste qué? —Frunce todavía más el ceño. Un hombre más débil probablemente se sentiría intimidado. Ahora mismo estoy inquieto.

—Pensé que me habías mentido.

—Mentí. Y mucho.

—Con respecto a George.

—Ah. —Abre mucho los ojos—. Ah. —A continuación, niega con la cabeza—. Nunca mentí sobre eso. Nunca he estado con él, pero mi hermana sí y él pensaba que yo era ella.

—Lo sé, lo supuse más tarde.

—¿Por eso te largaste? ¿En vez de hablar conmigo?

—La cagué.

—Totalmente de acuerdo.

Necesito tocarla. Me mata tenerla tan cerca y no en mis brazos, pero me conformo con agarrarle la mano, y ella lo permite.

—Yo también lo siento —dice ella—. Siento haberte dicho que me llamaba Daisy. Todo lo demás era cierto. Mis sentimientos eran reales. Pensarás que estoy loca.

Me mira y veo la vulnerabilidad en sus ojos. Se muerde el labio inferior.

—Eres exactamente el tipo de locura que he estado buscando durante toda mi vida.

Se ríe.

—Vale.

—Hablo en serio, Violet —contesto, y ella se ríe—. Muy en serio. —Ríe

tontamente.

—Me encanta cómo todo suena tan elegante cuando lo dices tú. Podrías pedirme casi cualquier cosa cuando dices palabras como «en serio» con ese acento británico.

—Vale. Cásate conmigo.

Eso borra la sonrisa de su cara. No era exactamente lo que pretendía.

—¿Qué?

Menos mal que está sentada porque se está poniendo pálida.

—Cásate conmigo.

—Eso es... —Se detiene y respira profundamente—... Una locura. Nos conocemos desde hace una semana.

—¿Y?

Caigo en la cuenta de que he perdido la oportunidad de hacer una pedida adecuada, así que cojo un clip de la mesa de conferencias, lo abro y le doy forma de círculo mientras me arrodillo frente a ella.

—¿Estás loco? —Tiene los ojos abiertos de par en par y mueve la cabeza hacia adelante y hacia atrás—. No quería decir que me lo pidieras de rodillas, sino por qué me has propuesto matrimonio sin apenas conocernos.

—Te conozco lo suficiente, Violet. Te lo pido porque estoy seguro. Seguro de lo que somos cuando estamos juntos. Seguro de que no puedo vivir sin ti. Seguro de que estoy enamorado de ti.

Se queda sin respiración, así que continúo.

—Tendremos una vida excepcional juntos, Violet, tú y yo, porque no permitiré nada menos para ti. Estoy totalmente a tu disposición. Soy yo el que no se anda con rodeos, Violet. Cuando se trata de ti, no quiero rodeos. Una vez me dijiste que nadie te lo había pedido. Ahora te lo estoy pidiendo yo. Cásate conmigo.

Parpadea una vez y luego otra, y me pregunto en qué piensa. Coge el clip en forma de anillo que le ofrezco, lo mira y lo frota entre sus dedos, pero no se lo pone.

—Por supuesto, te compraré uno más bonito. —Dios, no pensará que espero que se ponga eso, ¿no?—. El que quieras. Lo elegiremos juntos. Podemos estar prometidos todo el tiempo que gustes. —No, eso es mentira—. Unos meses —aclaro. Entonces, vuelve a abrir mucho los ojos, por lo que

afirmo—. Un año.

No dice nada.

—Trabajarás aquí —continúo—. Acepta el trabajo.

Eso parece sacarla de su aturdimiento. Pero cuando habla, no me gusta lo que dice.

—No.

## Capítulo 38

### Violet

Va en serio.

No se está quedando conmigo. Lo dice total y absolutamente en serio. Y hay que tener agallas para hacer esa declaración.

—¿No?

Ni siquiera parece molesto por el rechazo. No es que no le importe, sino que parece no va a aceptar un «no» por respuesta, por lo que le es indiferente. Sin embargo, se levanta y se sienta, y adquiere una postura que denota seguridad. Como si esto fuera a terminar como él quiere. Tiene los codos sobre las rodillas y está inclinado hacia mí, invadiendo mi espacio personal y destruyendo mis intenciones, como ya hizo hace unos días con mi corazón.

—No, no voy a trabajar para ti. Es raro.

—¿Por qué es raro? En mi familia todos trabajamos juntos. Joder, mis padres van juntos al trabajo todas las mañanas. Por cierto, la que te ha entrevistado era mi madre. Madrastra, pero es la que me crio. No tuve nada que ver en que consiguieras la entrevista, la obtuviste por ti misma. No hacemos volar hasta aquí a nadie para entrevistarlos si no estamos interesados. El trabajo será tuyo por tus propios méritos.

Niego con la cabeza.

—No lo creo. Te quiero, Jennings. Es una locura, pero te quiero. Más de lo que nunca creí posible, pero necesito una carrera profesional independiente de ti. No quiero que toda mi persona gire en torno a ti.

Entonces, me besa.

Se encontraba a unos centímetros de distancia y, de repente, me agarra del cuello y tira de mí hasta que mis labios entran en contacto con los suyos. Al principio, de forma suave. Pero después, abro la boca y su lengua me invade. No sé cómo creía que podría resistirme a él. Justo en ese momento, habla y me olvido por completo de ello.

—Vale. Consigue otro trabajo en algún lugar de Londres. O me iré yo a Estados Unidos, si lo prefieres.

—¿Irte tú? —Me río. La idea es absurda.

—Sí. Si te vas, me iré contigo. Dondequiera que estés, allí estaré. Haré que funcione.

—¿Me tomas el pelo? ¿Esto está pasando de verdad?

—Entonces, ¿eso es un sí a la propuesta y un no a la oferta de trabajo?

—No lo sé, Jennings. Todo esto está pasando muy rápido.

—Di que sí por ahora. Piensa en ello. Di que sí por ahora. He tenido más tiempo para pensar en esto que tú. Toda la noche, de hecho. En un asiento de mierda en la cola de un vuelo muy largo porque mi amigo Canon tiene un perverso sentido del humor. Di que sí por ahora y te lo volveré a preguntar cuando estés preparada. En tres semanas, tres meses o tres años. El tiempo que necesites para que aceptes pasar tu vida conmigo. Solo di que sí.

Lo miro fijamente, sin saber cómo podría negarle nada. Sin saber por qué querría hacerlo.

—Sí.

# Epílogo

## Violet

Puedo hacerlo.

Las mujeres lo hacen, lo hacen constantemente. No pretendo insinuar que las que no saben sean idiotas, pero es así.

Fíjate, solo para estar segura, puede que lea las instrucciones una vez más.

Cinco segundos. Entendido.

El caso es que leí unos consejos en un blog cuando busqué en Google «cómo hacer una prueba de embarazo», y ahora no sé si he comprado la prueba correcta, porque el consejo número uno era elegir la PEC adecuada. ¿Qué demonios es una PEC? En el Waitrose había una estantería llena de pruebas distintas y no recuerdo haber visto esas siglas en ninguna de ellas. Cogí una que prometía resultados rápidos y un noventa y nueve por ciento de precisión y la metí en la cesta junto a las chocolatinas Dairy Milk y un *pack* con varias cajas de galletas Jaffa Cakes porque me las merezco, ya que es muy probable que esté embarazada.

En fin, el consejo número uno era elegir la PEC adecuada. El siguiente consejo era, obviamente, esperar a los resultados. La publicación también sugería tomarse un descanso y beberse una taza de té o café mientras se espera. Qué tontería.

—Cariño, ¿puedes traerme una taza de té?

—Violet, haz pis en la tira y ya está. Es literalmente la única indicación

que viene en la caja. No entiendo por qué sigues leyéndola una y otra vez, cielo. —Tira la caja vacía al tocador, donde aterriza con un ruido sordo.

El consejo número tres era comprobar la fecha de caducidad de la prueba, algo que por supuesto ya he hecho, pero en Reino Unido escriben la fecha de una forma que todavía me desconcierta un poco, con el día antes que el mes, mientras que en Estados Unidos estamos acostumbrados a hacerlo al revés.

—¿La prueba caduca el siete de octubre o el diez de julio?

—Caduca el siete de octubre —dice Jennings pacientemente. Será un padrazo—. De dentro de dos años —añade con algo de sarcasmo.

—Podrían ser gemelos —digo para meterme con él. La confianza en su rostro flaquea un poco mientras se acerca a recoger de nuevo la caja—. No hay pruebas caseras que detecten si el embarazo es gemelar. Tendríamos que esperar hasta la primera ecografía para saberlo.

Suponiendo que en la primera ecografía se dejasen ver. Mi madre no supo que iba a tener gemelas hasta que llegó al sexto mes, cuando detectaron el segundo latido de corazón. Santo cielo, podrían ser gemelos realmente.

—Bien. —Se aclara la garganta—. Bueno, un dos por uno sería muy bonito.

—¿Un dos por uno? ¿Acabas de referirte a mí, embarazada de dos bebés al mismo tiempo, como un dos por uno? ¿Cómo si llevara en mi interior un dos por uno de galletas de chocolate?

—¿Preferirías que lo llamase victoria doble? —Se encoge de hombros, nada molesto por mi respuesta—. Tengo casi cuarenta años, cielo. Sería muy feliz de tener dos hijos a la primera.

Mierda.

Estoy segura de que utiliza más palabras británicas cuando estoy a punto de enfadarme con él. Sabe que es mi debilidad. Puede salirse con la suya con cualquier cosa si lanza palabras como «reventado» o «hecho polvo» en una frase.

En ese momento, caigo en la cuenta de que voy a tener un bebe británico.

¿Sabes lo bueno de los bebés británicos?

Todo.

Ya sé que básicamente son iguales que los bebés estadounidenses, pero los británicos ponen nombres geniales como Poppy, Pippa, Amelia, Isla,



Oscar o George. Bueno, será mejor que descartemos George. Y cuando aprenden a hablar, lo hacen con acento británico y déjame decir que un niño con una rabieta en un Waitrose con acento británico es unas cien veces menos molesto que uno que la tiene en un Walmart con acento americano. Es un hecho. Espera un momento...

Dios mío.

—Me van a llamar «mami»... —digo mientras me bajo los pantalones y me siento.

Ni siquiera me importa que Jennings todavía está en el baño conmigo, porque llevamos casados un tiempo y lo de andar con cuidado cuando uno de los dos está en el retrete es cosa del pasado. Tiendo la mano y Jennings me pasa la prueba.

—Eh... Sí. Supongo que sí. Aunque seguro que podemos enseñarles a llamarte «mamita» si lo prefieres.

—¡No! —Niego con la cabeza—. ¿Estás loco? ¡Tienen que llamarme «mami»! —Termino con la prueba y coloco la tapa a la punta absorbente antes de apoyarla sobre la encimera—. ¡No la mires sin mí! —le advierto mientras me sonrojo. Me subo los pantalones y me lavo las manos. Jennings, sabiamente, no se mueve y permanece apoyado contra la pared—. ¿Han pasado ya sesenta segundos?

—Más bien unos catorce.

—Ah...

Logro mantener los ojos en él durante otros tres segundos antes de perder la paciencia e inclinarme sobre la prueba con los codos fijos en la encimera y la barbilla, en la mano. Jennings se coloca detrás de mí, con los brazos entre los míos, mientras se inclina y agacha su cabeza junto a la mía.

—No me distraigas —le reprendo, porque cuando está tan cerca, tendemos a distraernos. Acabamos desnudos y distraídos.

—No estoy haciendo nada —responde, pero cuando habla me hace cosquillas con su aliento en mi cuello y siento mariposas en el estómago.

Las mariposas se hacen cada vez más grandes cuando, al ver el resultado de la prueba, Jennings curva los labios en una sonrisa mientras me deja un reguero de besos por el cuello. Dos líneas. Dos líneas muy fuertes que no dejan lugar a dudas.

Me doy la vuelta para estar cara a cara con él y luego sonreímos y

estallamos en una carcajada. Le envuelvo la cintura con las piernas mientras me lleva del baño al dormitorio principal contigo.

—Esto no lo podrás hacer durante mucho más tiempo —mascullo.

—¿Hacer qué? ¿Hacerte el amor de día? Seguro que el bebé duerme siestas.

—No, tonto. No podrás cogermelo así durante mucho más tiempo. —Le rodeo el cuello con los brazos y entrelazo los dedos en su nuca. Miro hacia abajo, al espacio que queda entre nosotros y, de nuevo, lo miro a los ojos—. No voy a caber.

—Eh, probablemente no. —Me suelta en la cama con una sonrisa lasciva y doy un bote cuando golpeo el colchón con el trasero—. Te llevaré de lado si es necesario. ¿Qué te parece?

—Se supone que tienes que decir algo más tranquilizador que eso. —Arrugo la nariz y entrecierro los ojos—. Miénteme. Dime que apenas engordaré unas onzas y que los desconocidos quedarán maravillados ante mi esbelta figura de embarazada.

En el trabajo, escucho a las mujeres hablar del peso en onzas. No tengo ni idea del equivalente en kilos, pero me gusta pensar que solo necesitaré perder unas pocas.

No trabajo para Jennings. Me mantuve firme en lo de necesitar mi propia identidad. Tardé meses encontrar trabajo una vez que me mudé a Londres y estuve tentada de ceder, admitir la derrota y rendirme ante el temor de ser incapaz de encontrar nada por mí misma. Pero no lo hice. Me aferré a ello y al final encontré un puesto de trabajo en una empresa de diseño *boutique* en Londres. He aprendido mucho y me encanta, y por ahora, es perfecto.

Claro que Jennings todavía quiere que trabaje para la empresa familiar. Dice que soy brillante y que le estoy negando a la empresa mi talento. Me llena la cabeza con imágenes de ir juntos al trabajo y citas secretas por la tarde en su oficina.

Algún día aceptaré. Aunque todavía hay algunas cosas que quiero lograr profesionalmente por mi cuenta. Todo a su debido tiempo.

—Probablemente dos o tres onzas —dice Jennings—. Creo que es más probable que ganes dos o tres.

Oh. Esto empieza a sonar a mucho.

—Pero el bebé pesará una, ¿no?

—Espero que no, por tu bien.

—Eso no ayuda.

Tengo que averiguar cuánto es una onza.

—Vas a ser la embarazada más divinamente exuberante que haya existido en toda la historia de Londres. Tu estilo premamá causará sensación a las mujeres de toda la ciudad, mientras que todos los hombres menores de ochenta años desearán ser yo.

—Eso está mejor.

Me tumbo en la cama cuando Jennings se acuesta a mi lado, con una mano sobre mi vientre plano. Nos miramos el uno al otro y apoyo mi mano en la suya. Dibuja círculos lentos en mi vientre con caricias que son, al mismo tiempo, posesivas y reconfortantes.

—Estarás despampanante. Seré incapaz de mantener mis manos lejos de ti.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Estoy ansioso por ver cómo cambia tu cuerpo.

—¿En serio?

Esto es nuevo para mí. Me dejó claro su interés por ser padre, pero sin presionarme. Respetó la necesidad que tenía de establecer mi carrera en un nuevo continente y ha esperado de forma paciente a que estuviera preparada. Hemos hablado de ello de forma abstracta, intercambiando preferencias sobre el cómo y el cuándo, pero esto no lo había oído.

—En verano estarás enorme y te voy a comprar muchos vestidos premamá.

—Qué dulce. Yo te seguiré amando cuando no tengas pelo. —Tiene el pelo canoso, pero es lo único que se me ha ocurrido.

Se ríe.

—Ver cómo te crece el vientre con mi hijo me volverá loco.

Maldita sea. Acaba de hablar el hombre de las cavernas. Y, honestamente, eso me excita un poco.

—¿Estás orgulloso de ti mismo? —interpelo mientras lucho contra la sonrisa que se dibuja en mi cara y me esfuerzo al máximo para que parezca una pregunta inocente.

—¿Por dejarte embarazada?

—Sí.

—Estoy muy satisfecho, sí.

Entonces, me entra la risa tonta hasta que se me ocurre otra cosa.

—Espera. —Me incorporo en la cama y observo a Jennings—. Voy a tener un bebé en Inglaterra.

—Sí. Eso es justo lo que está pasando.

—¿Hacéis lo mismo aquí?

—¿El qué?

—Asistir partos.

—Creo que eso se hace en todas partes, cielo.

—Este país ni siquiera sabe lo que es un aderezo ranchero. Nada es igual.

—No sé qué tiene que ver una cosa con la otra, pero me aseguraré de que te llegue una caja de aderezo de ensalada antes de la fecha de parto.

—Aquí no metéis los huevos en la nevera.

—Eso tampoco es relevante, pero podemos volver a hablar de ello si te place.

—En este país no celebráis Acción de Gracias y nadie come tarta de calabaza.

Me he levantado de la cama y deambulo por la habitación haciéndole gestos con la mano en relación a la tarta.

—Violet, ni siquiera te gusta la tarta de calabaza.

—Llevas razón —afirmo.

—En Inglaterra tomamos el té de la tarde. Sabes que te gustan los minisándwiches y los pasteles surtidos.

—También es cierto, pero ¿qué tiene que ver eso con asistir un parto?

—Nada. —Niega con la cabeza—. Pensé que solo estábamos diciendo sandeces sobre las diferencias entre nuestros respectivos lugares de nacimiento.

—No, cariño. Tengo mis razones.

—Claro que sí. —Asiente con la cabeza sin reírse, una cualidad muy importante en un marido.

—¿Qué pasa si me equivoco? ¿Qué pasa si me pongo de parto y me dicen: «Lo siento, Violet, tendrías que haber reservado habitación, ahora tendrás que parir sola. Buena suerte»?

—Es improbable que eso suceda en ningún lugar de Reino Unido. En realidad, en ninguna parte.

—Eso no lo sabes.

—Voy a decirte algo —comenta Jennings mientras se sienta en la cama y pone cara de estar reflexionando. Es la expresión que utiliza cuando trata de hacerme entrar en razón, como cuando insiste en que aquí no tienen crema para café de sabores.

—¿Qué?

—Iremos al mismo hospital que Guillermo y Catalina. ¿Te sirve eso?

—¡Cállate! —jadeo. Dejo de caminar y me pongo frente a él—. ¿En serio? ¿Podemos? ¿La gente normal tiene a sus hijos allí? —Si asistieron el parto del futuro rey de Inglaterra, probablemente podrán asistir el mío.

—Sí. Podemos hacerlo. Cualquiera que esté dispuesto a pagar la tarifa de un hospital privado puede hacerlo. ¿Te quedas más tranquila?

—Por ahora sí, pero me reservo el derecho a cambiar de idea en cualquier momento.

—Por supuesto.

—Menos mal que acabamos de terminar la reforma de la casa.

No se trata de una simple casa. Originalmente, era una cochera para carruajes. Qué locura, ¿verdad? No termino de creer que viva en una casa lo bastante antigua como para tener un garaje para caballos.

Es decir, una cochera. Jennings me ha dicho en repetidas ocasiones que garaje para caballos no es el término correcto.

En cualquier caso, ya está reformada, de arriba abajo. Dispone de garaje en la planta baja para dos coches, cocina y sala de estar en la primera planta y dos dormitorios de invitados en la planta superior. Ideal para que los familiares se alojen todo el tiempo que quieran. Aunque eso solo son las habitaciones de invitados. Contamos con más espacio en la casa principal, pero no voy a entrar en detalles. No, de verdad que no. Tardé dos años en hacer la reforma.

Aunque disfruté de cada minuto.

¿Alguna vez buscas casas de ensueño por internet e imaginas cómo sería vivir realmente en ellas? Pues esta casa es así, solo que mejor, porque está en Londres y los detalles originales son un diseño de ensueño hecho realidad.

Imagina una casa unifamiliar histórica en una de las mejores calles de Mayfair y un presupuesto de reforma ilimitado. Si pienso en ello, veo mi casa.

—¿Por qué eso es algo bueno? Sin duda alguna, el bebé se quedará en la casa principal. —Sonríe cuando lo dice, así que sé que está bromeando.

El bebé se quedará en el dormitorio infantil contiguo al dormitorio principal. Puede que no haya estado preparada para tener un hijo cuando tracé los planos para la remodelación, pero como cualquier diseñadora que se precie, lo planeé para el futuro.

—Mis padres querrán quedarse cuando nazca el bebé. Por no hablar de mi hermana y su pandilla.

—Ah, sí. Lo estoy deseando.

Si hay algo que no me gusta de los británicos es que no sé cuándo bromean. Miro a Jennings de reojo mientras trato de determinar si lo ha dicho en serio o no. Y, en lo que respecta a mi hermana, bueno, a ella le encanta mencionar cada vez que puede que Jennings la despidió. Pero lo dice en broma porque, de todas formas, no habría vuelto al trabajo.

—¿Me tomas el pelo?

Así llaman los británicos al sarcasmo: «Tomar el pelo». No es una de mis expresiones favoritas, pero eso no me impide utilizarla cuando tengo la oportunidad.

—Por supuesto que no, cielo. Intento meterte mano.

—Ah. Bueno, en ese caso, adelante.

## Agradecimientos

¡Vaya! Otro libro acabado. «Finiquitado», como diría mi amiga Amy Jennings. Es una de sus palabras favoritas y es justo que comience los agradecimientos con Amy. Gracias por permitirme utilizar tu apellido para Jennings. Para los demás, en caso de que estuviéseris leyendo y pensando «Eh... Jennings no es un nombre habitual», que sepáis que lo cogí de ahí. Honestamente, dar nombre a los personajes es mucho más difícil y menos divertido de lo que parece. Acabas con una página llena de garabatos y, cuando por fin piensas que se te ha ocurrido el nombre perfecto, se lo mandas en un mensaje a tu amiga Kristi y te contesta algo como: «Me gusta mucho el nombre de Camden, ¿no lo has usado todavía?». Tres horas después, recuerdas que Camden lo utilizaste como apellido de un personaje principal. #Faena

Así que al final me incliné por Jennings. Soy exigente con los nombres. Normalmente no me convencen los que son demasiado raros, pero a veces me gusta usar apellidos como nombres. Y Jennings encaja. Cuando pensé en el personaje con el nombre de Jennings, no pude imaginármelo con otro.

En cuanto a este libro, la trama principal se me ocurrió hace tres años (mientras escribía *El chico equivocado* y no pensaba que fuera a escribir ningún otro libro). Estaba de vacaciones (visitando un mercado navideño de Alemania, que, por cierto, me encantó). Los mercados navideños europeos son mágicos. Se trataba de una visita guiada, muy parecida a la que hacía Violet en *Sin rodeos*. Son muy populares en Europa (en todos los sitios donde parábamos había autobuses/autocares de diferentes compañías de viaje). En Estados Unidos también los hay, pero no son gran cosa.

De repente, se me ocurrió. ¿Qué pasaría si alguien se hiciera pasar por guía turística? ¿Cómo lo sabríamos? ¿Cómo lo sabría la empresa? Como soy así, tuve que preguntar: «Hola, ¿el conductor y tú ya os conocéis o bien os acabáis de conocer?». Debieron de pensar: «Pasajera entrometida, en el pasillo 3». Así nació la idea. No recuerdo si desde el principio pensé en gemelas o si eso vino después, pero así empezó todo.

Como siempre, gracias a mi editora RJ Locksley y a mi maquetador Erik Gevers por aguantarme hasta el último momento del último día del plazo de entrega. ¡Os lo agradezco! Gracias a Marion Making Manuscripts y a Karen Lawson por la primera lectura y sus opiniones.

Kari March, cualquier agradecimiento se queda corto contigo, pero gracias por aguantarme y ayudarme a conseguir la portada adecuada para la edición en inglés.

Jade West, no tienes ni idea de lo mucho que significó para mí tu apoyo y tus ganas de leer más capítulos. Gracias por escucharme cuando me obsesionaba con lo que debía ocurrir en el capítulo siguiente. En este libro has sido un pilar muy importante para mí.

Franzi, Jean, Kristi, Bev y Michelle, gracias por leerme y animarme.

¿Te gustaría saber qué será lo próximo?

Bueno, está Daisy. Creo que merecemos saber en qué estaba metida cuando le dejó el viaje a Violet y se largó. Tenía una muy buena razón, lo juro. A esta «serie» solo le veo dos libros, uno de Violet y otro de Daisy.

Luego están Rhys y Canon. Y algún que otro chico que todavía no he presentado. Imagino la serie de Las Vegas con un mínimo de dos libros y un máximo de quién sabe cuántos. Me imagino a un grupo de solteros que vive en un hotel pasándose en grande. Una combinación de diversión y libertinaje. Estos libros serán individuales, sobre diferentes parejas, pero estarán relacionados.

Por último, GRACIAS, querido lector. Sinceramente, no me creo que sea escritora. Todavía me encojo de hombros cuando la gente me pregunta a qué me dedico y respondo como si no estuviera segura: «Eh, ¿soy escritora?». Y, entonces, contestan algo como: «Oh, qué guay», y yo ofrezco una gran réplica en plan: «Sí». Vuestro apoyo me permite tener una conversación incómoda con los desconocidos en relación a mi situación laboral y, sobre



todo, me permite trabajar en pijama mientras bebo cantidades ingentes de café helado que he comprado en el Starbucks en la ventanilla para automóviles, en pijama.

Besos y abrazos,  
Jana

## Sobre la autora



**J**ana Aston es de Nueva York y renunció a su aburrido trabajo como teleoperadora para dedicarse a escribir. Tiene la esperanza de que no haya sido una idea del todo estúpida. En su defensa, hay que decir que era realmente muy aburrido.

Quien la animó a escribir este libro fue la autora J.A. Huss, de quien Jana fue asistente durante más de un año.

Con la publicación de las cuatro entregas de la serie *Los chicos*, Jana Aston llegó a las listas de más vendidos de *The New York Times*.

## **Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.**

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.

